
Barricada comics presenta:
PULPERÍA
Historias desde Finisterre
LA MARCA DEL
ZORRO
LA MALDICIÓN
DE CAPISTRANO
WIFI
DIGITAL PRESS
JOHNSON MCCULLEY

La Marca del Zorro

Por

Johnston McCulley



1

PEDRO, EL PRESUMIDO

La lluvia caía a raudales sobre el tejado, el viento aullaba como alma en pena y el humo de la chimenea salía con tal fuerza que las chispas saltaban hasta el suelo.

—¡Qué noche más endemoniada para cometer fechorías! —rugió el sargento Pedro González, estirando sus enormes pies hacia la hoguera y tomando la empuñadura de su espada en una mano y el tarro de vino en la otra —. ¡Tal parece que el diablo aúlla en el viento y que los demonios bailan en las gotas de agua! ¡Qué noche más tétrica!, ¿verdad, señor?

—¡Así es! —asintió el posadero, un hombre gordo, apresurándose al mismo tiempo a llenar el tarro de vino, pues el sargento González tenía un genio horrible cuando lo provocaban, lo que siempre sucedía cuando no le servían el vino rápidamente.

—Una noche de todos los diablos —repitió el sargento, que era un hombre de gran estatura, apurando el contenido de su tarro sin tomar aliento, hazaña que siempre había llamado mucho la atención y que le había dado al sargento alguna fama por todo el camino real, como llamaban al camino que comunicaba las misiones en una larga cadena.

González se tendió muy cerca del fuego, sin tomar en cuenta que así impedía que llegara a todos un poco de calor. El sargento Pedro González con frecuencia opinaba que cada quien debería procurarse su propia comodidad antes que la de los demás, y como se trataba de un hombre muy alto y fornido, muy diestro con la espada, se topaba con pocos que tuvieran el valor de contradecirle.

Afuera, el viento rugía y la lluvia azotaba contra el suelo como una cortina sólida. En el sur de California, esta era una tormenta típica de febrero. En las misiones, los frailes ya habían encerrado a sus animales y se disponían a recogerse habiendo cerrado todas sus puertas. En las haciendas ardían enormes hogueras. Los indígenas se habían encerrado en sus casitas de adobe, felices de encontrarse bajo techo.

Y aquí, en el pequeño pueblo de Reina de los Ángeles, que al cabo de los años se convertiría en una gran ciudad, la taberna que se encontraba a un lado de la plaza daba albergue en esos tiempos a hombres que buscaban el calor de la hoguera hasta el amanecer, por no enfrentarse con la lluvia.

El sargento Pedro González, atenido a su rango y a su estatura, se había

apoderado de la chimenea, y un cabo y tres soldados del presidio estaban sentados frente a una mesa, un poco atrás del sargento, bebiendo y jugando a los naipes. Un criado indio estaba en cuclillas en un rincón. No se trataba de un neófito que hubiera aceptado la religión de los frailes, sino de un pagano y renegado.

Todo esto sucedía en los días de la decadencia de las misiones; no había mucha paz entre los franciscanos que seguían los pasos de fray Junípero Serra, fundador de la primera misión de San Diego de Alcalá (que ya había sido canonizado y había hecho posible un imperio). Quienes seguían a los políticos obtenían grados muy altos en el ejército. Los hombres que se encontraban bebiendo en la taberna de Reina de los Ángeles no querían un espía cerca de ellos.

En este momento se había acabado la conversación, lo cual le resultaba molesto al posadero y al mismo tiempo lo atemorizaba, ya que el sargento Pedro González era pacífico mientras hubiera una discusión; pero a menos que estuviera hablando, el soldado podría sentirse impulsado a provocar un altercado.

Ya dos veces lo había hecho González, causando muchos daños en los muebles y en las caras de los parroquianos de la taberna; el posadero había acudido al comandante del presidio, el capitán Ramón, solo para que este último le informara que él ya tenía bastantes problemas encima y que la administración de una posada no era de su incumbencia.

De manera que el posadero observaba cautelosamente a González, acercándose hacia la orilla de la mesa grande y tratando de empezar una conversación general con el fin de evitar dificultades.

—Se rumora en el pueblo —dijo—, que el Zorro anda suelto otra vez.

Sus palabras tuvieron un efecto al mismo tiempo inesperado y terrible. El sargento Pedro González se enderezó súbitamente en la banca, arrojó al suelo su tarro, que todavía tenía algo de vino, y asestando un terrible golpe sobre la mesa con su puño, hizo que los tarros, las barajas y las monedas se desparramaran por todos lados.

El cabo y los tres soldados retrocedieron presas de pánico, y el posadero palideció; el indio que estaba sentado en el rincón se acercó a la puerta, pensando que sería mejor salir a enfrentarse con la tormenta que quedarse a arrostrar la furia del sargento.

—Conque el Zorro, ¿eh? —gritó González con voz estruendosa—. ¿Estoy condenado a oír por doquier ese nombre? «El Zorro», ¿eh?… ¡Mr. Fox, en otras palabras! Se imagina, digo yo, que es astuto como el que más. ¡Por todos los santos, apesta como un zorrillo!

González dio un trago, se volvió para verlos a todos de frente, y continuó con su perorata:

—¡Corre por todo el camino real como una cabra montesa! ¡Usa máscara, y luce una hermosa espada, según me han dicho, y con la punta graba su odiosa letra Z en la mejilla de su enemigo! ¡Bah! ¡La llaman la marca del Zorro! ¡Tiene una espada muy bella, en verdad!, aunque yo no podría jurarlo, pues nunca la he visto. No quiere concederme el honor de verla, ¡las pillerías del Zorro nunca ocurren por dónde anda el sargento Pedro González! Tal vez el Zorro pueda decirnos por qué, ¡bah!

Echándoles una mirada fulminante a todos, frunció el labio superior y las puntas de sus bigotazos negros se encresparon.

—Ahora lo llaman la maldición de Capistrano —dijo el posadero gordo, agachándose a recoger el tarro de vino y las barajas con la esperanza de adueñarse de paso de alguna moneda.

—¡Maldición de todo el camino y de toda la cadena de misiones! —rugió el sargento González—. ¡Un asesino, eso es, un ladrón! ¡Bah! Un tipo cualquiera tratando de ganarse la reputación de valiente porque roba una que otra hacienda y se dedica a asustar a las mujeres y a los indios. El Zorro, ¿eh? ¡He aquí un zorro que me dará gusto cazar! «Maldición de Capistrano» ¿eh? Yo sé que no he sido un santo, pero solo pido una cosa al cielo: ¡Qué me perdone mis pecados y me conceda la gracia de enfrentarme cara a cara con este gentil salteador!

—Hay una recompensa… —empezó el posadero.

—¡Me quitaste las palabras de la boca! —protestó el sargento González—. Hay una buena recompensa que ofrece su excelencia el gobernador. ¿Y cuál es la buena suerte que le ha tocado a mi espada? Si estoy de servicio en San Juan Capistrano, el tipo hace de las suyas en Santa Bárbara. Si estoy en Reina de los Ángeles, se roba una buena cantidad de dinero en San Luis Rey. Ceno en San Gabriel, digamos, y roba en San Diego de Alcalá. Un fastidio, eso es. Una vez me lo encontré…

El sargento González se ahogó, tan furioso estaba, y tomó su tarro de vino, el que había vuelto a llenar el posadero, apurando todo el contenido.

—Bueno, afortunadamente, nunca ha venido por aquí —dijo el posadero dando un suspiro de alivio.

—Y con razón, gordo, con mucha razón. Tenemos aquí un presidio y bastantes soldados. Este guapo Zorro se cuida mucho de acercarse a cualquier presidio. Es como un fugaz rayo de sol, lo reconozco, e igual de valiente.

El sargento González descansó nuevamente en la banca, y el posadero le

dirigió una mirada de tranquilidad, con la esperanza de que en esa noche de lluvia no se romperían tarros, muebles, ni caras.

—Sin embargo, el Zorro tiene que descansar de vez en cuando, debe comer y dormir —dijo el posadero—. Con seguridad tiene algún escondite para reponer sus fuerzas; algún día los soldados lo perseguirán hasta su guarida.

—¡Bah! —replicó González—. Claro que el hombre tiene que comer y que dormir. ¿Y qué es lo que alega ahora? Dice que él no es un verdadero ladrón, ¡por todos los santos! Que solo se dedica a castigar a los que maltratan a los hombres de las misiones; ¡amigo de los oprimidos!, ¿eh? Hace poco dejó un letrero en Santa Bárbara diciendo esto, ¿no es verdad? ¡Bah! ¿Y cuál puede ser la respuesta? Los frailes de las misiones lo están amparando; lo esconden, le dan de comer y beber. Estoy seguro que si sacuden la túnica de un fraile, encontrarán alguna pista de este salteador, o dejo de ser militar.

—No dudo que diga usted la verdad —contestó el posadero—. No me extrañaría que los frailes hicieran tal cosa. Pero ojalá que el Zorro nunca venga por aquí.

—¿Y por qué no, gordo? —gritó el sargento González con voz de trueno —. ¿Acaso no estoy yo aquí? ¿Acaso no tengo la espada a mi lado? ¿Eres una lechuza, o es tan débil la luz del día que no puedes ver más allá de tus narices? Por todos los santos…

—Quiero decir —se apresuró a afirmar el posadero bastante alarmado—, que no quiero que me roben.

—¿Qué te roben qué, gordo? ¿Un tarro de vino y una comida? ¿Acaso tienes riquezas, estúpido? ¡Bah! Deja que venga ese individuo. Solo deja que ese atrevido y astuto Zorro entre por esa puerta y se pare frente a nosotros. ¡Qué nos haga una caravana, como dicen que lo hace, y que brillen sus ojos a través de la máscara! Permíteme enfrentarme con él por un instante, y pediré la generosa recompensa que ofrece su excelencia.

—Tal vez tenga miedo de aventurarse a llegar tan cerca del presidio —dijo el posadero.

—¡Más vino! —rugió González—. Más vino, gordo, y cárgalo a mi cuenta. Cuando haya cobrado la recompensa, te pagaré todo. Te doy mi palabra de honor. ¡Ja! Si entrara ahorita este astuto y valiente señor Zorro, esta maldición de Capistrano…

Repentinamente se abrió la puerta.

EN EL FUROR DE LA TORMENTA

Entró una ráfaga de viento, y al mismo tiempo una marejada de agua y un hombre.

Las llamas de las velas se quedaron vacilantes, y una de ellas se apagó. Esta entrada tan repentina, a mitad de los alardes del sargento, sobresaltó a todos; González sacó su espada de la funda hasta la mitad, a medida que las palabras se apagaban en su garganta. El indio cerró la puerta rápidamente para que no entrara más aire.

El recién llegado se volvió y les dio la cara; el posadero suspiró tranquilo. No era el Zorro, naturalmente. Era Don Diego De la Vega, un apuesto joven noble, de veinticuatro años de edad, conocido por todo el camino real por su poco interés en las cosas verdaderamente importantes de la vida.

—¡Bah! —gritó González envainando de un golpe la espada.

—¿Qué, los alarmé, señores? —preguntó cortésmente Don Diego en voz muy baja, abarcando con la mirada todo el cuarto y saludando a los hombres que se encontraban frente a él.

—Si así fue, señor, se debió a que entró usted en el apogeo de la tormenta —replicó el sargento—. Su figura no alarmaría a ningún hombre.

—¡Hum! —Gruñó Don Diego, haciendo a un lado su sombrero y arrojando su sarape, que estaba empapado—. Sus comentarios rayan en el peligro, mi bronco amigo.

—¿Acaso pretende usted desafiarme?

—Es cierto —continuó Don Diego— que no tengo la reputación de cabalgar como un imbécil arriesgando mi vida, ni de pelear como idiota con cada recién llegado, ni de tocar la guitarra bajo la ventana de todas las mujeres como un simplón. Sin embargo, no me gusta que digan estas cosas, que usted considera defectos, en mi cara.

—¡Bah! —gritó González un poco molesto.

—Hemos hecho un trato, sargento González, el cual nos permite ser amigos, pudiendo yo olvidar la enorme diferencia de cuna y de educación que existe entre nosotros mientras ponga usted freno a su lengua y se porte como mi camarada. Sus alardes me divierten, y por eso le compro el vino que tanto desea. Me parece un buen arreglo. Pero si me pone usted en ridículo otra vez, señor, ya sea en público o en privado, nuestro trato termina… También quiero mencionar que tengo alguna influencia…

—Mil perdones, caballero y buen amigo —gritó alarmado el sargento

González—. Está usted más violento que la tormenta, solo porque se me fue un poco la lengua. De aquí en adelante, a cualquiera que me pregunte, le diré que es usted muy inteligente y muy diestro con la espada, siempre dispuesto a pelear o a hacer el amor. Es usted un hombre de acción, caballero. ¡Bah! ¿Se atreve alguien a dudarlo?

Echó una mirada feroz por todo el cuarto, sacando su espada hasta la mitad y metiéndola enseguida de un golpe a la funda. Echando la cabeza hacia atrás se carcajeó y dio unas palmadas a Don Diego en la espalda; el posadero se apresuró a traer más vino, sabiendo que Don Diego De la Vega lo pagaría.

Esta, extraordinaria amistad entre Don Diego y el sargento González daba mucho que hablar en el camino real. Don Diego provenía de una familia noble que gobernaba miles de hectáreas, innumerables ganados caballares y vacunos, y enormes campos de cereales. Don Diego, por su propio derecho, poseía una hacienda que era como un pequeño imperio, y también una casa en el pueblo; además, a la muerte de su padre, heredaría tres veces más de lo que ahora tenía.

Pero Don Diego no era como los otros Jóvenes nobles de su época. Aparentemente no era hombre de acción. Rara vez portaba su espada, o sí lo hacía, era solo por vestir a la moda. Era exageradamente cortés con todas las mujeres y no cortejaba a ninguna.

Se sentaba bajo el sol y escuchaba las tremendas hazañas de los demás, y de cuando en cuando sonreía. En todos sentidos, era el polo opuesto del sargento Pedro González, y, sin embargo, con frecuencia andaban juntos. Pasaba lo que había dicho Don Diego; se divertía con los alardes del sargento, y el sargento era feliz bebiendo gratis. ¿Qué más podían pedir?

Don Diego se paró frente al fuego para secarse, agarrando el tarro de vino tinto con una mano. Era de estatura regular, pero muy sano, y tenía una presencia agradable. Las orgullosas dueñas se desesperaban porque no se volvía nunca por segunda vez a mirar a las señoritas que ellas protegían, para las cuales buscaban buenos partidos.

González, temeroso de haber hecho enojar a su amigo y de que este no le pagase más vino, trataba de hacer las paces.

—Caballero, hemos estado hablando del sensacional señor Zorro —dijo—. Hemos estado discutiendo esta maldición de Capistrano, como algún ingenioso ha apodado a esta plaga del camino.

—¿Qué hay de él? —preguntó Don Diego dejando su tarro y tapándose la boca para bostezar. Los que conocían bien a Don Diego decían que bostezaba cuando menos doscientas veces al día.

—He estado diciendo, caballero —dijo el sargento—, que este buen señor Zorro nunca se aparece por estas cercanías, y que estoy rogando a todos los santos que me concedan la gracia de encontrármelo algún día, para que pueda yo cobrar la recompensa que ofrece el gobernador. Señor Zorro, ¿eh? ¡Bah!

—No hablemos de él —suplicó Don Diego volviendo la cabeza y moviendo la mano en son de protesta—. ¿Qué, no será posible que pueda yo oír algo que no sean hazañas de sangre y de violencia? ¿No será posible en estos tiempos tempestuosos que un hombre pueda oír palabras de sabiduría sobre música o sobre los poetas?

—¡Por los cuernos de Satanás! —resopló el sargento furioso—. Si este señor Zorro quiere arriesgar su pellejo, allá él. Es su propio pellejo, ¡por todos los santos! ¡Un asesino! ¡Un ladrón! ¡Bah!

—He oído mucho acerca de su obra —prosiguió Don Diego—. Indudablemente que el hombre tiene buenas intenciones. Solo ha robado a los oficiales que a su vez han robado a las misiones y a los pobres, y no ha castigado sino a los salvajes que maltratan a los indios. No ha matado a nadie, según me han dicho. Déjelo que goce de su triunfo, mi sargento.

—¡Prefiero la recompensa!

—¡Gánela! —dijo Don Diego—. ¡Capture al hombre!

—¡Ja! Vivo o muerto, dice la proclama del gobernador. Yo mismo la he leído.

—Entonces enfréntese a él y atraviéselo, si así lo desea —replicó Don Diego—. Y cuéntemelo todo después, pero no ahora, por favor.

—Será una linda historia —gritó González—. Y se la contaré completa, caballero, palabra por palabra. Cómo jugué con él y me reía mientras peleábamos, y cómo lo arrinconé al poco rato y lo atravesé…

—Después, ¡ahora no! —gritó Don Diego, desesperado—. ¡Posadero, más vino! ¡La única forma de callar a este ronco presumido es llenarle la garganta de vino para que no puedan salir las palabras!

El posadero llenó los tarros rápidamente. Don Diego saboreaba su vino despacio, como todo un caballero, mientras que el sargento González bebió el suyo de dos tragos. Después, el vástago de la casa de los De la Vega se dirigió hada la banca y tomó su sombrero y su sarape.

—¿Qué? —gritó el sargento—. ¿Nos deja usted tan temprano, caballero? ¿Va usted a enfrentarse a la furia de esa tormenta?

—Tengo bastante valor para eso, cuando menos —replicó Don Diego, sonriendo—. Solo vine de mi casa por una jarra de miel. Tuvieron miedo de

llenármela los peones de la hacienda, por la lluvia. Dame una, posadero.

—Lo escoltaré a su casa —gritó el sargento González, pues sabía muy bien que Don Diego tenía excelente vino añejo en su casa.

—Usted se queda aquí junto al fuego —le dijo Don Diego con firmeza—. No necesito una escolta de soldados del presidio para atravesar la plaza. Estoy haciendo cuentas con mi secretario, y posiblemente regrese a la taberna cuando terminemos. Quería la jarra de miel para comer mientras trabajamos.

—¡Bah! ¿Y por qué no mandó usted a su secretario por la miel, caballero? ¿De qué sirve ser rico y tener criados, si no les puede uno ordenar que hagan los mandados en una noche como esta?

—Es viejo y está débil —explicó Don Diego—. También es secretario de mi anciano padre; la tormenta lo mataría. Posadero, sírvales vino a todos los presentes y cárguelo a mi cuenta. Tal vez regrese cuando hayamos puesto mis libros en orden.

Don Diego De la Vega tomó la jarra de miel, se tapó la cabeza con el sarape, abrió la puerta, y se perdió en la obscuridad.

—¡He ahí un hombre! —gritó González, haciendo un ademán con los brazos—. Ese caballero ¡es mi amigo, y quiero que lo sepan todos! Rara vez lleva espada, y dudo que sepa usarla, ¡pero es mi amigo! Los ojos centelleantes de las chicas más preciosas no le afectan, y, sin embargo, ¡juraría que es un hombre cabal! Música y poetas, ¿eh? ¡Bah! ¿Acaso no tiene derecho, si eso le gusta? ¿Acaso no es Don Diego De la Vega? ¿No tiene sangre azul, miles de hectáreas y enormes bodegas llenas de alimentos? ¿No es liberal? Se puede parar sobre su cabeza o usar faldillas, si se le antoja, y a pesar de todo, ¡juro que es un modelo perfecto de hombre!

Los soldados se aunaron a sus sentimientos, ya que estaban bebiendo el vino de Don Diego; y de cualquier forma, no tenían valor para rebatir los comentarios del sargento. El posadero les sirvió otra vez, sabiendo que Don Diego pagaría. Un De la Vega no se rebajaría examinando su cuenta en una taberna pública, y el tabernero se había aprovechado de esto muchas veces.

—No puede soportar la violencia ni la sangre —continuó el sargento González—. Es gentil como la brisa primaveral. Y, sin embargo, tiene un puño recio y una mirada profunda. Es solo su modo de ver la vida. Si yo tuviera su juventud, gallardía y riquezas, ¡ja!, ¡habría un río lleno de corazones rotos desde San Diego de Alcalá hasta San Francisco de Asís!

—¡Y de cabezas rotas también! —comentó el cabo.

—¡Ja!, ¡y cabezas rotas, camarada! Reinaría yo en estas tierras. Ningún jovenzuelo se atrevería a ponerse en mi camino. ¡Afuera la espada y a ellos!

Cruzarse con Pedro González, ¿eh? ¡Bah! ¡Les atravesaría el hombro de una sola estocada! ¡Ja! ¡Les atravesaría los pulmones!

González se había puesto en pie y había sacado su espada.

La blandía hacia atrás y hacia adelante, embestía, paraba, se retiraba a fondo, avanzaba y retrocedía, gritaba, juramentos, y se carcajeaba mientras peleaba con las sombras.

—¡Así es como se hace! —le gritó a la chimenea—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Dos de ustedes contra mí? ¡Tanto mejor, señores! ¡Nos encantan los partidos desiguales! ¡Ja! ¡Toma, perro! ¡Muere, vil! ¡A un lado, cobarde!

Se recargó contra la pared, jadeante, casi sin aliento, apoyando la punta de su espada en el suelo, la cara morada por el esfuerzo y por el vino que había tomado, mientras que el cabo, los soldados y el tabernero reían a carcajadas de esta batalla sin sangre de la cual el sargento Pedro González había salido, sin lugar a dudas, vencedor.

—¡Si… si llegara el señor Zorro aquí ahorita! —dijo el sargento con voz entrecortada.

De pronto, nuevamente se abrió la puerta y entró un hombre a la posada con una ráfaga de la tormenta.

3

EL ZORRO HACE UNA VISITA

El indio corrió a cerrar bien la puerta, pues el viento la empujaba con fuerza, y regresó a su rincón. El recién llegado daba la espalda a los que estaban en el cuarto. Notaron que el sombrero le tapaba toda la frente como para evitar que el viento se lo volara, y que venía envuelto en una capa muy larga, completamente empapada.

Dándoles la espalda todavía, abrió la capa y le sacudió el agua, doblándola luego contra su pecho mientras el posadero se le acercaba, lleno de esperanzas, pues suponía que se trataba de algún viajero que pagaría bien por comer, dormir y para que le cuidaran a su caballo.

Cuando el posadero estaba a pocos pasos de él y de la puerta, el extraño se volvió.

El posadero dio un grito de horror y retrocedió rápidamente. El cabo murmuró entre dientes; los soldados quedaron sin habla, y el sargento Pedro González abrió la boca y los ojos desmesuradamente.

El hombre que estaba frente a ellos traía una máscara negra en la cara, que le tapaba muy bien todas sus facciones; y a través de las dos aberturas, sus ojos brillaban con una mirada siniestra.

—¡Ja! ¿Qué tenemos aquí? —dijo González por fin, jadeante, recobrando un poco su sangre fría.

El hombre hizo una ligera reverencia.

—El Zorro, a sus órdenes —dijo.

—¡Por todos los santos! El Zorro, ¿eh? —gritó González.

—¿Lo duda usted, señor?

—Si en efecto es usted el Zorro, ¡se ha vuelto loco! —afirmó el sargento.

—¿Qué significa este sermón?

—Está usted aquí, ¿no es así? Ha entrado usted a la posada, ¿no? ¡Por todos los santos, ha caído usted en una trampa, mi bello bandolero!

—¿Quiere el señor hacer el favor de explicarme? —preguntó el Zorro. Su voz era profunda y tenía un timbre muy especial.

—¿Está usted ciego? ¿En dónde tiene la cabeza? —le preguntó González —. ¿No estoy yo aquí?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Acaso no soy soldado?

—Por lo menos lleva usted la indumentaria de un soldado, señor.

—¡Por todos los santos! ¿Y no puede usted ver al buen cabo y a tres de nuestros camaradas? ¿Ha venido usted a entregar su maldita espada, señor? ¿Ha terminado usted de jugar al villano?

El Zorro rio en forma agradable, sin quitar los ojos de González.

—Por supuesto que no he venido a entregarme —dijo—. Vengo a arreglar un asunto, señor.

—¿Asunto? —preguntó González.

—Hace cuatro días, usted golpeó brutalmente a un indio que le era antipático. Esto sucedió en el camino de aquí a la misión de San Gabriel.

—Era un perro insolente, y se atravesó en mi camino. ¿Y a usted qué le importa, mi bello bandolero?

—Soy amigo de los oprimidos, señor, y he venido a castigarlo.

—¿Venido… a castigarme a mí, estúpido? ¿Usted castigarme a mí? ¡Me

moriré de risa antes de matarlo! ¡Dese usted por muerto, señor Zorro! ¡Su excelencia el gobernador ha ofrecido una bonita suma por su cadáver! Si es usted hombre de religión, rece sus oraciones. No quiero se diga que maté a un hombre sin darle tiempo para arrepentirse de sus crímenes.

—Es usted muy generoso, pero no hay necesidad de que rece yo mis oraciones.

—Entonces, debo cumplir con mi obligación —dijo González, y levantó la punta de su espada—. Cabo, usted y sus hombres se quedan en la mesa. Este hombre y la recompensa que dan por él son míos.

Sopló las puntas de sus bigotes y avanzó cautelosamente, sin cometer el error de estimar en poco la habilidad de su adversario, pues corrían algunas historias de su destreza con la espada.

Y cuando estaba a la distancia adecuada, retrocedió súbitamente, lleno de pánico, como si una víbora le hubiera advertido de un golpe.

Porque el señor Zorro había sacado una mano de su capa, y en la mano tenía una pistola, la más infame de todas las armas, según el sargento González.

—¡Atrás, señor! —advirtió el Zorro.

—¡Bah! ¡De modo que así es! —gritó González—. Usted lleva esa arma diabólica y amenaza con ella a los hombres. Estas cosas se usan solo a larga distancia y en contra de enemigos inferiores. Los caballeros prefieren y confían en la espada.

—¡Atrás, señor! La muerte está en esto que usted llama arma del diablo. No se lo advertiré otra vez.

—Alguien me dijo que usted era un valiente —dijo González con cierta precaución, retrocediendo algunos pasos—. Se ha murmurado que usted se enfrentaría con cualquier hombre a pie y cruzaría su espada con él. Yo lo había creído. Y ahora lo encuentro recurriendo a un arma que no sirve más que para usarla en contra de los pieles rojas. ¿Es que le falta a usted el valor que dicen que tiene, señor?

El Zorro rio nuevamente.

—Eso lo verá usted a su tiempo —dijo—. Ahora es necesario usar la pistola. En esta taberna todas las probabilidades están contra mí, señor. Con mucho gusto cruzaré mi espada con usted cuando sea oportuno.

—Espero ansiosamente —dijo González muy despectivamente.

—El cabo y los soldados se irán a aquel rincón —ordenó el Zorro—. Tabernero, usted acompáñelos. El indio va allá también. Pronto, señores.

Gracias. No quiero que alguno de ustedes me moleste mientras castigo al sargento.

—¡Ja! —gritó González furioso—. ¡Ya veremos quién castiga a quién, mi bello Zorro!

—Agarraré la pistola con la mano izquierda —continuó el señor Zorro—. Pelearé con el sargento con la mano derecha, como debe ser, y mientras peleamos echaré un ojo al rincón. Al menor movimiento de alguno de ustedes, disparo. Soy un experto con lo que ustedes han llamado el arma del diablo, y si disparo, algunos hombres dejarán de existir en este mundo nuestro. ¿Entendido?

El cabo, los soldados y el posadero no se tomaron la molestia de contestar. El Zorro miró fijamente a González otra vez y rio entre dientes bajo su máscara.

—Sargento, vuélvase usted de espaldas mientras saco mi espada —ordenó —. Le doy mi palabra de caballero de que no lo atacaré por la espalda.

—¿De caballero? —dijo González con desprecio.

—¡Eso dije, señor! —replicó el Zorro, esbozando una amenaza en su voz. González se encogió de hombros y volvió las espaldas. En un instante oyó la voz del bandolero otra vez.

—¡En guardia, señor!

4

LAS ESPADAS CHOCAN Y PEDRO DA EXPLICACIONES

González se volvió rápidamente al oír esto, y su espada subió. Vio que el Zorro había sacado la suya, y que tenía la pistola en la mano izquierda, arriba de la cabeza. Y lo que es más, el Zorro reía todavía, lo que enfureció a González. Las espadas chocaron.

El sargento González estaba acostumbrado a pelear con hombres que avanzaban o retrocedían cuando podían o querían, que se movían de un lado a otro buscando siempre alguna ventaja, según su habilidad de espadachines.

Pero hete aquí a un hombre que peleaba en forma totalmente distinta, pues tal parecía que el Zorro estaba clavado al suelo, y no podía volver la cara para nada. No cedía un centímetro, no avanzaba y tampoco se movía para los lados.

González atacó con furia, como solía hacerlo siempre, y el Zorro le paró la

estocada. Entonces el sargento siguió con más cautela, probando todos los trucos que conocía, pero no le servían de nada. Trató de pasar alrededor de su enemigo, pero la espada de aquel lo hizo retroceder. Dio unos pasos hacia atrás esperando que el Zorro se moviera de su sitio, pero este se quedó dónde estaba, obligando a González a atacar otra vez. En cuanto al bandolero, no hacía más que defenderse.

La furia se apoderó de González, pues sabía que el cabo le tenía envidia, y que al día siguiente todo el pueblo sabría todos los detalles de la pelea, y el cuento correría por todo el camino real.

Atacó rabiosamente, con la esperanza de obligar al Zorro a mover los pies y terminar de una buena vez. Pero en lugar de esto, su espada chocó contra lo que parecía una piedra, y la hoja se dobló; se topó contra su enemigo, y el Zorro simplemente sacó el pecho y lo aventó hacia atrás.

—¡Pelee usted, señor! —dijo el Zorro.

—¡Pelee usted, asesino, ladrón! —gritó el sargento, desesperado—. ¡No se pare ahí como un pedazo de piedra, idiota! ¿O es que su religión no le permite dar un solo paso?

—Ni con insultos logrará que me mueva —respondió el bandolero, riendo.

El sargento González comprendió entonces que se había exaltado mucho, y sabía que un hombre que se encoleriza fácilmente no puede pelear con la espada tan bien como el que se sabe dominar. Cambió completamente, asumiendo una actitud de frialdad absoluta; aguzó la mirada y dejó de hacer alardes.

Atacó nuevamente, esta vez alerta, buscando un punto por donde poder entrar sin acarrearse consecuencias fatales. Peleó como nunca en su vida, y se maldecía por haber permitido que el vino y la comida le hubieran hecho perder el control de sí mismo. Atacaba de frente y de ambos lados, pero su enemigo le paraba todas las tiradas; sus trucos le fallaban casi antes de iniciarlos.

Desde luego que había estado observando los ojos de su adversario, y de pronto notó un cambio. Le había parecido que sonreían a través de la máscara, pero se habían aguzado y se hubiera creído que arrojaban fuego.

—¡Basta de juego! —dijo el Zorro—. ¡Ha llegado la hora del castigo!

Entonces empezó a pelear de verdad; dando un paso tras otro, avanzó lenta pero metódicamente, y obligó a González a retroceder. La punta de su espada simulaba la cabeza de una serpiente de mil lenguas. González se sintió a merced del otro, pero apretando los dientes trató de dominarse y siguió peleando.

El Zorro estaba de espaldas a la pared, pero en esta posición podía pelear

con él y al mismo tiempo observar a los hombres que estaban en el rincón. González sabía que el bandolero estaba jugando con él, y ya estaba dispuesto a tragarse su orgullo y a llamar al cabo y a los soldados para que le ayudaran.

En eso llamaron a la puerta con fuertes golpes, pues el indio la había cerrado con llave. González sintió que se le salía el corazón; ahí estaba alguien que quería entrar. Quienquiera que fuese, pensaría que era muy raro que el tabernero o su criado no abrieran la puerta inmediatamente. Tal vez le pudiesen ayudar.

—Nos han interrumpido, señor —dijo el bandolero—. Lo siento, porque no tendré tiempo de castigarlo como merece y habré de visitarlo nuevamente. Ni eso merece usted.

Los golpes en la puerta se hacían más fuertes. González alzó la voz:

—¡Ea! ¡Aquí tenemos al Zorro!

—¡Cobarde! —gritó el bandolero.

Su espada pareció recobrar vida. Se movía como un dardo; se iba a fondo, saliendo con una velocidad increíble. Recogía miles de rayos de luz de las velas y los volvía a arrojar.

De repente la espada entró y se enganchó en buen punto, y el sargento sintió cómo la suya se le escapaba de la mano y volaba por el aire.

—¡Listo! —gritó el Zorro.

González esperaba la estocada. Un sollozo le subió por la garganta al pensar que este sería su fin, y no en el campo de batalla, donde todo soldado aspira morir. Pero el acero no entró en su pecho.

En lugar de matarlo, el Zorro bajó la mano izquierda, agarró la espada y la pistola y con la mano derecha abofeteó a Pedro González en una mejilla.

—¡Esto para un hombre que maltrata a los nativos indefensos! —gritó.

González rugió de rabia y de vergüenza. Afuera, alguien trataba de tirar la puerta, lo cual parecía importarle poco al Zorro. Retrocedió, guardando su espada de un golpe, como un relámpago. Con la pistola amenazó a todos los que estaban en el cuarto. Como un dardo se acercó a la ventana y de un brinco se subió a la banca.

—¡Hasta la vista, señor! —gritó.

Salió por la ventana, saltando como una cabra montañesa, llevándose su capa. Una ráfaga de viento que entró apagó todas las velas.

—¡A él! —chilló González, saltando al otro lado del cuarto como impulsado por un resorte para coger su espada—. ¡Quiten las barras de la

puerta! ¡Afuera todos, vamos tras él! ¡Acuérdense de la recompensa!

El primero en llegar a la puerta fue el cabo; y al abrirla, casi cayeron sobre él dos hombres del pueblo, ávidos de vino y de saber por qué estaba cerrada la puerta. El sargento González y sus camaradas pasaron arrollándolos; los dejaron tendidos en el suelo y salieron como bólidos.

Pero de nacía les valió, pues estaba tan obscura la noche que no podían ver ni siquiera la cabeza de sus caballos. La lluvia caía con tal intensidad que borraba las huellas al instante.

El Zorro había escapado y nadie podía decir qué dirección había tomado.

Esto, naturalmente, produjo un tumulto al que se unieron los hombres del pueblo. El sargento González y los soldados regresaron a la posada, en donde los esperaban muchos conocidos. El sargento González sabía que su reputación estaba en peligro.

—¡Quién si no un bandolero, asesino, ladrón, lo hubiera hecho! —gritó.

—¿Qué pasó, valiente? —preguntó un hombre que estaba cerca de la puerta.

—¡El Zorro lo sabía, desde luego! Hace algunos días, peleando en San Juan Capistrano, me rompí el dedo pulgar de la mano derecha. Sin duda que el Zorro se enteró, de manera que se aprovechó de esto para visitarme y poder decir que me ha vencido.

El cabo, los soldados y el posadero se quedaron mirándolo atónitos, pero ninguno tuvo el valor de abrir la boca.

—Los que presenciaron el duelo se lo podrán decir, señores —prosiguió González—. El Zorro entró por la puerta e inmediatamente sacó una pistola (el arma del diablo) de su capa. Nos apuntó con ella obligando a todos, menos a mí, a que se pararan en aquel rincón. Yo no lo quise obedecer. «Entonces, peleará contra mí», dijo el bandolero. Saco yo mi espada, decidido a acabar con esta plaga, ¿y qué es lo que me dice entonces? «Pelearemos», y yo llevaré ventaja, para poder jactarme después. Tendré la pistola en la mano izquierda y si no me parece bien como ataca, dispararé y después lo atravesaré con la espada, para terminar de una buena vez con cierto sargento.

El cabo se quedó atónito, y el posadero ya iba a hablar, pero cambió de opinión al ver la mirada que le dirigió el sargento.

—¿Hay algo más diabólico? —preguntó González—. Tenía yo que pelear, pero si peleaba duro me metería un pedazo de plomo infernal. ¿Quién ha oído de semejante farsa? Esto demuestra qué clase de hombre es este bandolero. Algún día que no lleve pistola me lo encontraré; y entonces…

—¿Pero cómo fue que se escapó? —preguntó alguien.

—Oyó que llamaban a la puerta. Me amenazó con la pistola obligándome a tirar mi espada hasta el rincón más lejano. Nos amenazó a todos, corrió a la ventana y saltó. Nos fue imposible encontrarlo en la obscuridad o ver sus huellas por la lluvia. ¡Pero ahora sí estoy decidido! En la mañana voy a ver a mi capitán Ramón para pedirle que me absuelva de todos mis deberes y me permita llevar algunos de mis camaradas a cazar al Zorro. ¡Ja, ja! ¡Iremos de cacería!

De repente se disolvió el gentío que estaba cerca de la puerta, y apresuradamente entró Don Diego De la Vega.

—¿Qué es lo que me dicen? —preguntó—. ¿Qué el Zorro ha estado aquí?

—Es verdad, caballero —contestó González—. Y estábamos hablando de él esta misma noche. Si se hubiera usted quedado en lugar de ir a su casa a trabajar con su secretario, lo hubiera visto todo.

—¿No estaba usted aquí? ¿No me lo puede usted contar? —preguntó Don Diego—. Solo le suplico que no me haga un relato muy sangriento. No comprendo por qué los hombres tienen que ser tan violentos. ¿En dónde está el cadáver del bandolero?

González sintió que se asfixiaba y el posadero se volvió para esconder su sonrisa.

El cabo y los soldados empezaron a tomar sus botellas de vino para aparentar indiferencia.

—Él… es decir, no hay ningún cadáver —logró decir por fin González.

—Vamos, nada de falsa modestia, sargento —gritó Don Diego—. ¿O es que no somos amigos? Usted prometió contarme todos los detalles de su encuentro con el asesino. Sé que no lastimará usted mi sensibilidad, sabiendo que detesto la violencia, pero de cualquier modo, ardo en deseos de saberlo todo, ya que usted, amigo mío, ha sostenido un duelo con ese individuo. ¿Cuánto le dieron de recompensa?

—¡Por todos los santos! —gritó González desesperado.

—Vamos, sargento. ¡Adelante con el relato! ¡Posadero, sírvanos vino a todos para celebrar el acontecimiento! ¡Adelante, sargento! Ahora que se ha ganado usted la recompensa, ¿saldrá usted del ejército, se comprará una hacienda y se casará?

El sargento González sentía que se asfixiaba y temblando estiró el brazo para tomar su botella de vino.

—Usted me prometió —continuó Don Diego— que me lo contaría todo,

palabra por palabra. ¿No es verdad, posadero? Usted afirmó que me relataría cómo había jugado con él, cómo se había reído de él mientras peleaban y cómo, finalmente, lo había arrinconado atravesándole con su espada…

—¡Por todos los santos! —rugió González. Las palabras le salían estruendosamente—. ¡Esto es más de lo que puede soportar un hombre! Usted… Don Diego… mi amigo…

—Sargento, su modestia no cae bien en este momento —dijo Don Diego —. Usted prometió contarme una historia, y quiero escucharla. ¿Qué aspecto tiene el Zorro? ¿Pudo usted mirarle la cara después de matarlo? ¿Acaso se trata de alguien que conocemos todos? ¿Quién de ustedes me lo puede decir? Se quedan ahí todos parados como estatuas…

—¡Vino… que me ahogo! —aulló González—. ¡Don Diego, yo soy su amigo, y pelearé a muerte con cualquiera que trate de hacerlo de menos! Pero esta noche no me haga que pierda el control sobre mí mismo…

—No comprendo —dijo Don Diego—. No he hecho sino pedirle que me haga un relato de la pelea… cómo se burlaba durante la pelea, cómo lo arrinconó a su antojo, terminando por matarlo…

—¡Basta! No puedo soportar más insultos —gritó el sargento. Bebió el vino de un solo trago, arrojando la botella.

—¿Pero es posible que no haya ganado usted? —preguntó Don Diego—. Seguramente que este bandolero no es quién para enfrentarse a usted, mi sargento. ¿Cuál fue el resultado?

—Traía pistola…

—¿Por qué no se la arrebató? ¿Por qué no hizo que se la tragara? Pero quizá eso fue precisamente lo que hizo usted. ¡He aquí más vino, mi sargento, beba usted!

Pero el sargento González ya se había levantado y se abría paso entre la muchedumbre que estaba en la puerta.

—¡No debo olvidar mi deber! —dijo—. ¡Voy al presidio para informar al comandante de los acontecimientos!

—¡Pero sargento…!

—¡Y en cuanto al Zorro, muy pronto lo ensartaré en mi espada! —prometió González.

Y echando maldiciones, desapareció entre la lluvia. Era la primera vez en su vida que permitía que el deber se interpusiera entre él y el placer, y también la primera vez que huía teniendo buen vino a la mano.

Don Diego De la Vega sonrió, volviéndose hacia la chimenea.

5

UN PASEO POR LA MAÑANA

A la mañana siguiente ya había cesado la tormenta, y no había ni una sola nube que manchara el intenso azul del cielo. El sol brillaba esplendoroso, reflejándose sobre las hojas de las palmeras, y la brisa vigorizante del mar llegaba hasta los valles.

A media mañana, Don Diego De la Vega salió de su casa del pueblo, poniéndose sus guantes para montar de piel de borrego. Se detuvo un momento delante de la casa, mirando hacia la taberna, al otro lado de la plaza. Un criado indio salió de la parte posterior del edificio jalando un caballo.

Aunque Don Diego no solía galopar por las montañas ni por el camino real como un imbécil, poseía un caballo muy hermoso. El animal era brioso, veloz y resistente. Muchos nobles lo habían querido comprar, pero Don Diego no necesitaba más dinero y quería quedarse con la bestia.

La silla era pesada y tenía más plata que cuero. La brida era cincelada y también tenía mucha plata y a los lados colgaban unos guantes de piel, adornados con piedras semipreciosas que brillaban al sol como pregonando a todo el mundo la fortuna y el prestigio de Don Diego.

Don. Diego montó, mientras algunos hombres que andaban vagando por la plaza observaban y trataban de esconder sus sonrisas burlonas. En aquellos días, los jóvenes acostumbraban montar de un brinco, tomar las riendas, espolear el caballo con las enormes espuelas y desaparecer en una nube de polvo, todo en cuestión de segundos.

Pero Don Diego montaba un caballo de la misma manera que lo hacía todo… sin prisa y sin bríos. El criado le sostenía uno de los estribos, y Don Diego metió la punta de su bota. Después agarró las riendas con una mano y con un gran esfuerzo se sentó en la silla.

Una vez hecho esto, el criado le sostuvo el otro estribo, metiendo la otra bota de Don Diego, y se retiró. Don Diego chascó la lengua y la hermosa bestia comenzó a andar, al paso, por la orilla de la plaza, hacia la vereda que iba al norte. Una vez en la vereda, Don Diego dejó que el animal trotara unos tres kilómetros, y después empezó a galopar suavemente por el camino.

Había gran actividad en las siembras y en las hortalizas, y los indios cuidaban del ganado. De cuando en cuando se encontraba Don Diego una

carreta que avanzaba pesadamente, y saludaba a los que iban en ella. Un joven, a quien conocía bien, lo pasó galopando camino del pueblo, y Don Diego se detuvo para evitar el polvo que había levantado el caballo del otro.

En esta hermosa mañana, la indumentaria de Don Diego era más lujosa que de costumbre. Una sola mirada bastaba para saber que el portador era hombre de fortuna y de elevada alcurnia. Don Diego se había vestido con mucha meticulosidad, reprendiendo a sus criados porque su sarape nuevo no estaba bien planchado, y había perdido bastante tiempo viendo que sus botas quedaran perfectamente bien lustradas.

Cabalgó cuatro millas, y desviándose del camino, tomó una vereda que llevaba hacia un grupo de edificios que estaban a un lado de una loma. Don Diego De la Vega se dirigía a la hacienda de Don Carlos Pulido, a hacer una visita.

Este Don Carlos había sufrido muchas vicisitudes durante los últimos años. En otra época había tenido una posición y una fortuna comparables a las del padre de Don Diego. Pero había cometido el error de meterse en la política, y había perdido gran parte de sus tierras. Los recaudadores de impuestos lo asediaban constantemente en nombre del gobernador, y ahora, aunque solo le quedaba una pequeña parte de lo que había sido su fortuna, conservaba toda la dignidad que había heredado.

Ese día Don Carlos estaba sentado en la terraza de su hacienda, pensando en su mala suerte. Su esposa, doña Catalina, la novia de toda su vida, estaba dentro de la casa, dando órdenes a los criados. Su hija única, Lolita, también estaba adentro, tocando la guitarra y soñando lo que suele soñar una muchacha de dieciocho años.

Don Carlos irguió su cabeza plateada y vio que por la vereda se alzaba una pequeña nube de polvo. Esta nube indicaba que se aproximaba un solo hombre a caballo, y Don Carlos se atemorizó al pensar que tal vez se tratara de algún recaudador de impuestos.

Poniéndose una mano sobre la frente para darse sombra, observó cuidadosamente al caballero que se acercaba, y al notar la forma tan sosegada en que cabalgaba, la esperanza renació en su pecho, pues sabía que los militares no usan aparejos tan adornados mientras están de servicio.

El jinete acababa de doblar la última curva, y ya se le podía distinguir perfectamente desde la terraza. Don Carlos se talló los ojos para cerciorarse de lo que sospechaba. Aun a esa distancia, el anciano podía identificar al jinete.

—Es Don Diego De la Vega —susurró—. Quiera el cielo que por fin me traiga buena suerte.

Sabía que Don Diego venía, tal vez, solo de visita, y sin embargo, eso le ayudaría, pues cuando se supiera que la familia De la Vega tenía tanta amistad con los Pulido, aun los políticos lo pensarían bien antes de seguir molestando a Don Carlos, ya que los De la Vega eran sumamente poderosos en aquellas tierras.

Don Carlos dio unas palmadas, y un criado salió apresuradamente de la casa. Don Carlos le pidió que bajara las cortinas para que no entrara el sol a ese rincón de la terraza, que colocara una mesa y algunas sillas, y también que trajera panecillos y vino.

Mandó decir a su esposa y a su hija que Don Diego De la Vega se aproximaba. Doña Catalina sintió que su corazón cantaba, y ella también se puso a cantar. Lolita corrió a la ventana para ver a Don Diego.

Cuando se detuvo Don Diego en los escalones de la terraza, ya estaba un criado esperándolo para llevarse su caballo, y Don Carlos bajó unos cuantos escalones estrechándole la mano para darle la bienvenida.

—Me da mucho gusto que venga a visitar mi pobre hacienda, Don Diego —dijo, mientras se acercaba el joven, quitándose los guantes.

—Es un camino largo y polvoso —dijo Don Diego—. Me preocupa cabalgar trechos tan largos.

Don Carlos estuvo a punto de sonreír, pues seguramente que cabalgar cuatro millas no era suficiente para que se cansara un joven noble. Pero recordó la poca vitalidad de este y suprimió su sonrisa, pues esto podría enfadar a Don Diego.

Guio a este hacia la parte sombreada de la terraza y, ofreciéndole vino y panecillos, esperó a que su huésped hablara.

Según la costumbre de la época, las mujeres permanecían dentro de la casa y no salían a menos que el visitante preguntara por ellas, o su dueño y señor las mandara llamar.

—¿Qué hay de nuevo en Reina de los Ángeles? —preguntó Don Carlos—. Hace muchos días que no voy por ahí.

—Todo está igual —dijo Don Diego—, solo que anoche el Zorro invadió la taberna y sostuvo un duelo con el sargento González.

—¡Ah!, el Zorro, ¿eh? ¿Y cuál fue el resultado de la pelea?

—Aunque el sargento miente al hablar de ello, el cabo estuvo presente y me ha dicho que el Zorro se burló del sargento y por último lo desarmó, saltando por la ventana y escapando bajo la lluvia. No pudieron hallar sus huellas.

—Qué pícaro tan listo —dijo Don Carlos—. Yo, por mi parte, no le temo. Me imagino que todo el mundo sabe por el camino real que los hombres del gobernador me han despojado de cuanto han podido. Creo que pronto me quitarán la hacienda.

—Hum. ¡Hay que poner fin a esto! —dijo Don Diego, con inusitada energía.

Los ojos de Don Carlos se iluminaron. Si pudiera lograr que Don Diego le ayudara, si alguno de la ilustre familia De la Vega susurrara una palabra al oído del gobernador, la persecución cesaría de inmediato, pues las órdenes de los De la Vega eran obedecidas por todos los hombres, cualquiera que fuera su rango.

6

DON DIEGO BUSCA ESPOSA

Don Diego saboreó su vino y miró a lo lejos. Don Carlos lo observaba, perplejo, adivinando que algo serio se avecinaba, pero sin tener idea de lo que pudiera ser.

Al cabo de un rato dijo Don Diego:

—No he venido bajo este sol infernal y este polvo para hablar del Zorro, ni de cualquier otro bandido.

—Cualquiera que sea el motivo, siempre me sentiré muy honrado por la visita de un miembro de su familia, caballero —dijo Don Carlos.

—Ayer en la mañana tuvimos una larga plática mi padre y yo —continuó Don Diego—. Me dijo que pronto tendré veinticinco años, y que no cree que esté yo cumpliendo con mis obligaciones y responsabilidades como debe ser.

—Pero indudablemente que…

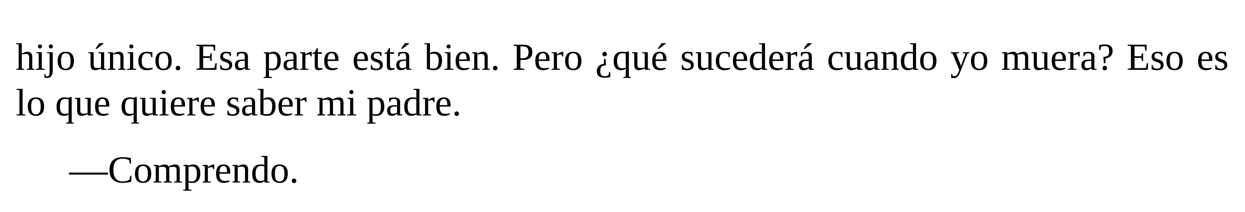
—Sí, estoy seguro que lo sabe. Mi padre es muy astuto.

—Y nadie lo discute, Don Diego.

—Insiste en que debo despertar a la realidad y hacer lo que se espera de mí. Parece que he estado soñando. Un hombre de mi fortuna y posición (usted disculpe que hable de ello) tiene que hacer ciertas cosas.

—Es la maldición del rango, señor.

—Cuando muera mi padre heredaré su fortuna, por supuesto, ya que soy



hijo único. Esa parte está bien. Pero ¿qué sucederá cuando yo muera? Eso es lo que quiere saber mi padre.

—Comprendo.

—Un joven de mi edad, me dijo, debe tener una esposa, un ama de llaves para su casa, y debe… este… tener hijos que hereden y conserven un nombre ilustre.

—Todo eso es verdad —dijo Don Carlos.

—De manera que he decidido casarme.

—¡Ah! Es lo que deberían hacer todos los hombres, Don Diego. Cómo recuerdo cuando cortejé a Catalina. Estábamos locos por estrecharnos en los brazos el uno del otro, pero su padre se opuso durante algún tiempo. Yo solo tenía diecisiete años; tal vez hizo bien. Pero usted ya tiene casi veinticinco. Ya es tiempo de que se case.

—Y por eso he venido a verlo —dijo Don Diego.

—¿A verme a mí? —dijo Don Carlos sorprendido, un poco temeroso y con grandes esperanzas al mismo tiempo.

—Me imagino que será muy aburrido. El amor, el matrimonio y todo eso, son bastante molestos. ¡Eso de que un hombre sensato ande tras una mujer, tocando la guitarra y haciéndola de bobo cuando todo el mundo sabe cuáles son sus intenciones! ¡Y luego la ceremonia! Tratándose de un hombre rico y de alta posición, me imagino que tendrá que ser muy complicada, y tendré que festejar también a los peones, y todo eso simplemente porque un hombre se casa para tener un ama de llaves en su casa.

—Casi todos los jóvenes —dijo Don Carlos— se sienten orgullosos de conquistar a la mujer amada y de tener una boda muy rumbosa.

—No lo dudo, pero no deja de ser una calamidad. Sin embargo, lo haré, ya que así lo desea mi padre. Usted (y discúlpeme por mencionarlo) está pasando por una época muy mala. Desde luego que esto se debe a la política, pero usted pertenece a una familia noble, señor, la mejor de estas tierras.

—Le agradezco mucho sus palabras —dijo Don Carlos levantándose un instante para ponerse una mano sobre el corazón y hacer una ligera reverencia.

—Todo el mundo lo sabe, señor. Y desde luego que cuando un De la Vega busca compañera, debe buscar una mujer de muy buena familia.

—¡Desde luego! —exclamó Don Diego.

—Tiene usted una sola hija, la señorita Lolita.

—¡Ah, sí! Efectivamente. Lolita ya tiene dieciocho años, y aunque me esté

mal decirlo, es una criatura muy linda y talentosa.

—La he observado en la misión y en el pueblo —dijo Don Diego—. Es muy bella, en verdad, y he oído decir que sabe hacer primores. De su linaje y de su educación no hay ni que hablar. Estoy seguro de que ella es la mujer que debe gobernar en mi hogar.

—¿Señor?

—A eso se debe mi visita, señor.

—¿Me… me está usted pidiendo permiso para cortejar a mi hija?

—Así es, señor mío.

La cara de Don Carlos se iluminó de alegría, y nuevamente se levantó de su asiento para estrechar la mano de Don Diego.

—Es una flor muy hermosa —dijo el padre—; tengo deseos de que se case, y eso me había estado preocupando un poco, pues no quería que se uniera a una familia cuya alcurnia no estuviera a la altura de la nuestra. Pero tratándose de un De la Vega, no hay ningún problema. Tiene usted mi permiso.

Don Carlos se sentía feliz. ¡Una alianza entre su hija y Don Diego De la Vega! En cuanto se consumara la boda, recobraría toda su fortuna. ¡Volvería a ser poderoso!

Llamó a un criado para que le avisara a su esposa que saliera. En unos minutos apareció doña Catalina en la terraza para saludar al visitante. Venía también radiante de felicidad, pues había estado escuchando la conversación.

—Don Diego nos ha hecho el gran honor de pedir permiso para cortejar a nuestra hija —explicó Don Carlos.

—¿Y has consentido? —preguntó doña Catalina; pues hubiera sido de mal gusto demostrar su alegría demasiado pronto.

—Sí, le he dado mi permiso —contestó Don Carlos.

Doña Catalina extendió su mano, y Don Diego la tomó lánguidamente.

—Nos sentiríamos muy orgullosos de este matrimonio —dijo doña Catalina—. Ojalá que pueda usted conquistar su corazón, señor.

—En cuanto a eso —dijo Don Diego—, espero que no habrá demasiada bobería. O bien la dama me quiere y se casa conmigo, o no. ¿Acaso la haré cambiar de parecer si toco la guitarra bajo su ventana, o le tomo la mano cada vez que pueda, o me llevo la mano al corazón y suspiro? La quiero para esposa; de lo contrario, no hubiera venido hasta aquí para pedírsela a su padre.

—Yo… yo… desde luego —dijo Don Carlos.

—¡Ay, señor! Pero si lo que les encanta a las mujeres es que las conquisten —dijo doña Catalina—. Es nuestro privilegio. Cada instante del cortejo se lleva en la memoria durante toda la vida. Se recuerdan todas las cosas bonitas que le dice a una su amado; el primer beso, aquella vez que se detuvieron junto a un arroyo y se miraron en los ojos, y el día que él se asustó tanto cuando iban a caballo y el de ella se desbocó, todas esas cosas, señor. Es un juego, al que han jugado los hombres desde que el mundo es mundo. ¿Le parece tonto, señor? Tal vez lo sea si lo mira uno desapasionadamente. Pero de todos modos, es encantador.

—Pues yo no sé nada de eso —protestó Don Diego—. Nunca me he dedicado a hacer el amor.

—Eso no le pesará a la mujer que se case con usted.

—¿Usted cree que es necesario que haga yo todo eso?

—Bueno —dijo Don Carlos, temeroso de perder un yerno influyente—, con un poquito basta. A las mujeres les gusta que las halaguen aunque ya lo hayan aceptado a uno.

—Tengo un criado que toca la guitarra maravillosamente —dijo Don Diego—. Le diré que venga esta noche a tocar bajo la ventana de Lolita.

—¿Y usted no vendrá? —preguntó doña Catalina con voz entrecortada.

—¿Qué? ¿Venir hasta acá otra vez de noche, cuando sopla el viento tan helado que viene del mar? —exclamó Don Diego exaltado—. Moriría. Y además, el indio toca la guitarra mucho mejor que yo.

—¡Jamás he oído semejante barbaridad! —dijo doña Catalina, sintiendo que Don Diego insultaba toda una tradición.

—Deja que Don Diego haga lo que quiera, querida —le suplicó Don Carlos.

—Yo tenía entendido que ustedes eran los que preparaban todo, y después me lo harían saber. Mandaría arreglar mi casa, por supuesto, y tomaría más sirvientes. Tal vez debería yo comprar un carruaje y llevar a mi esposa hasta Santa Bárbara para visitar a un amigo que tengo allá. ¿Qué no sería posible que ustedes arreglaran todo lo demás? Simplemente me mandan avisar en qué fecha se celebrará la boda.

Ante semejantes afirmaciones, hasta el mismo Don Carlos se molestó un poco.

—Caballero —dijo—, cuando yo le hice la corte a doña Catalina andaba completamente desconcertado. Un día me fruncía el ceño, y el día siguiente me sonreía, y esto le daba sabor al asunto. No me hubiera gustado que fuese

distinto. Si usted no le hace la corte a mi hija por sí mismo, le aseguro que más tarde le pesará. ¿Quiere usted verla en este momento?

—Supongo que así debe ser —dijo Don Diego.

Doña Catalina irguió la cabeza y entró por Lolita; regresaron enseguida. Esta última era sumamente graciosa, con unos ojos negros arrebatadores, el pelo negro enrollado alrededor de la cabeza, y unos diminutos pies que asomaban por debajo de las enaguas llenas de encajes.

—Me da mucho gusto verlo por aquí otra vez, Don Diego —dijo.

Don Diego se inclinó ligeramente, tomando la mano de Lolita y llevando a esta a un asiento.

—Está usted tan bella como la última vez que le vi —le dijo.

—A una señorita siempre se le dice que está más bella que la última vez que la vio —gruñó Don Carlos—. ¡Ay! ¡Si yo tuviera sus años y pudiera hacer el amor otra vez!

Se excusó y entró en la casa, y doña Catalina se fue al otro lado de la terraza, de manera que la joven pareja pudiera hablar sin que ella escuchara, pero desde donde podía observar todo lo que pasaba.

—Señorita —dijo Don Diego—, he solicitado permiso a su padre para proponerle a usted matrimonio.

—¡Ah, señor! —exclamó la doncella.

—¿Cree usted que sería yo un buen marido?

—Pues, yo… es decir…

—Diga usted que sí, señorita, y se lo diré a mi padre, y la familia de usted podrá arreglar la ceremonia. Me pueden mandar avisar con un criado… me canso mucho de cabalgar hasta acá, sobre todo cuando no es necesario.

Los bellos ojos de Lolita empezaron a centellear con señales de peligro, pero era evidente que Don Diego no se daba cuenta, y siguió adelante hacia su destrucción.

—¿Aceptará usted ser mi esposa, señorita? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella.

La cara de Lolita se encendió y bruscamente se levantó de su asiento, apretando los puños.

—¡Don Diego De la Vega —contestó—, usted desciende de una familia noble, tiene muchas riquezas y heredará aún más; pero no tiene usted alma! ¿Es así como hace la corte? ¿Es esto lo que considera usted amor? ¿No puede

usted tomarse la molestia de cabalgar cuatro millas por un buen camino para ver a la doncella que quiere usted hacer su esposa? ¿Qué clase de sangre corre por sus venas, señor?

Doña Catalina oyó esto y corrió hacia ellos, haciendo señales a Lolita, a las que esta no hizo caso.

—El hombre que se case conmigo tendrá que cortejarme y ganarse mi cariño —continuó la muchacha—. Tendrá que llegar hasta mi corazón. ¿Acaso cree usted que soy una mujerzuela para entregarme al primer hombre que pase? El hombre con quien me case tendrá que tener suficiente vigor para desearme. ¿Mandar a su criado para que toque la guitarra bajo mi ventana? ¡Sí, también oí eso! ¡Mándelo, y le juro que le echo agua hirviendo hasta que se blanquee! ¡Buenos días, señor!

Levantó la cabeza airadamente, recogió sus enaguas de seda, y pasó delante de Don Diego para entrar en la casa, haciendo caso omiso de su madre. Doña Catalina gimió viendo sus esperanzas perdidas. Don Diego vio cómo desaparecía Lolita por la puerta, se rascó pensativamente la cabeza y miró hacia su caballo.

—Me… me parece que se ha disgustado —dijo con voz tímida.

7

UN HOMBRE DISTINTO

Don Carlos no perdió tiempo en salir a la terraza —ya que había estado escuchando y sabía lo que había ocurrido— para tratar de calmar a Don Diego que se sentía sumamente avergonzado. Aunque estaba apesadumbrado, Don Carlos trató de reír y tomar a la ligera lo ocurrido.

—Las mujeres son caprichosas y tienen la cabeza llena de fantasía —dijo —. A veces se quejan de aquellos a quienes en realidad adoran. No hay modo de saber lo que pasa en la cabeza de una mujer, pues ni ellas mismas se lo pueden explicar.

—Pero yo… yo no comprendo —dijo Don Diego con voz entrecortada—. Hablé con mucho cuidado y estoy seguro de no haber dicho algo que pudiera ofenderla.

—Me imagino que ella quiere que la enamoren, según la costumbre. No se desespere usted, señor. Mi esposa y yo estamos de acuerdo en que usted es el que debe casarse con ella. La costumbre es que una doncella se resista un poco, y después ceda. A mí me parece que así sabe más dulce el triunfo. Quizá

la próxima vez que venga usted se mostrará más amable. Estoy seguro de que así será.

Se estrecharon la mano y Don Diego montó sobre su caballo y se fue cabalgando lentamente por la vereda. Don Carlos entró nuevamente a la casa, en donde lo esperaban su esposa y su hija. Se paró frente a esta, con las manos sobre las caderas, mirándola con ternura.

—¡Es el mejor partido de todas estas tierras! —se lamentaba doña Catalina, limpiándose los ojos con un finísimo pañuelo de encaje.

—Es rico y tiene una posición social muy alta…; si fuera mi yerno, recobraría yo toda mi fortuna —afirmó Don Carlos sin quitar los ojos de su hija.

—Tiene una casa magnífica, además de una hacienda, y los mejores caballos de toda la región. Y por si fuera poco, es el único heredero de la fortuna de su padre —dijo doña Catalina.

—Con una palabra que le diga al gobernador, se hace rico un hombre o se queda en la penuria —añadió Don Carlos.

—Es guapo…

—Es cierto —exclamó Lolita, irguiendo la cabeza y mirándolos fijamente —. ¡Eso es lo que me da más coraje! Podría ser un amante perfecto, si quisiera. ¿Cómo va a sentirse una mujer orgullosa de que se diga que su marido nunca puso los ojos en otra mujer, y no escogió esposa después de haber cortejado y enamorado a otras?

—Te prefirió a ti; de otra manera no hubiera venido hasta aquí ahora —dijo Don Carlos.

—¡Y cómo debe haberse fatigado! —dijo Lolita—. ¿Por qué permite que todo el mundo se ría de él? Es guapo, rico e inteligente. Está sano y podría ser el joven más popular de la comarca. Y a pesar de eso, no me sorprendería saber que no tiene fuerzas ni para vestirse solo.

—No comprendo —gimió Catalina—. En mis tiempos no se veían estas cosas. Un hombre honorable viene a pedir tu mano…

—Si fuera menos honorable y más hombre, tal vez lo pensaría —dijo Lolita.

—Vas a tener que pensarlo —dijo Don Carlos, con cierta autoridad—. No puedes despreciar una oportunidad tan estupenda. Piénsalo, hija mía, y sé más amable con Don Diego cuando regrese.

Diciendo esto, salió al patio pretextando que tenía algunas órdenes que dar a un criado; pero en realidad lo hacía para alejarse de la escena. Don Carlos

había demostrado ser un valiente en su juventud, y ahora se había convertido en un hombre lo suficientemente astuto para saber que nunca debe uno mezclarse en una discusión entre mujeres.

Al llegar la hora de la siesta, Lolita salió al patio y se sentó en una banquita que estaba cerca de la fuente. Su padre estaba dormitando en la terraza, su madre en su recámara, y los criados, por toda la casa, también durmiendo. Pero Lolita no podía dormir, pues tenía mucho en que pensar.

Conocía bien la situación por la que atravesaba su padre, ya que hacia algún tiempo que aquel no lo había podido ocultar. Naturalmente, Lolita quería que su padre recobrara su fortuna. Sabía también que si ella se casaba con Don Diego, su padre volvería a ser el hombre de antes, pues un De la Vega no podía permitir que sus parientes políticos estuvieran en una situación difícil.

Se le presentó en la imaginación la apuesta cara de Don Diego, y trató de adivinar cómo se vería esta misma cara loca de amor y de pasión. Qué pena que fuera tan poco vivaz, se dijo Lolita. ¡Pero cómo podía casarse con un hombre que se atrevía a sugerir que mandaría a un criado en su lugar a darle serenata!

El chapoteo del agua de la fuente la arrulló. Se arrinconó en la banca recargando la cara sobre una mano y se durmió. Su cabello negro llegaba hasta el suelo como una cascada.

Al sentir que le tocaban el hombro despertó súbitamente y se sentó. Iba a gritar, cuando una mano le tapó la boca para evitar que lo hiciera.

Ante ella se encontraba un hombre envuelto en una enorme capa, la cara cubierta con una máscara, dejando ver únicamente los ojos centelleantes. Había oído la descripción del Zorro, el bandolero, y se imaginó que era él. Sintió tal pánico que le pareció que el corazón dejaba de latirle.

—Silencio, y no le pasará nada, señorita —susurró bruscamente el hombre.

—Usted… usted es… —preguntó en voz bajísima.

El Zorro retrocedió unos pasos quitándose el sombrero, y se inclinó profundamente ante ella.

—Lo ha adivinado usted, mi encantadora señorita —dijo—. Me llaman el Zorro, la maldición de Capistrano.

—Y… está… usted aquí…

—No le haré daño, señorita, ni a ninguno en esta hacienda. Castigo a los que son injustos, y su padre no lo es. Lo admiro mucho. Preferiría castigar a aquellos que son la causa de sus males.

—Yo… yo le agradezco mucho, señor.

—Estoy cansado, y la hacienda me parece un lugar excelente para descansar —dijo—. Sabía que era la hora de la siesta y que todos estarían durmiendo. Siento mucho haberla despertado, señorita, pero tenía que hablarle. Su belleza es capaz de despertar la imaginación de cualquier hombre para poder alabarla.

Lolita se sonrojó.

—Ojalá que mi belleza tuviera el mismo efecto en otros hombres —dijo.

—¿Y no es así? ¿Le faltan a usted admiradores? ¡Pero eso no es posible!

—Sin embargo, lo es. Hay muy pocos que tienen suficiente valor para tratar de aliarse con la familia de los Pulido, ya que ahora estamos en desgracia. Hay un… pretendiente —continuó—. Pero no pone ningún interés en cortejarme.

—¡Bah! ¿Un perezoso haciéndole el amor a usted? ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Está enfermo?

—Es tan rico, que me imagino que cree que todo lo que tiene que hacer es pedir a una doncella en matrimonio para que esta lo acepte.

—¡Qué imbécil! Si es el cortejo lo que le da sabor al noviazgo.

—¡Pero usted, señor! ¡Puede venir alguien y verlo! ¡Lo capturarán!

—¿Y no quiere usted que capturen a un bandolero? Si me captura su padre, tal vez recobrará su fortuna. Según me han dicho, el gobernador está muy molesto por mis operaciones.

—Será… será mejor que se vaya —dijo Lolita.

—Veo que tiene usted un corazón misericordioso. Usted sabe que si me capturan, muero. Sin embargo, debo arriesgarme y quedarme unos minutos más.

Se sentó en la banca, y Lolita se retiró al otro extremo con la intención de levantarse.

Pero el Zorro había adivinado. Tomando una de sus manos y antes de que ella se diera cuenta de lo que iba a hacer, se inclinó, alzando la parte inferior de su máscara, y se la besó.

—¡Señor! —exclamó ella, retirando la mano bruscamente.

—Es un atrevimiento, pero un hombre tiene que expresar sus sentimientos —dijo—. Espero que mi ofensa no sea imperdonable.

—¡Váyase, o grito!

—¿Para que me cuelguen?

—No es usted más que un salteador de caminos.

—Y sin embargo, amo la vida como cualquier otro.

—¡Pediré auxilio! Ofrecen una recompensa por su captura.

—Esas manos tan lindas no tocarían dinero manchado de sangre.

—¡Váyase!

—¡Ay, señorita! Qué cruel es usted. Con solo verla me hierve la sangre en las venas. Cualquier hombre sería capaz de luchar contra una horda por una promesa de sus dulces labios.

—¡Señor!

—Cualquier hombre moriría por defenderla, señorita. Qué gracia, qué belleza tan fresca.

—¡Por última vez, señor! Gritaré… y su destino estará en sus manos.

—Su mano, y me voy.

—No puede ser.

—Entonces, aquí me siento hasta que vengan por mí. Sin duda que será pronto, pues entiendo que el sargento González anda siguiendo mis huellas, y puede haber descubierto una pista. Vendrá con soldados…

—Señor, ¡por el amor de Dios!

—Su mano.

Lolita se volvió de espaldas y le tendió la mano. El Zorro le dio otro beso en ella. Después, Lolita sintió cómo le iba volviendo la cara poco a poco, y sus ojos se miraron en los de él. Sintió que un escalofrío le corría por todo el cuerpo. Él le tenía la mano cogida todavía; ella la retiró, y corrió hacia la casa, atravesando el patio.

El corazón le latía fuertemente; se paró detrás de las cortinas de su ventana para observar. El Zorro caminó lentamente hacia la fuente y se inclinó para tomar agua. Se puso el sombrero, miró hacia la casa, y salió con paso majestuoso. Lolita oyó cómo se alejaba en su caballo a todo galope por la vereda.

—Un ladrón, ¡pero todo un hombre! —susurró—. ¡Si Don Diego tuviera la mitad de su arrojo y de su valor!

8

DON CARLOS HACE UNA MALA JUGADA

Lolita se retiró de la ventana, tranquila porque nadie se había dado cuenta de la visita del Zorro. Durante el resto del día estuvo en la terraza, haciendo encaje, pero la mayor parte del tiempo mirando a la vereda que iba hacia el camino.

Al caer la tarde, los indígenas prendieron enormes hogueras en sus chozas de adobe, sentándose alrededor de ellas para cocinar, comer y platicar sobre los sucesos del día. Dentro de la casa, la cena ya estaba lista y la familia se disponía a sentarse a la mesa, en los momentos en que alguien llamó a la puerta.

Un indígena salió a abrir, y entró el Zorro. Se quitó el sombrero y se inclinó para saludar. Levantó la cabeza y vio a doña Catalina, que se había quedado sin habla, y a Don Carlos, aterrorizado.

—Espero que me perdonarán por esta interrupción —dijo—. Soy el hombre conocido como el Zorro. Pero no tengan miedo, pues no be venido a robar.

Don Carlos se levantó lentamente, mientras que Lolita permanecía asombrada por tal alarde de valentía, temiendo que el Zorro mencionara la visita de esa tarde, de la cual no había hablado a su madre.

—¡Bribón! —gritó Don Carlos—. ¿Cómo se atreve a entrar a una casa decente?

—No soy su enemigo, Don Carlos —respondió el Zorro—. Más bien he hecho algunas cosas que sin duda debe apreciar un hombre que ha sido perseguido.

Esto era verdad y Don Carlos lo sabía, pero era demasiado astuto para reconocerlo y traicionarse a sí mismo. Solo Dios sabía que ya estaba bastante mal con el gobernador, y no había necesidad de ofenderlo más por ser cortés con este hombre por cuyo cadáver había ofrecido una recompensa.

—¿Qué es lo que quiere usted aquí? —preguntó.

—Deseo vehementemente una poca de su hospitalidad, señor. En otras palabras, quisiera comer y beber. Soy un caballero; por lo tanto, es una petición justa.

—Por muy buena sangre que haya corrido por sus venas, esta se ha manchado con sus acciones —dijo Don Carlos—. Un ladrón no tiene derecho a pedir hospitalidad en esta hacienda.

—Me imagino que tiene usted miedo de atenderme, en vista de que el gobernador puede enterarse —contestó el Zorro—. Puede usted decirle que lo obligué a ello. Y es cierto.

Sacó de su capa una mano en la cual tenía una pistola. Doña Catalina gritó y se desmayó, y Lolita se arremolinó en su silla.

—¡Más que bribón, asustando a las mujeres! —exclamó furioso Don Carlos—. Puesto que rehusarme significa la muerte, puede usted comer y beber. Pero le pido que sea lo suficientemente caballero para permitir que me lleve a mi esposa a otro cuarto y que llame a una sirvienta para que la atienda.

—Desde luego —dijo el Zorro—. Pero la señorita se queda aquí como rehén para que se porte usted bien y regrese.

Don Carlos miró al hombre, y luego a Lolita, y vio que esta no estaba asustada. Levantó a su esposa en brazos y la llevó a otro cuarto, gritando a los criados para que vinieran a ayudarlo.

El Zorro se dirigió al otro lado de la mesa, se inclinó nuevamente ante Lolita y se sentó en una silla junto a ella.

—Indudablemente que esto es una temeridad, pero tenía yo que verla otra vez —le dijo.

—¡Señor!

—Al verla a usted esta tarde, se inició una batalla en mi corazón, señorita. El roce de su mano me infundió nueva vida.

Lolita se volvió, con la cara encendida, y el Zorro acercó su silla a la de ella, tratando de tomarla de la mano, pero ella se rehusó.

—El anhelo de oír la música de su voz, señorita, me traerá aquí muy a menudo —dijo el Zorro.

—¡Señor! ¡No debe usted volver nunca! Fui muy indulgente con usted esta tarde, pero no volveré a serlo. La próxima vez gritaré, y se lo llevarán.

—No podría usted ser tan cruel —dijo él.

—Su suerte quedará en sus manos, señor.

Don Carlos entró nuevamente al cuarto, y el Zorro se levantó, inclinándose una vez más.

—Espero que ya haya vuelto en sí su esposa —dijo—. Siento mucho que se haya asustado al ver mi pistola.

—Ha vuelto en sí —dijo Don Carlos—. Me parece que quería usted comer y beber. Pensándolo bien, señor Zorro, he admirado algunas de sus hazañas, y

me da mucho gusto poder ofrecerle mi hospitalidad en esta ocasión. En seguida vendrá un criado a servirle la cena.

Don Carlos se dirigió hacia la puerta, llamó a un criado y le dio algunas órdenes. Don Carlos se sentía muy satisfecho de sí mismo. Al llevar a su esposa al cuarto contiguo, había aprovechado la oportunidad, pues entre los criados que habían acudido para atender a doña Catalina estaba uno de toda la confianza de Don Carlos, y este le había enviado al pueblo en el caballo más veloz para que diera la voz de alarma de que el Zorro se encontraba en la hacienda de los Pulido.

Ahora se proponía entretener al Zorro lo más que fuera posible, pues sabía que vendrían los soldados; el bandolero sería capturado o muerto, y con toda seguridad el gobernador le tendría alguna consideración por este servicio.

—Debe usted haber tenido aventuras muy emocionantes, señor —dijo Don Carlos tomando su lugar en la mesa.

—Unas cuantas —asintió el bandolero.

—El caso de Santa Bárbara, por ejemplo. Nunca supe exactamente cómo fue.

—No me gusta hablar de mi propio trabajo, señor.

—Por favor —suplicó Lolita.

Por tratarse de ella, el Zorro hizo a un lado sus escrúpulos.

—No fue nada —dijo—. Llegué a los alrededores de Santa Bárbara al anochecer. Había allí un tendero que golpeaba a los indios y robaba a los frailes. A estos últimos les compraba productos de la misión; luego se quejaba con el gobernador de que lo habían engañado en el peso, y los secuaces del gobernador obligaban a los frailes a mandarle más mercancía. Por eso me decidí a castigarlo.

—Continúe usted —dijo Don Carlos, inclinándose como si estuviera interesadísimo en lo que estaba oyendo.

—Bajé de mi caballo a la puerta de su casa y entré. Estaban encendidas las velas, y había unos seis hombres en la tienda. Los amenacé con mi pistola y los arrinconé, dejando el tendero frente a mí. Lo asusté mucho y lo obligué a darme el dinero que tenía en un escondite. Lo azoté con un látigo que tomé de su propia tienda, y le dije por qué lo hacía.

—¡Formidable! —dijo Don Carlos.

—Después monté en mi caballo y me fui. Puse un letrero en la choza de un indio, diciendo que era el amigo de los oprimidos. Esa noche me sentía muy valiente, de modo que cabalgué hasta la puerta del presidio, hice al guardia a,

un lado (él creyó que yo traía el correo), y clavé el letrero en la puerta del presidio con mi puñal. En ese momento salieron los soldados; les disparé, y mientras salían de su asombro me fui a las montañas.

—¡Y se escapó! —exclamó Don Carlos.

—Aquí estoy —fue la respuesta.

—¿Y por qué está el gobernador tan enconado contra usted? —preguntó Don Carlos—. Hay otros bandoleros, pero ni siquiera les presta atención.

—¡Ah! Es que su excelencia y yo tuvimos un encuentro frente a frente. Él venía de San Francisco de Asís a Santa Bárbara por un asunto oficial, y traía una escolta de soldados. Se detuvieron a la orilla de un arroyo para refrescarse, y los soldados se dispersaron mientras el gobernador platicaba con sus amigos. Yo estaba escondido en el bosque y salí precipitadamente tomándolos por sorpresa. Me acerqué a la puerta de la carroza, veloz como una saeta, apunté a la cabeza del gobernador con la pistola y lo obligué a que me entregara su bolsa de dinero, lo que hizo sin chistar. Después me alejé a todo galope, haciendo caer, de paso, a varios soldados.

—¡Y se escapó! —exclamó Don Carlos.

—Aquí estoy —asintió el Zorro.

El criado trajo la comida en una charola, la que ofreció al bandolero, retirándose lo más rápidamente que pudo; estaba aterrorizado y las manos le temblaban, pues había oído contar muchas historias fantásticas del Zorro y de su brutalidad, ninguna de las cuales era cierta.

—Estoy seguro de que me disculpará usted —dijo el Zorro—, por pedirle que se siente usted al otro extremo del cuarto, pues no quiero revelar mi identidad. Así, pues, pongo la pistola aquí, sobre la mesa, para evitar que me traicione. Y ahora, Don Carlos Pulido, haré los honores que se merece la comida que me brinda usted tan generosamente.

Don Carlos y su hija se sentaron en los sitios que les había indicado, y el bandido comió con verdadero gusto. De cuando en cuando dejaba de comer para hablarles, e incluso suplicó a Don Carlos que le sirviera más vino, diciendo que era el mejor que había probado en un año.

Don Carlos accedió de la mejor manera, pues estaba tratando de ganar tiempo. Conocía bien el caballo en que el peón había ido al pueblo, y calculaba que ya habría llegado al presidio de Reina de los Ángeles y que los soldados estarían en camino. ¡Si pudiera entretener al Zorro hasta que llegaran!

El Zorro se inclinó, y Don Carlos salió del cuarto apresuradamente. Pero por las prisas, Don Carlos había cometido un error. Era muy extraño dejar sola

a una señorita en compañía de un hombre, especialmente tomando en cuenta que se trataba de un proscrito. El Zorro se imaginó inmediatamente que lo estaba deteniendo a propósito. Porque, además, era muy raro que Don Carlos saliera por la comida personalmente, teniendo tantos criados que venían con solo dar unas palmadas. Y efectivamente, Don Carlos se había ido al otro cuarto para ver si ya venían los caballos galopando por la vereda.

—Señor —susurró Lolita desde su lugar.

—Dígame, señorita.

—Debe usted irse enseguida. Temo que mi padre haya enviado por soldados.

—¿Y tiene usted la gentileza de advertírmelo?

—¿Acaso quiero que lo prendan aquí? ¿Acaso quiero ver lucha y sangre? —preguntó ella.

—¿Y es esa la única razón, señorita?

—Váyase, por favor.

—No estoy dispuesto a huir de tan agradable compañía, señorita. ¿Me permite volver mañana a la hora de la siesta?

—¡Cielos, no! Esto tiene que terminar, vaya usted por su camino y cuídese. Ha hecho usted cosas que me han causado admiración y no me gustaría que lo capturaran. Váyase hacia el norte hasta San Francisco de Asís y vuelva al camino del bien, señor. Es lo mejor.

—Mi pequeño sacerdote —dijo él.

—¿No se va, por favor?

—Pero su padre ha salido a traerme más viandas. ¿Cómo puedo irme sin darle las gracias por esta comida?

Don Carlos entró al cuarto en ese momento, y por la expresión de su rostro, el Zorro se dio cuenta de que los soldados ya venían por la vereda. Don Carlos puso un paquete sobre la mesa.

—Aquí tiene usted un bocadillo para el camino, señor —dijo—. Y nos encantaría que nos contara algunas otras hazañas antes de partir a un viaje tan peligroso.

—Ya he hablado demasiado de mí mismo, señor, y un caballero no debe hacer tal cosa. Es mejor que le de las gracias ahora y me retire.

—Por lo menos tómese otro vaso de vino.

—Me temo que ya estén demasiado cerca los soldados, Don Carlos —dijo

el Zorro.

Don Carlos palideció, pues el Zorro estaba recogiendo su pistola y temió que iba a hacerle pagar el precio de su traición. Pero el Zorro no hizo el menor intento de disparar.

—Lo perdono por haber violado las leyes de la hospitalidad, Don Carlos, en vista de que soy un proscrito y se ha puesto precio a mi cabeza —dijo—. No le tengo mala voluntad por ello. Buenas noches, señorita, señor. Adiós.

Bruscamente entró por la puerta un criado aterrorizado, sin saber todo lo que había sucedido esa noche.

—¡Patrón! ¡Aquí están los soldados! —gritó—. ¡Están rodeando la casa!

9

CHOQUE DE ESPADAS

Casi en el centro de la mesa había un precioso candelabro con infinidad de velas, todas encendidas. El Zorro se abalanzó sobre él y con un solo movimiento de su brazo lo tiró al suelo. Todas las velas se apagaron en un momento y el cuarto quedó en la más profunda obscuridad.

Evadió el ataque furioso de Don Carlos, saltando al otro lado del cuarto con tal ligereza que no hizo el menor ruido que pudiera denunciar por dónde estaba. Por un instante, Lolita sintió que un brazo le rodeaba la cintura, apretándola tiernamente, y el aliento de un hombre sobre su mejilla. Una voz de hombre le dijo dulcemente al oído:

—Hasta pronto, señorita.

Don Carlos bramaba como un toro para atraer a los soldados al comedor, y ya algunos estaban tocando en la puerta principal. El Zorro había salido al cuarto contiguo, que resultó ser la cocina. Los criados indígenas salieron disparados, como si hubieran visto un espectro. Sin perder un minuto, apagó todas las velas de la cocina.

Corrió a la puerta que daba al patio y gritó de una manera muy especial, entre quejido y alarido, un grito como nunca se había oído por los alrededores.

Al entrar los soldados por la puerta principal, y al momento en que Don Carlos pedía a gritos un tizón para encender las velas nuevamente, se oyó el galopar de un caballo en el patio.

Sin duda llegaba un caballo de gran fuerza, pensaron los soldados.

El ruido de los cascos fue desapareciendo poco a poco, pero los soldados se dieron cuenta de la dirección que había tomado el caballo.

—¡Se nos escapa el malvado! —chilló el sargento González, pues era él el que venía a cargo del escuadrón—. ¡A caballo todos, a seguirlo! Al que lo capture le doy la tercera parte de la recompensa.

El sargento salió de la casa precipitadamente. Todos los hombres lo siguieron, y en medio de gran confusión montaron sobre sus caballos y se fueron galopando por la obscuridad siguiendo el ruido de los cascos del caballo del Zorro.

—¡Luz! ¡Luz! —gritaba Don Carlos desesperado en la casa.

Por fin entró un criado con un tizón y prendió las velas. Don Carlos estaba en el centro del cuarto, moviendo los brazos lleno de ira. Lolita estaba en un rincón, muerta de miedo, y doña Catalina, que ya había recobrado el conocimiento completamente, venía bajando para averiguar a qué se debía tanto alboroto.

—¡Se nos escapó el bribón! —dijo Don Carlos—. ¡Dios quiera que lo capturen los soldados!

—Por lo menos es muy astuto y valiente —dijo Lolita.

—¡Sí, es cierto, pero es un ladrón y un bandolero! —rugió Don Carlos—. ¿Por qué tiene que venir a atormentarnos con sus visitas?

Lolita sabía la respuesta, pero sería la última en decírselo a sus padres. Todavía tenía la cara colorada por la emoción que había sentido con el abrazo y las palabras que le habían susurrado al oído.

Don Carlos abrió la puerta principal de par en par y se quedó un rato escuchando. Una vez más oyó ruido de cascos.

—¡Mi espada! —gritó a un criado—. Viene alguien; ¡puede ser que haya regresado el bribón! Es un jinete solo, ¡por todos los santos!

El ruido cesó; un hombre cruzó la terraza y entró precipitadamente a la casa.

—¡Gracias a Dios! —dijo Don Carlos.

No se trataba del bandolero, sino del capitán Ramón, el comandante del presidio de Reina de los Ángeles.

—¿Dónde están mis hombres? —gritó el capitán.

—¡Se han ido, señor! ¡Van siguiendo al Zorro! —le informó Don Carlos.

—¿Se escapó?

—Sí, a pesar de que sus hombres estaban rodeando la casa. Arrojó las velas al suelo, salió por la cocina…

—¿Fueron a perseguirlo los hombres?

—Le andan pisando los talones, señor.

—¡Vaya! Ojalá que capturen de Una vez a este pájaro de cuenta. Es un fastidio para nosotros los soldados. No podemos capturarlo, y el gobernador nos manda unas cartas por demás sarcásticas. ¡Este Zorro es un caballero muy astuto, pero no tardará en caer!

El capitán Ramón avanzó algunos pasos, vio a las damas y se quitó el sombrero, haciendo una reverencia.

—Les suplico perdonen mi atrevimiento de entrar —les dijo—. Pero cuando un oficial está de servicio…

—Lo perdonamos de todo corazón —dijo doña Catalina—. ¿Conoce usted a mi hija?

—No había tenido el honor.

Doña Catalina los presentó. Lolita regresó a su rincón y se dedicó a observar al soldado. No era feo: alto y erguido, vestía uniforme brillante, y la espada le colgaba a un lado.

Por su parte, el capitán nunca había visto a Lolita, ya que había tomado posesión de su puesto hacía solamente un mes, fecha en que había sido transferido de Santa Bárbara.

Pero ahora que ya la había visto, la miró por segunda… y por tercera vez. Se le iluminaron los ojos, lo cual le agradó mucho a doña Catalina. Si a Lolita no le gustaba Don Diego De la Vega, tal vez vería con buenos ojos al capitán Ramón. No estaría mal que se casara con él, puesto que así la familia Pulido tendría alguna protección.

—No podría encontrar a mis hombres en la obscuridad —dijo el capitán—, y por lo tanto, abusando de su hospitalidad, esperaré aquí hasta que regresen.

—Desde luego —dijo Don Carlos—. Tome usted asiento, señor, y haré que le sirvan vino.

—El Zorro ya está próximo a su fin —dijo el capitán, después de haber saboreado el vino y de haberlo encontrado excelente—. De cuando en cuando surge un hombre como él que reina por algún tiempo, pero nunca les dura mucho el gusto. Con el tiempo les llega su destino.

—Es cierto —dijo Don Carlos—. Esta noche estuvo haciendo alarde de sus fechorías.

—Yo era comandante de Santa Bárbara cuando nos hizo su famosa visita —explicó el capitán—. Esa noche estaba yo ausente, si no, las cosas hubieran sido de otro modo. Y esta noche, cuando llegó la alarma, no estaba yo en el presidio. Me encontraba en la residencia de un amigo. Por eso no vine con los soldados. En cuanto supe la noticia, vine. Parece que el Zorro sabe siempre dónde estoy, y se cuida de tener un encuentro conmigo. Espero que algún día lo tengamos.

—¿Usted cree que podría abatirlo, señor? —preguntó doña Catalina.

—¡Indudablemente! Según me han dicho, no es un gran espadachín. A mi sargento lo engañó, pero ese fue un caso distinto; y creo que tenía una pistola en una mano mientras peleaba. A ese individuo lo hago pedazos yo.

En un extremo del comedor había una alacena. La puerta se abrió un poco.

—Ese tipo tiene que morir —siguió diciendo el capitán Ramón—. Es un salvaje, y dicen que mata solo por el placer que esto le proporciona. Se afirma que produjo una ola de terror en el norte, en los alrededores de San Francisco de Asís. Asesinaba gente por doquier, insultaba a las mujeres…

La puerta de la alacena se abrió de par en par y el Zorro caminó hacia el centro del cuarto.

—¡Le prohíbo hablar en esa forma, porque es mentira! —gritó el bandolero.

Don Carlos dio vuelta súbitamente y se quedó sin habla. Doña Catalina sintió que le flaqueaban las piernas, y nuevamente se desmayó. Lolita sintió que el Zorro hablaba con orgullo, y temió por su vida.

—Yo… yo creí que se había escapado usted —balbució Don Carlos.

—¡Ca! No fue más que un truco. Mi caballo se escapó, pero yo no.

—¡Entonces, ya no habrá salida para usted! —gritó el capitán Ramón, sacando su espada.

—¡Atrás, señor! —gritó el Zorro sacando su pistola—. Pelearé con mucho gusto, pero en una lid justa. Don Carlos, llévese usted a su esposa y a su hija y retírese al rincón mientras cruzo mi espada con este mentiroso. ¡No permitiré que se de la voz de alarma de que todavía estoy aquí!

—¡Yo creí que se había escapado! —balbució nuevamente Don Carlos. Aparentemente no podía pensar en otra cosa, pero hizo lo que le había ordenado el Zorro.

—¡Un truco! —repitió el bandolero riendo—. Tengo un caballo muy noble. Tal vez oyeron ustedes un grito muy especial. Mi caballo está entrenado para entrar en acción cuando oye ese grito. Se aleja a todo galope, haciendo

mucho ruido, y los soldados lo siguen. Cuando ha galopado un gran trecho se hace a un lado del camino y se detiene. Una vez que pasan los perseguidores regresa a donde yo estoy para esperarme. Seguramente que ahora está detrás del patio. Castigaré al capitán y me iré en mi fiel caballo.

—¿Con una pistola en la mano? —gritó Ramón.

—Pondré la pistola en la mesa. Ahí se queda si Don Carlos permanece en el rincón con las señoras. ¿Listo, capitán?

El Zorro extendió su espada, y con un grito de alegría el capitán Ramón la cruzó con la suya. El capitán Ramón tenía fama de ser un maestro, y evidentemente el Zorro lo sabía, pues se fue con mucha cautela al principio, procurando no dejar ninguna abertura; a la defensiva más bien que a la ofensiva.

El capitán lo fue arrinconando; su espada brillaba tanto que parecía que despedía rayos. Una vez más se encontraba el Zorro contra la pared, muy cerca de la puerta de la cocina; los ojos del capitán ya empezaban a reflejar el triunfo. Peleaba con mucha rapidez, sin dejar que el Zorro descansara un solo instante, firme en su terreno y siempre arrinconando a su adversario.

El Zorro sonrió. Ya había estudiado bien la manera de pelear del otro, y sabía que todo saldría bien. El capitán perdió un poco de terreno al convertirse la defensa del Zorro en ofensiva; una ofensiva que lo intrigaba. El Zorro siguió riendo.

—Sería una lástima matarlo —dijo—. He oído decir que es usted un oficial muy competente, y el ejército necesita hombres así. Pero me ha levantado usted un falso testimonio y tiene que pagar por ello. Lo atravesaré con mi espada, pero de modo que no pierda usted la vida cuando saque el acero.

—¡Presumido! —Gruñó el capitán.

—Eso ya lo veremos. ¡Hola! Por poco y lo atravieso, mi capitán. Es usted más listo que su sargento, pero no lo bastante avispado. ¿Dónde prefiere que lo hiera, en el costado derecho o en el izquierdo?

—Si está usted tan seguro, en el hombro derecho —dijo el capitán.

—Cuídelo bien, mi capitán, porque así lo haré. ¡Vamos!

El capitán empezó a girar poco a poco, tratando de que la luz de las velas deslumbrara al Zorro, pero este era demasiado astuto y lo hizo retroceder hasta un rincón.

—¡Ahora, mi capitán! —gritó.

Y le enterró la espada en el hombro derecho, tal como se lo había pedido, torciendo la espada un poco al sacarla. El capitán Ramón de desplomó sobre el

suelo, sintiéndose sumamente débil.

El Zorro retrocedió unos pasos y enfundó su espada.

—Suplico a las señoras me perdonen por esta escena —dijo—, y les aseguro que esta vez es verdad que me voy. Don Carlos, el capitán no está mal herido. Podrá regresar al presidio hoy mismo.

Se quitó el sombrero y saludó. A Don Carlos se le llenó la boca de saliva y no halló palabras lo suficientemente fuertes y ofensivas para contestarle. Los ojos del Zorro se encontraron con los de Lolita, y con gran tranquilidad vio que en los de ella no había repugnancia.

—Buenas noches —dijo y rio nuevamente.

Con la rapidez de un dardo salió por la cocina al patio, en donde lo estaba esperando su caballo, tal como lo había dicho. Rápidamente montó y se fue a todo galope.

10

LA LLEGADA DE DON DIEGO

Media hora más tarde, ya que le habían curado y vendado la herida, el capitán estaba sentado a la mesa tomando vino, pero sumamente pálido y fatigado.

Doña Catalina y Lolita lo habían atendido con gran esmero, aunque esta última casi no podía contener su risa, al recordar los alardes del capitán sobre todo lo que le iba a hacer al bandolero, y lo que en realidad había pasado. Don Carlos estaba tratando al capitán en una forma exageradamente cortés, ya que quería aprovecharse de la oportunidad para hacerse de amigos y tener alguna influencia en el ejército, y ya le había suplicado que se quedara por unos días en la hacienda, mientras sanaba completamente de su herida.

Como ya había visto los ojos de Lolita, el capitán contestó que tendría muchísimo placer en quedarse por lo menos un día. Pese a su herida, estaba tratando de hacer interesante su conversación, pero el intento le estaba fallando de modo terminante.

Nuevamente se oyó el ruido de unos cascos que se acercaban. Don Carlos mandó a un criado a que abriera la puerta para alumbrar un poco la vereda, pues se suponía que era alguno de los soldados que regresaba.

El jinete se fue acercando y finalmente se detuvo frente a la casa. El criado se adelantó para atender al caballo.

Por unos momentos, los que estaban dentro de la casa no oyeron nada; después, unos pasos en la terraza, y Don Diego De la Vega hizo su aparición.

—¡Vaya! —exclamó, como tranquilizado—. ¡Qué gusto me da ver que todos están sanos y salvos!

—¡Don Diego! —exclamó el amo de la hacienda—. ¿Ha venido usted desde el pueblo por segunda vez en un día?

—Seguramente que voy a enfermar por haberlo hecho —dijo Don Diego —. Ya empiezo a sentirme tieso y me duele la espalda. Pero tenía que venir. Cundió la alarma por el pueblo, y rumores de que el Zorro, el bandolero, había venido a hacer una visita a la hacienda. Vi que venían los soldados para acá a todo galope y temí mucho por ustedes. Usted me comprende, Don Carlos, estoy seguro.

—Lo comprendo, caballero —replicó Don Carlos, con la cara rebosante de alegría, y volviéndose para mirar a Lolita.

—Yo… bueno… creí que era mi deber hacer el viaje, y ahora veo que no sirvió de nada… todos están sanos y salvos. ¿Qué fue lo que pasó?

Lolita hizo una mueca, pero Don Carlos se apresuró a contestar:

—Sí, el tipo estuvo aquí, pero se escapó después de herir al capitán Ramón en el hombro.

—¡Horror! —dijo Don Diego, desplomándose sobre una silla—. ¿De manera que ya probó usted su acero, capitán? Debe usted tener sed de venganza. ¿Sus hombres lo andan persiguiendo?

—Sí —respondió el capitán secamente, pues no le gustaba la idea de que se dijera que había sido vencido en combate—. Y lo seguirán hasta que lo capturen. Mi sargento es un hombracho, González… creo que es amigo de usted, Don Diego… y arde en deseos de arrestarlo para ganarse la recompensa del gobernador. Cuando regrese, le daré instrucciones para que se lleve a su pelotón y persiga a ese bandolero hasta que le de su merecido.

—Permítame expresarle mi deseo de que sus soldados tengan buen éxito, señor. El bandido ha molestado a Don Carlos y a las señoras… Don Carlos es mi amigo, y quiero que lo sepa todo el mundo.

Don Carlos estaba radiante de alegría, y doña Catalina lució su mejor sonrisa, pero Lolita tuvo que contenerse para no fruncir los labios en señal de desprecio.

—Don Carlos, un tarro de su vino refrescante —continuó Don Diego—. Estoy sumamente fatigado. He venido desde Reina de los Ángeles hasta acá dos veces en este día. Es lo más que puede soportar un hombre.

—No es muy lejos cuatro millas —dijo el capitán.

—Tal vez no lo sea para un soldado tan fuerte —respondió Don Diego—, pero para un caballero sí lo es.

—¿Quiere usted decir que un soldado no puede ser un caballero? —preguntó Ramón, un poco irritado por las palabras de Don Diego.

—Se han dado algunos casos, pero muy rara vez —dijo Don Diego. Se volvió para ver a Lolita mientras hablaba, con el fin de que esta se diera cuenta de la intención que tenían sus palabras, pues había visto cómo la miraba el capitán, y los celos le estaban royendo el corazón.

—¿Insinúa usted que mi sangre no vale nada? —preguntó el capitán Ramón.

—En cuanto a eso, no sabría decirle, puesto que no la he visto. Indudablemente que el Zorro me lo podría decir. Entiendo que vio de qué color era.

—¡Por todos los santos! —gritó el capitán Ramón—. ¿Se atreve usted a insultarme?

—Nunca se ofenda usted cuando oiga la verdad —le dijo Don Diego—. Lo hirió en el hombro, ¿no es verdad? Estoy seguro que no se trata sino de un rasguño. ¿No cree usted que debería estar en el presidio dando instrucciones a sus soldados?

—Esperaré aquí hasta que regresen —respondió el capitán—. Además, es un viaje muy cansado desde aquí hasta el presidio, según dijo usted, señor.

—Pero un soldado está acostumbrado a malpasarse, señor.

—Es cierto, encuentra uno muchas alimañas —dijo el capitán, viendo fijamente a Don Diego.

—¿Me considera usted una alimaña, señor?

—¿Acaso dije tal cosa?

Estaban pisando en terreno peligroso, y Don Carlos no quería por ningún motivo que un oficial del ejército y Don Diego De la Vega tuvieran un disgusto en su hacienda, pues esto podría acarrearle más dificultades.

—¡Más vino, señores! —exclamó en voz alta colocándose en medio de ambos, sin importarle las reglas de etiqueta—. Beba usted, capitán, está usted débil por la herida. Y usted, Don Diego, después de una cabalgata tan violenta…

—Dudo que haya sido muy violenta —dijo el capitán.

Don Diego aceptó el tarro de vino y le dio la espalda al capitán. Miró a Lolita y sonrió. Se levantó, tomó su silla y la llevó hasta donde estaba Lolita para sentarse cerca de ella.

—¿Y a usted, señorita, la asustó el bandido? —preguntó.

—Suponiendo que así hubiera sido, señor, ¿me vengaría usted? ¿Tomaría usted su espada e iría a perseguirlo?

—¡Por Dios!, si fuera necesario tal vez lo haría, pero tengo medios para emplear un puñado de hombres fuertes a quienes nada les gustaría tanto como capturarlo. ¿Por qué he de arriesgar mi pellejo?

—¡Ay! —exclamó Lolita desesperada.

—No hablemos más del Zorro —suplicó Don Diego—. Hay mejores temas de conversación. Señorita, ¿ha pensado usted sobre lo que hablamos esta tarde?

Entonces Lolita tuvo que pensar. Recordó lo que tal matrimonio significaría para sus padres y su fortuna; también pensó en el bandolero, en su arrojo y en su valor, deseando que Don Diego se le pareciera. Y no pudo pronunciar el sí que la convertiría en esposa de Don Diego.

—Yo… yo no he tenido tiempo para pensarlo, caballero —respondió.

—Confío en que se decidirá usted muy pronto —dijo Don Diego.

—¿Tiene usted mucha prisa?

—Mi padre volvió a insistir esta tarde. Dice que tengo que casarme lo antes posible. Es un fastidio, desde luego, pero tiene uno que complacer a su padre.

Lolita se mordió los labios de rabia.

«¡Qué manera de hacer la corte a una chica!», —pensó.

—Le haré saber mi decisión lo antes posible, señor —dijo por fin Lolita.

—¿Sabe usted si permanecerá muchos días el capitán en la hacienda?

Lolita sintió renacer la esperanza en su pecho. ¿Sería posible que Don Diego estuviera celoso? De ser así, entonces el hombre tenía buena madera. Tal vez el amor lo haría despertar y se volvería apasionado, como los demás hombres.

—Mi padre le ha dicho que se quede hasta que pueda irse al presidio.

—Ya puede hacerlo ahora. No tiene más que un rasguño.

—¿Regresará usted esta misma noche?

—Debo regresar, aunque es probable que enferme por el viaje. Tengo algunos asuntos que atender mañana temprano. Los negocios son un fastidio.

—Tal vez mi padre le ofrezca el carruaje para que regrese usted.

—¡Ah! Sería una obra de caridad. En el carruaje se puede dormitar un poco.

—Pero ¿y si lo asalta el bandolero?

—No tengo nada que temer, señorita. ¿Acaso no soy rico? Podría pagarle mi rescate.

—¿Pagaría usted rescate en lugar de pelear con él?

—Tengo mucho dinero, y solamente una vida, señorita. ¿Obraría yo con cordura dejando que me hiriera?

—Sería lo más natural en un hombre, ¿no cree usted? —preguntó Lolita.

—Cualquier hombre puede ser valiente a veces, pero solo un hombre inteligente puede ser sagaz.

Don Diego rio, con una risa forzada, como si le costara mucho trabajo, y se inclinó para hablar en voz más baja.

En el otro extremo del cuarto, Don Carlos colmaba de atenciones al capitán Ramón, feliz de que este y Don Diego estuvieron separados por el momento.

—Don Carlos —dijo el capitán—, yo pertenezco a una familia muy distinguida, y el gobernador me honra con su amistad, como usted sabe. No tengo más que veintitrés años, y por esa razón no tengo un puesto más elevado. Pero mi futuro está asegurado.

—Me complace mucho saberlo, señor.

—Hoy por primera vez he visto a su hija, y me siento completamente cautivado por ella. ¡Qué belleza, qué gracia, que ojos más bellos! Señor, le suplico me conceda el honor de hacer la corte a su hija.

11

TRES PRETENDIENTES

Menudo lío. Don Carlos no tenía el menor deseo de enfadar ni a Don Diego De la Vega ni a un hombre que tenía tan buenas relaciones con el gobernador. ¿Y cómo iba a evitarlo? Si Lolita no se decidía a aceptar a Don Diego, tal vez se enamoraría del capitán Ramón. Después de Don Diego, era el

mejor partido de la región.

—¿Su respuesta, señor? —preguntaba el capitán.

—Le suplico que no tome a mal lo que voy a decirle —dijo Don Carlos bajando la voz—. Voy a explicarle cómo está la situación.

—Diga usted, señor.

—Esta misma mañana me pidió Don Diego permiso para cortejar a mi hija.

—¡Vaya!

—Usted sabe que se trata de una familia de abolengo, señor, y no me fue posible rehusarme. Por derecho, tuve que aceptar. Pero una cosa sí le digo: Lolita no se casa con nadie, a menos que ella lo quiera. De manera que Don Diego tiene mi permiso; pero si no logra conquistarla…

—¿Entonces puedo intentarlo yo? —preguntó el capitán.

—Le doy mi permiso, señor. Es verdad que Don Diego tiene grandes riquezas, pero usted tiene mucha apostura y él… pues es… más bien…

—Comprendo, señor —dijo el capitán riendo—. No es lo que llamaríamos un caballero valiente y audaz. Y a menos que su hija prefiera riquezas a un verdadero hombre…

—¡Mi hija hará lo que su corazón le diga, señor! —dijo Don Carlos con orgullo.

—Entonces, ¿el asunto queda entre Don Diego De la Vega y yo?

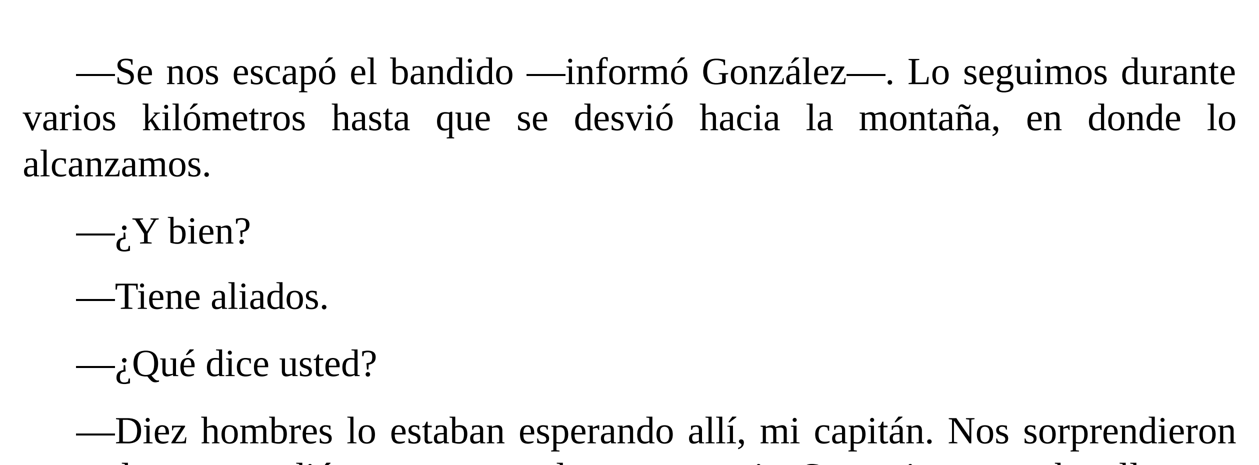
—Siempre y cuando haga usted las cosas con mucha discreción. No quiero que suceda nada que pueda provocar la enemistad entre la familia de los De la Vega y la mía.

—Yo protegeré sus intereses, Don Carlos —declaró el capitán Ramón.

Lolita observaba a su padre y al capitán Ramón mientras Don Diego le hablaba, sospechando cuál era el tema de conversación. Se sentía halagada, desde luego, de que un oficial tan guapo la quisiera pretender; sin embargo, no había sentido emoción alguna cuando lo vio por primera vez.

En cambio, el Zorro la había hecho estremecerse desde los pies hasta la cabeza, y solo porque le había hablado y había besado su mano. ¡Ay! ¡Si Don Diego se pareciera más al bandolero! ¡Si encontrara un hombre que combinara la riqueza de los De la Vega con el temple y el valor del bandido!

Se oyó un tumulto afuera, y con gran escándalo entraron los soldados con el sargento González a la cabeza. Saludaron al capitán, y el sargento miró atónito la herida de este.



—Se nos escapó el bandido —informó González—. Lo seguimos durante varios kilómetros hasta que se desvió hacia la montaña, en donde lo alcanzamos.

—¿Y bien?

—Tiene aliados.

—¿Qué dice usted?

—Diez hombres lo estaban esperando allí, mi capitán. Nos sorprendieron antes de que nos diéramos cuenta de su presencia. Sostuvimos una batalla muy ruda y herimos a tres, pero se nos escaparon llevándose a sus compañeros. Como no esperábamos encontrarnos con una banda, caímos en la trampa.

—En otras palabras, ¡nos las habernos con una banda! —dijo el capitán Ramón—. Sargento, a primera hora va usted a seleccionar entre sus hombres para formar un grupo que quedará bajo su mando. Va usted a seguir la pista del Zorro hasta que lo capturen o lo maten. Voy a añadir un trimestre de mi sueldo a la recompensa del gobernador, si logra usted capturarlo.

—¡Precisamente lo que había yo deseado! —gritó el sargento González—. ¡Ahora sí perseguiremos a este coyote hasta que caiga! ¡Ahora sí podré enseñarles su sangre!

—Lo cual sería muy justo, ya que el Zorro ha visto la del capitán —intervino Don Diego.

—¿Qué dice usted, Don Diego, amigo mío?… Capitán, ¿ha cruzado usted su espada con el bandido?

—Así es —dijo el capitán—. No hizo usted sino seguir a un caballo entrenado, mi sargento. El tipo se quedó aquí, encerrado en una alacena, y salió cuando llegué yo. De modo que deben haberse topado ustedes con otro hombre y sus camaradas en las montañas. El Zorro me trató en la misma forma en que lo trató a usted en la taberna: tenía una pistola por si le salía yo demasiado diestro con la espada.

El capitán y el sargento se miraron fijamente a los ojos, ambos pensando qué tanto habría de mentira en lo que había dicho el otro, mientras que en su rincón, Don Diego sonreía y trataba de tomar la mano de Lolita sin conseguirlo.

—¡Esto solo se puede arreglar con sangre! —dijo González—. Perseguiré al bribón hasta que lo mate. ¿Me da usted permiso de escoger a mis hombres?

—Puede usted llevarse los que quiera del presidio —dijo el capitán.

—Sargento González, me gustaría ir con usted —dijo Don Diego repentinamente.

—¡Por todos los santos! Se moriría usted, caballero. Noche y día a caballo, loma arriba, loma abajo, bajo el sol y el polvo, y con perspectivas de pelea.

—Bien, tal vez será mejor que me quede en el pueblo —asintió Don Diego —. Pero ha molestado a esta familia, de la cual soy un verdadero amigo. Por lo menos téngame al tanto. ¿Me hará saber cómo se escapa, si lo hace? Quiero saber, por lo menos, que anda usted sobre la pista, y en dónde está, para que pueda yo acompañarlo con el pensamiento.

—Desde luego, caballero… desde luego —respondió el sargento—. Le dejaré ver la cara del pillo cuando ya esté muerto, ¡se lo juro!

—Qué juramento más horrible, mi sargento. Suponiendo que…

—Quiero decir en caso de que mate yo al bandido, caballero. Mi capitán, ¿regresa usted esta noche al presidio?

—Sí —respondió Ramón—. A pesar de la herida, puedo montar a caballo.

Se volvió para ver a Don Diego mientras hablaba, esbozando una mueca.

—¡Qué entereza! —dijo Don Diego—. Yo también regresaré a Reina de los Ángeles, si Don Carlos quiere tener la amabilidad de prestarme su carruaje. Puedo atar a mi caballo, porque montar otra vez hoy me resulta imposible.

González rio y se fue a la cabeza de la comitiva. El capitán Ramón se despidió de las señoras, miró en forma amenazadora a Don Diego y partió. El caballero habló nuevamente con Lolita mientras sus padres acompañaban al capitán a la puerta.

—¿Lo pensará usted? —preguntó—. Mi padre volverá a molestarme dentro de unos días, y me evitaré un regaño si le digo que todo está arreglado. Si se decide usted a casarse conmigo, dígale a su padre que me lo mande decir con un criado, y yo inmediatamente arreglaré mi casa para el día de la boda.

—Lo pensaré —dijo Lolita.

—Podríamos casarnos en la misión de San Gabriel, aunque tendríamos que hacer el viaje hasta allá, y es muy fatigoso. Uno de los frailes de la misión, fray Felipe, ha sido amigo mío desde la infancia, y me gustaría que él nos dijera el sermón, a menos que usted tenga otra preferencia. Tal vez podría ir a Reina de los Ángeles y celebrar la ceremonia en la pequeña iglesia de la plaza.

—Lo pensaré —repitió Lolita.

—Tal vez vuelva yo a visitarla dentro de algunos días, si es que no muero esta noche. Buenas noches, señorita. Supongo que debo… besar su mano.

—No se moleste usted —respondió Lolita—. Se puede fatigar.

—¡Ah!, muchas gracias. Es usted muy considerada, ya lo veo. Tendré

mucha suerte si me caso con una mujer tan condescendiente.

Don Diego se dirigió hacia la puerta. Lolita corrió a su cuarto, se golpeó el pecho con las manos y se jaló de los cabellos; estaba demasiado furiosa para llorar. ¡Besar su mano! El Zorro no lo había ni siquiera sugerido; simplemente lo había hecho. El Zorro había desafiado la muerte por visitarla. ¡Se había reído mientras peleaba, y se había escapado por medio de un truco! ¡Ay! ¡Si Don Diego De la Vega fuera la mitad de lo que era el bandolero!

Oyó cómo se alejaban los soldados a todo galope, y un poco después vio a Don Diego De la Vega irse en el carruaje de su padre. Entonces salió nuevamente a la sala en donde estaban sus padres.

—Padre mío, es imposible que me case yo con Don Diego De la Vega —dijo.

—¿Qué es lo que te ha hecho tomar esta decisión, hija mía?

—No sabría decirlo, pero sé que no es el hombre con quien deseo casarme. No tiene alma; sería un tormento constante vivir con él.

—El capitán Ramón también ha pedido permiso para hacerte la corte —dijo doña Catalina.

—Es igual, o peor. No me gusta su mirada —respondió la chica.

—Eres demasiado exigente —le dijo Don Carlos—. Si esta persecución dura un año más, nos convertiremos en limosneros. Te corteja el mejor partido de todas estas tierras, y lo rechazas. Y no quieres a un oficial de alto rango en el ejército, porque no te agrada cómo te mira. ¡Piénsalo bien, niña! Una alianza con Don Diego De la Vega es muy de desearse. Tal vez te agradará más cuando lo conozcas mejor. Y pueda ser que el hombre despierte. Me pareció ver una llamarada de esperanza esta noche… tal parece que estaba celoso debido a la presencia del capitán. Si puedes despertar sus celos…

Lolita rompió a llorar, pero pronto se repuso y se secó los ojos.

—Haré… todo lo que pueda porque me guste —dijo—, pero aún no puedo decir que seré su esposa.

Una vez más corrió a su cuarto, y llamó a su criada de confianza. Al poco rato la casa quedó en la más profunda obscuridad. En las chozas de adobe, los indígenas, sentados alrededor de sus hogueras, se contaban unos a otros los sucesos de esa noche, cada uno aumentando mayores falsedades que los demás. De la recámara de Don Carlos Pulido y de su esposa salió un ronquido muy reposado.

Pero Lolita no durmió. Tenía la barbilla recargada en una mano, y miraba por la ventana hacia las hogueras que se vislumbraban en la distancia. Todos

sus pensamientos eran para el Zorro.

Pensaba en la gracia de su saludo, en la música de su profunda voz, en el roce de sus labios sobre la palma de su mano.

—Qué lástima que sea un pillo —suspiró—. ¡Cómo amaría yo a un, hombre así!

12

UNA VISITA

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, se oyó un gran tumulto en la plaza de Reina de los Ángeles. Se encontraba allí el sargento González con muchos soldados, casi todos los que estaban comisionados al presidio local, y se estaban preparando para salir a caza del Zorro.

La voz del sargento se oía hasta afuera, mientras los hombres revisaban bridas, botellas de agua y provisiones. El sargento les había ordenado que llevaran poco equipaje, pues comerían plantas y animales que encontraran a su paso en el campo. Había tomado muy en serio las órdenes de su capitán: iba a perseguir al Zorro y no regresaría hasta que lo trajera, o moriría en su intento.

—Clavaré la zalea del tipo a la puerta del presidio, mi amigo —le dijo al posadero—. Después cobraré la recompensa del gobernador y saldaré mi cuenta contigo.

—Dios quiera que sea cierto —dijo el posadero.

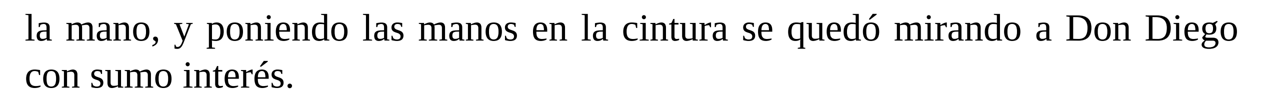
—¿Qué dices, estúpido? ¿Qué te pague? ¿Temes perder unas cuantas monedas?

—Quise decir que espero en Dios que puedan capturar al bandido —dijo el posadero, suavizando su mentira.

El capitán Ramón no se había levantado para verlos salir, pues debido a su herida tenía fiebre; pero la gente del pueblo se agolpó alrededor del sargento y de sus hombres, haciéndoles mil preguntas, y el sargento se sentía el centro de atracción.

—¡Pronto dejará de existir esta maldición de Capistrano! —Alardeó en voz alta—. Pedro González anda sobre su pista. ¡Ja! Cuando estemos cara a cara…

La puerta principal de la casa de Don Diego De la Vega se abrió en ese preciso instante, y Don Diego en persona salió. La gente del pueblo se quedó asombrada, pues era de madrugada. El sargento dejó caer un bulto que traía en



la mano, y poniendo las manos en la cintura se quedó mirando a Don Diego con sumo interés.

—No se ha acostado usted —exclamó.

—¡Sí, cómo no! —dijo Don Diego.

—¿Y ya se levantó tan temprano? Tiene que explicamos este misterio.

—Con el ruido que hicieron ustedes, hasta los muertos despertarían —dijo Don Diego.

—No pudimos evitarlo, caballero, ya que estamos cumpliendo órdenes.

—Y qué, ¿no era posible que hicieran sus preparativos en el presidio en vez de hacerlos aquí en la plaza?, ¿o es que pensaron que no habría bastante gente allí para darse cuenta de su importancia?

—¡Por todos…!

—¡No lo diga! —ordenó Don Diego—. La verdad es que me levanté temprano porque tengo que hacer un viaje muy enfadoso a mi hacienda, a varias leguas de aquí, para inspeccionar los rebaños y los ganados. No se vuelva usted rico, sargento González; la riqueza exige mucho a un hombre.

—Algo me dice que nunca sufriré por eso —dijo el sargento riendo—. ¿Lleva usted escolta, mi amigo?

—Dos peones, nada más.

—Si se encuentra con el Zorro, probablemente se lo lleve para pedir un buen rescate por usted.

—¿Qué, anda en algún lugar entre Reina de los Ángeles y mi hacienda? —preguntó Don Diego.

—Hace rato llegó un ranchero diciendo que lo habían visto en el camino entre Pala y San Luís Rey. Nosotros vamos para allá. Como su hacienda queda por el lado opuesto, es seguro que no se lo encontrará, por ahora.

—Me siento un poco más tranquilo con lo que me dice. ¿De manera que se van hacia Pala, mi sargento?

—Efectivamente. Trataremos de encontrar una pista lo más pronto posible, y en cuanto la hallemos lo batiremos. Al mismo tiempo haremos lo posible por encontrar su guarida. Salimos en el acto.

—Esperaré ansiosamente sus noticias —dijo Don Diego—. Buena suerte.

González y sus hombres montaron, el sargento gritó una orden, y se fueron galopando a través de la plaza, levantando una enorme polvareda. Tomaron el camino que iba hacia Pala y San Luis Rey.

Don Diego los siguió con la mirada hasta que ya no se veía más que una pequeña nube de polvo a lo lejos, y luego llamó a su caballo. Él también montó y se dirigió hacia San Gabriel. Sus dos criados indios lo siguieron montados en sendas mulas.

Pero antes de partir, Don Diego había enviado el siguiente mensaje a la hacienda de los Pulido, dirigido a Don Carlos:

Los soldados han salido esta mañana en persecución del Zorro; se ha informado que el bandolero tiene una banda de pillos a sus órdenes y es posible que haya pelea. Amigo mío, no hay modo de decir qué es lo que puede pasar. Me disgusta la idea de que la persona a quien yo estimo esté en peligro. Me refiero a su hija en especial, pero también a doña Catalina y a usted. Es más, el bandido vio a su hija anoche y es muy posible que prendado de su hermosura quiera verla nuevamente.

Le ruego que se venga inmediatamente a mi casa de Reina de los Ángeles, y la considere como su casa hasta que se arregle este asunto. Yo salgo esta misma mañana para mi hacienda, pero he dado órdenes a mis criados para que de usted las instrucciones que desee. Espero verlo aquí a mi regreso, dentro de dos o tres días.

Diego,

Don Carlos leyó la epístola en voz alta a su mujer y a su hija, y luego levantó la cabeza para ver cómo lo habían tomado. Por su parte, a él no le importaba el peligro, pero no quería poner a su familia en ningún predicamento.

—¿Qué les parece? —preguntó.

—Hace mucho tiempo que no vamos al pueblo —dijo doña Catalina—. Todavía me quedan algunas amigas allí. Creo que sería una idea estupenda.

—Pues desde luego que no nos perjudicaría en nada si se supiera que somos huéspedes de Don Diego De la Vega —dijo Don Carlos—. Y tú, ¿qué piensas, hija?

Era una concesión pedirle su opinión, y Lolita sabía que su padre lo hacía debido a que Don Diego la cortejaba. Vaciló un poco antes de contestar.

—Yo creo que estaría bien —dijo—. Me gustaría ir al pueblo, pues aquí en la hacienda ya casi no vemos a nadie. Pero la gente puede pensar que estoy comprometida con Don Diego.

—¡Tonterías! —dijo Don Carlos—. No tiene nada de particular que visitemos a los De la Vega, ya que nuestra familia es casi tan noble como la de ellos, y más que otras.

—Pero se trata de la casa de Don Diego, no de la de su padre. Sin embargo… dice que estará fuera durante dos o tres días, y podremos regresar cuando él llegue.

—Bien, entonces nos vamos —dijo Don Carlos—. Iré a darle algunas instrucciones al mayordomo.

Don Carlos salió apresuradamente al patio y tocó la campana para llamar al mayordomo. Estaba feliz, pues sabía que en cuanto Lolita viera los muebles y la decoración de la casa de Don Diego, probablemente se decidiría a tomarlo como marido. Cuando viera los ricos cortinajes, los elegantísimos tapices, los muebles incrustados de oro y piedras preciosas y se diera cuenta de que ella podría ser la dueña de todo eso y más… Don Carlos se preciaba de conocer el corazón femenino.

Poco después de la siesta llegó a la puerta una carreta tirada por mulas. Doña Catalina y Lolita se subieron y Don Carlos montó su mejor caballo y se fue cabalgando junto a la carreta.

Tomaron la vereda para salir al camino que iba a Reina de los Ángeles.

Se encontraron con algunos conocidos que se quedaban asombrados de ver a la familia Pulido de viaje, pues era bien sabido que habían perdido su fortuna y que ya casi no salían a ningún lado. Hasta se había llegado a murmurar que doña Catalina y Lolita vestían muy pobremente y que alimentaban mal a sus sirvientes, pero que estos se quedaban solo porque su amo era muy bueno.

A pesar de todo, los tres se sentían muy orgullosos y saludaban a cuantos conocían.

Por fin dieron vuelta en una curva desde donde se podía divisar el pueblo: la plaza y la iglesia con su cruz a un lado, la posada, las tiendas y algunas residencias de las más elegantes, tales como la de Don Diego, y, esparcidas por todo el pueblo, las chozas de los indígenas y de los pobres.

La carreta se detuvo a la puerta de la casa de Don Diego, y varios criados se apresuraron a dar la bienvenida a los invitados, extendiendo un tapete desde la carreta hasta la entrada para que las señoras no tuvieran que pisar el polvo del suelo. Don Carlos pasó primero, después de dar órdenes para el cuidado del caballo, las mulas y la carreta. Entraron a descansar en la sala y los criados les sirvieron vino y comida.

Después fueron a recorrer la casa; doña Catalina estaba maravillada de todo lo que veía, a pesar de haber visto muchas casas elegantes.

—¡Pensar que nuestra hija puede llegar a ser la dueña absoluta de todo esto cuando le dé el «sí» a Don Diego! —exclamó.

Lolita no dijo ni una palabra, pero pensó que después de todo no estaría tan

mal casarse con Don Diego. Estaba sosteniendo una batalla en su interior. Por un lado tenía riquezas, posición social y el bienestar y la fortuna de sus padres, y por marido a una estatua; por el otro lado estaban los deleites del amor ideal que tanto anhelaba. No podría dejar esto último hasta que ya no hubiera esperanzas.

Don Carlos salió de la casa y atravesó la plaza para dirigirse hacia la posada, en donde se encontró con varios caballeros de edad avanzada y empezó a reanudar sus antiguas amistades, aunque se percató de que ninguno había demostrado mucho entusiasmo al verlo. Don Carlos se imaginó que temían portarse demasiado amables con él, sabiendo que había caído de la gracia del gobernador.

—¿Vino usted al pueblo en viaje de negocios? —le preguntó uno de ellos.

—No —respondió de muy buena gana Don Carlos, pues esta era su oportunidad para congraciarse con ellos—. El Zorro anda suelto, y los soldados lo están persiguiendo.

—Sí, ya lo sabíamos.

—Es posible que haya una batalla, o algunos asaltos, pues se dice por ahí que el Zorro tiene una banda de asesinos. Como mi hacienda está aislada podría quedar a merced del bandido.

—¡Ah! ¿Así es que trajo usted a su familia al pueblo hasta que pase el peligro?

—Yo no había pensado en ello, pero esta mañana Don Diego De la Vega me mandó suplicar que trajera yo a mi familia a su casa por unos días. Él se fue a su hacienda, pero regresará pronto.

Al oír esto, algunos de los presentes abrieron los ojos un poco, pero Don Carlos se hizo el disimulado, y continuó bebiendo.

—Don Diego me fue a ver ayer por la mañana —continuó—. Estuvimos recordando los tiempos pasados. Por la noche nos visitó el Zorro, de lo cual sin duda se habrán ustedes enterado, y Don Diego regresó a vernos en cuanto lo supo, temeroso de que nos hubiera sucedido alguna desgracia.

—¡Dos veces en un día! —exclamó uno de ellos.

—Efectivamente.

—Usted… es decir… su hija es muy bella, ¿no es así, Don Carlos Pulido? Y tiene diecisiete años, más o menos, ¿no es verdad?

—Dieciocho, señor. Dicen que es bella —admitió Don Carlos.

Volvieron a verse unos a otros. Ya tenían la solución. Don Diego De la

Vega deseaba casarse con Lolita Pulido. Esto quería decir que la fortuna de los Pulido pronto estaría en auge, y que Don Carlos se acordaría de los que habían conservado su amistad y despreciaría a los que lo habían abandonado.

Entonces se agruparon todos en torno suyo, preguntándole por las cosechas y los aumentos que había habido en sus ganados, si sus abejas estaban produciendo tanto como antes, y si creía que la cosecha de aceitunas sería buena ese año.

Aparentemente, Don Carlos lo tomaba todo con mucha naturalidad. Aceptó el vino que le ofrecieron y él mismo pagó algunas tandas. El posadero corría de un lado para otro, sirviendo los convites y tratando de hacer cuentas en su mente de lo que iba a sacar ese día… una tarea demasiado difícil para el gordo.

Cuando se retiró Don Carlos al atardecer, algunos de los caballeros salieron a dejarlo a la puerta y dos de los más influyentes lo acompañaron hasta la puerta de la casa de Don Diego. Uno de ellos suplicó a Don Carlos que fuera con su esposa esa noche a su casa, a charlar y oír música un rato. Don Carlos aceptó de buen grado.

Doña Catalina había estado observando desde la ventana, y estaba radiante cuando salió a recibir a su esposo a la puerta.

—Todo va bien —dijo él—. Me recibieron con los brazos abiertos y he aceptado una invitación para esta noche.

—Pero ¿y Lolita? —preguntó Catalina.

—Tendrá que quedarse, desde luego. ¿Crees que no estará bien? Hay como cincuenta criados en la casa. Y además, ya acepté la invitación, querida.

No podían desechar una oportunidad como esta para rehacer su prestigio, desde luego, y ambos le dijeron a Lolita los planes para esa noche. Se quedaría en el salón grande, leyendo un libro de poemas que había encontrado allí, y si le daba sueño se acostaría en la recámara que ellos le habían escogido. Los criados la cuidarían, y el mayordomo le serviría todo lo que ella quisiera.

Don Carlos y su esposa fueron a hacer su visita. Media docena de criados les iluminaron el camino con antorchas, pues no había luna esa noche y amenazaba lluvia otra vez.

Lolita se acomodó en un sillón, y empezó a leer el libro de versos. Todos los poemas hablaban de amor y románticas pasiones. Se quedó asombrada al pensar que Don Diego, siendo tan poco animoso, leyera tales cosas, pues se veía que el libro había sido muy usado. Se levantó bruscamente de su asiento para ver otros libros y su asombro fue creciendo cada vez más.

Libros y libros de poetas que cantaban al amor; volúmenes que trataban de

equitación; libros dictados por maestros de esgrima; leyendas de grandes generales y guerreros.

Estos libros no podían ser de un hombre como Don Diego, se dijo Lolita. Y después pensó que tal vez soñara con ellos, aunque no en la forma en que aquellos predicaban. Don Diego era un enigma, pensó por centésima vez; regresó a su asiento y siguió leyendo poesías.

En esos momentos llamó a la puerta el capitán Ramón.

13

EL AMOR LLEGA SÚBITAMENTE

El mayordomo corrió a abrir.

—Siento mucho decirle que Don Diego no está en casa, señor —dijo—. Ha ido a su hacienda.

—Sí, ya lo sabía. Don Carlos, su esposa y su hija están aquí, ¿no es así?

—Don Carlos y su esposa salieron a hacer una visita, señor.

—La señorita…

—Aquí está, naturalmente.

—En ese caso, presentaré mis respetos a la señorita —dijo el capitán Ramón.

—¡Señor! Lo siento, pero la señorita está sola.

—¿Acaso no soy un caballero? —preguntó el capitán.

—Es que… es que no está bien que reciba la visita de un caballero en ausencia de su madre.

—¿Quién es usted para decirme lo que está bien y lo que está mal? —dijo el capitán Ramón—. ¡Fuera de aquí, escoria! Si me impides el paso, te castigaré. Sé algunas cosas de ti.

El mayordomo palideció al oír esto, pues el capitán decía la verdad; con una palabra lo metería en dificultades y tal vez a la cárcel. Y, sin embargo, sabía que él tenía razón.

—Pero, señor —protestó.

El capitán Ramón lo hizo a un lado con el brazo izquierdo y a grandes pasos se dirigió al salón. Lolita se levantó alarmada al verlo en pie frente a

ella.

—Señorita, espero no haberla asustado —dijo—. Siento mucho que no estén sus padres, pero tengo que hablar con usted. Este criado no quería que entrara, pero me imagino que no le tiene miedo a un hombre con el brazo lastimado.

—No… no está muy bien, ¿verdad, señor? —preguntó la muchacha, un poco atemorizada.

—Estoy seguro de que no le traerá ningún perjuicio —dijo él.

Atravesó el salón, se sentó en un sillón y se puso a admirar descaradamente la belleza de Lolita. El mayordomo se acercó.

—¡Tú, vete a la cocina! —le ordenó el capitán Ramón.

—No; déjelo que se quede —suplicó Lolita—. Mi padre se lo ordenó, y se verá en dificultades si no lo hace.

—Y si se queda, también. ¡Vete!

El criado se retiró.

El capitán Ramón se volvió para mirar a Lolita, y le sonrió. Se jactaba de conocer bien a las mujeres: les encantaba ver a un hombre dominar a otro.

—Más bella que nunca, señorita —dijo con voz acariciadora—. Me da mucho gusto poder verla a solas, pues tengo algo que decirle.

—¿Y qué es ese algo, señor?

—Anoche, en la hacienda de su señor padre, le pedí permiso para cortejarla a usted. Me he prendado de su belleza, y quiero que sea usted mi esposa. Su padre aceptó, pero me dijo que también Don Diego De la Vega tiene su consentimiento. Así es que la cosa está entre Don Diego y yo.

—¿Le parece bien hablar de ello, señor? —preguntó ella.

—Desde luego que Don Diego De la Vega no es el hombre que usted necesita —continuó—. ¿Acaso tiene valor, temple? ¿No es el hazmerreír a causa de su debilidad?

—¿Habla usted mal de él en su propia casa? —preguntó Lolita, con ojos centelleantes.

—Digo la verdad, señorita. Y quiero que usted me corresponda. ¿No quiere usted ser buena conmigo? ¿No puede darme una esperanza de que algún día conquistaré su corazón y su mano?

—Capitán Ramón, esto es indigno —dijo Lolita—. Esto no se acostumbra entre personas cabales, y usted lo sabe. Le suplico que se vaya.

—Estoy esperando su respuesta, señorita.

Su orgullo ultrajado se rebeló. ¿Por qué era que a ella no la cortejaban como a otras señoritas, según la costumbre? ¿Por qué le hablaba este hombre en una forma tan atrevida? ¿Por qué no se ceñía a los convencionalismos sociales?

—Debe usted irse —le dijo con firmeza—. Esto no está bien, y usted lo sabe. ¿Pretende usted hacerme objeto de las burlas de todos, capitán Ramón? Imagínese lo que pasaría si viene alguien ahora y nos encuentra así… solos.

—Nadie vendrá, señorita. ¿No puede usted darme su respuesta?

—¡No! —gritó Lolita, tratando de levantarse de su asiento—. No está bien que me lo pregunte usted. Le aseguro que mi padre sabrá de esta visita.

—Su padre —dijo Ramón burlonamente—. Un hombre que está en desgracia con el gobernador. Un hombre a quien todos roban por no tener idea de lo que es la política. No le tengo miedo a su padre. Debería sentirse orgulloso de que el capitán Ramón se digne mirar a su hija.

—¡Señor!

—No corra usted —dijo, tomándola de la mano—; le he hecho el honor de pedirle que sea mi esposa.

—¡Hacerme a mí el honor! —gritó Lolita furiosa, casi llorando—. Es al hombre a quien se le concede el honor cuando lo acepta una mujer.

—Me gusta usted cuando se enfurece —dijo él—. Siéntese… aquí, junto a mí, y deme su respuesta.

—¡Señor!

—Se casará usted conmigo, por supuesto. Intercederé por su padre con el gobernador y haré que recobre parte de sus bienes. A usted la llevaré a San Francisco de Asís, a la casa del gobernador, para que la admiren las personas de abolengo.

—¡Señor! ¡Déjeme usted ir!

—¡Su respuesta, señorita! Ya me ha entretenido bastante.

Bruscamente se retiró de él, lo miró con ojos de furia, sus pequeñas manos cerradas.

—¿Casarme con usted? —gritó—. ¡Preferiría quedarme soltera toda mi vida, casarme con un pordiosero, o morir antes que casarme con usted! Me casaré con un caballero, un gentilhombre, o no me caso ¡Y no puedo decir que usted sea un caballero!

—Muy bellas palabras en boca de la hija de un hombre que está casi arruinado.

—La ruina no cambiaría la sangre de los Pulido, señor, aunque dudo que sea usted capaz de comprenderlo, siendo tan vil como es. Don Diego sabrá esto. Es amigo de mi padre…

—Y se casaría usted con el rico Don Diego, ¿eh?, y arreglaría todos los asuntos de su padre. No se casaría con un honrado soldado, pero sí se vendería…

—¡Señor! —gritó Lolita.

Esto era más de lo que podía soportar. Estaba sola, no había nadie que pudiera desagraviarla. Su sangre la obligó a defenderse.

Como la luz de un relámpago, su mano cayó sobre la mejilla del capitán Ramón. Al retirarla, él la tomó del brazo y la atrajo hacia sí.

—Eso me lo pagará con un beso —le dijo—. Gracias a Dios que una mujer tan pequeñita se puede manejar con un solo brazo.

Lolita luchaba desesperadamente, pegándole y arañándolo en el pecho, pues no le llegaba a la cara. Pero él se reía de ella y la apretaba cada vez más, dejándola casi sin aliento. Por fin le echó la cabeza para atrás y la miró en los ojos.

—Un beso en pago, señorita —dijo—. Me dará mucho placer domar a una mujer tan brava.

Lolita trató de luchar otra vez, pero ya no pudo. Rogó a todos los santos que la ayudaran. El capitán rio nuevamente y agachó la cabeza; sus labios se acercaron a los de ella.

Pero nunca le dio el beso. Lolita empezó a forcejear nuevamente y esta vez logró retirarse de él. Ramón tuvo que concentrar todas sus fuerzas en su brazo para acercarla a él. Del otro extremo del cuarto salió una voz profunda y austera.

—¡Un momento, señor! —dijo.

El capitán Ramón soltó a la muchacha y giró sobre sus talones. Parpadeó para poder penetrar con la mirada en la obscuridad del rincón; oyó que Lolita daba un grito de alegría.

El capitán Ramón, haciendo caso omiso de la presencia de una dama, dijo una maldición en voz alta, pues era el Zorro el que se encontraba frente a él.

No se detuvo a pensar cómo era que el bandolero había entrado a la casa; se dio cuenta de que no portaba su espada, y de que si la hubiera llevado, no la

hubiera podido usar debido a su herida. El Zorro ya venía caminado hacia él.

—Soy un proscrito, pero respeto a las mujeres —dijo la maldición de Capistrano—. Y usted, un oficial del ejército, no, según veo. ¿Qué está haciendo usted aquí, capitán Ramón?

—¿Y qué hace usted aquí?

—Oí un grito de mujer, que es todo lo que necesita un caballero para entrar a cualquier parte, señor. Me parece que usted ha pisoteado todas las leyes de la decencia.

—Tal vez la señorita también lo haya hecho.

—¡Señor! —rugió el bandolero—. ¡Otro pensamiento como ese, y lo atravieso con mi espada aunque esté usted herido! ¿Cómo lo castigaré?

—¡Mayordomo! ¡Criados! —gritó de repente el capitán—. ¡Aquí está el Zorro! ¡Les doy una recompensa si lo agarran!

El enmascarado rio.

—No le servirá de nada pedir ayuda —dijo—. Mejor gaste su saliva en rezar.

—Vergüenza debería darle amenazar a un herido.

—Merece usted la muerte, señor, pero me imagino que tendré que perdonarle la vida. Va usted a ponerse de rodillas y va a pedirle perdón a esta señorita. Después se irá usted de esta casa, se escabullirá como un canalla, y no dirá una palabra de lo que ha sucedido aquí esta noche. De lo contrario, le prometo que ensuciaré mi espada quitándole la vida.

—¡Bah!

—¡De rodillas, señor, inmediatamente! —ordenó el Zorro—. No tengo tiempo para esperar.

—Soy oficial…

—¡De rodillas! —repitió el Zorro, con voz estruendosa. Saltó hacia adelante agarrando al capitán Ramón por el hombro ileso, y lo tiró al suelo—. ¡Pronto, cobarde! Dígale a la señorita que le pide perdón humildemente… claro que ella no se lo dará, pues es usted demasiado ruin…, y prometa que no volverá a molestarla. ¡Dígaselo, o, por todos los santos, ha dicho usted sus últimas palabras!

El capitán Ramón lo dijo. Entonces el Zorro lo agarró por el cuello, lo alzó, lo empujó hasta la puerta y finalmente lo arrojó a la obscuridad. Si las botas del Zorro no hubieran sido tan suaves, se habría lastimado más, tanto física como moralmente.

El Zorro cerró la puerta en los momentos en que el mayordomo entraba corriendo al cuarto, presa del pánico, para mirar al enmascarado.

—Señorita, espero haberla servido en algo —dijo el bandolero—. Ese truhan no volverá a molestarla, y si lo hace le juro que sentirá el piquete de mi espada otra vez.

—¡Ah! ¡Gracias, señor, gracias! —dijo Lolita—. Le diré a mi padre la buena obra que acaba usted de hacer. ¡Mayordomo, sírvale vino!

No le quedaba más remedio al mayordomo que obedecer, pues ella había dado la orden. Salió apresuradamente del cuarto, reflexionando sobre los tiempos y las costumbres.

Lolita se acercó al Zorro.

—Señor —le dijo jadeante—, me ha salvado usted de una ofensa. Me ha salvado usted de la contaminación de los labios de ese hombre. Le ofrezco a usted voluntariamente el beso que él quería, aunque lo considere usted impropio de una doncella.

Alzó la cara y cerró los ojos.

—Y no miraré cuando se levante usted la máscara —le dijo.

—Es demasiado, señorita —dijo el Zorro—. Su mano, pero no sus labios.

—Me avergüenza usted, señor. Fui muy atrevida al ofrecérselo, y me rechaza usted.

—No la avergonzaré —dijo él.

Se inclinó rápidamente, levantando la parte baja de su máscara, y rozó sus labios en los de ella.

—¡Ah, señorita!, quisiera ser un hombre honrado para poder pedirla abiertamente. Mi corazón arde de amor por usted.

—Y el mío por usted.

—Esto es una locura. Nadie debe enterarse.

—No me importaría que lo supiera el mundo entero, señor.

—¡Su padre y su fortuna! ¡Don Diego!

—Lo amo a usted.

—¡Su oportunidad para convertirse en una gran dama! ¿Cree usted que no sabía yo que me hablaba de Don Diego aquella tarde en el patio de su padre? Esto es un capricho, señorita.

—Es amor, señor, pase lo que pase. Una Pulido no ama dos veces.

—¿Qué otra cosa podría traernos sino angustias?

—Ya lo veremos. Dios es muy bueno.

—Es una locura…

—Pero una locura muy dulce.

La acercó hacia él, inclinó la cabeza. Ella cerró los ojos y aceptó su beso, solo que esta vez fue un beso más largo. Ella no trató de ver su cara.

—Es posible que sea yo muy feo —dijo él.

—Pero lo amo.

—Desfigurado, señorita…

—De todos modos, lo amo.

—¿Qué esperanzas podemos tener?

—Váyase, señor, antes de que regresen mis padres. Solo diré que me salvó usted de una ofensa y se fue. Creerán que vino a robar a Don Diego. Y váyase por el camino del bien. Hágalo por mí, señor; enderece su vida y pida mi mano. Nadie le ha visto la cara, y si se quita usted la máscara para siempre, nadie sabrá de sus culpas. No es usted un ladrón común y corriente. Yo sé que usted ha robado para vengar a los indefensos, para castigar a los políticos desalmados y para ayudar a los oprimidos. Yo sé que usted ha dado a los pobres todo lo que ha robado. ¡Ay, señor!

—Pero aún no he terminado mi tarea, señorita.

—Entonces, termine usted, y que Dios lo proteja, y sé que lo hará. Cuando haya acabado, regrese. Lo reconoceré comoquiera que venga vestido.

—No esperaré mucho, señorita. Vendré a menudo, porque no podría vivir sin verla.

—Cuídese usted.

—Lo haré, puesto que ahora tengo doble razón. Nunca me pareció tan dulce la vida.

El Zorro se fue caminando lentamente hacia atrás. Se volvió y miró a la ventana más próxima.

—Debo irme —dijo—. No puedo esperar a que traigan el vino.

—No fue más que un pretexto para quedarnos a solas —le confesó Lolita.

—Hasta la próxima vez, señorita, y que sea pronto.

—¡Cuidado, señor!

—Siempre, mi amada. ¡Adiós, señorita!

Nuevamente se cruzaron sus miradas. El Zorro extendió el brazo para despedirse, se ciñó la capa y saltó por la ventana. Parecía que la obscuridad se lo había tragado.

14

EL CAPITÁN RAMÓN ESCRIBE UNA CARTA

El capitán Ramón se levantó del suelo enlodado donde había caído cuando lo arrojó el Zorro frente a la puerta de Don Diego, y corrió hacia la vereda que iba al presidio.

La sangre le hervía en las venas, y tenía la cara morada por la ira. Solo quedaban en el presidio media docena de soldados, ya que la mayor parte de la guarnición había partido con el sargento González; y de aquellos seis, cuatro estaban enfermos y dos hacían la guardia.

De manera que el capitán Ramón se vio imposibilitado de enviar soldados a la casa de Don Diego para tratar de capturar al bandolero; además, el capitán estaba seguro de que el Zorro no permanecería en la casa más que unos minutos, pues era bien sabido que nunca lo hacía, y se marcharía enseguida.

Tampoco quería el capitán Ramón que se supiera que él y el Zorro se habían encontrado por segunda vez, y que este lo había humillado.

¿Cómo iba a decir que él había insultado a Lolita y que por eso lo había castigado el Zorro, obligándolo a pedir perdón de rodillas a Lolita, y después lo había sacado a patadas como a un perro?

El capitán optó por no decir nada de lo ocurrido. Se imaginó, desde luego, que Lolita se lo contaría a sus padres, y que el mayordomo lo verificaría, pero estaba seguro de que Don Carlos no tomaría ninguna acción. Don Carlos lo pensaría bien antes de enfrentarse a un oficial del ejército, estando ya tan mal como estaba con el gobernador. Lo único que le preocupaba era que se enterase Don Diego, pues si un De la Vega se ensañaba contra él, le sería muy difícil conservar su puesto.

La ira del capitán Ramón iba en aumento a medida que se paseaba de un lado a otro de su oficina; pensaba en todas estas cosas y en muchas más. Estaba muy al tanto en cuestiones políticas, y sabía bien que el gobernador y todos los que lo rodeaban necesitaban urgentemente más fondos para su vida licenciosa. Habían despojado a todos aquellos ricos contra quienes existía la más leve sospecha, y recibirían con los brazos abiertos a una nueva víctima.

¿No podría él sugerirla, y al mismo tiempo reforzar su situación con el gobernador? ¿Por qué no insinuar que la lealtad de la familia De la Vega para con el gobernador estaba flaqueando?

Cuando menos, podría hacer una cosa: se vengaría de la burla de que lo había hecho objeto la hija de Don Carlos Pulido.

El capitán sonrió al pensar en esto, a pesar del coraje que tenía. Pidió papel y pluma para escribir, y dijo a uno de sus ayudantes que se preparara para hacer un viaje, pues iba a mandar un mensaje.

Ramón siguió paseando durante algunos minutos, pensando en la mejor manera de redactar la carta que iba a enviar. Por fin se sentó ante la mesa y dirigió el mensaje a su excelencia el gobernador, a su residencia de San Francisco de Asís.

He aquí lo que escribió:

Hemos acatado sus instrucciones acerca del bandolero conocido por el Zorro. Sin embargo, siento mucho informarle que hasta este momento no hemos capturado al bribón, pero confío en que será usted indulgente conmigo, considerando que en este caso privan circunstancias muy especiales.

La mayor parte de mis fuerzas andan persiguiendo a este individuo, con órdenes estrictas de capturarlo vivo o muerto. Pero el Zorro no está solo. En algunos lugares de la región se le proporciona ayuda, y se le permite esconderse, se le dan alimentos, e indudablemente también caballos.

Ayer visitó la hacienda de Don Carlos Pulido, persona que como usted sabe, excelencia, le es hostil. Envié a mis hombres y fui yo personalmente. Mientras mis hombres seguían sus huellas, el Zorro salió de una alacena de la sala en la casa de Don Carlos y me atacó por la espalda, hiriéndome en el hombro derecho. Lo combatí hasta que se asustó y corrió, logrando escapar. Quisiera decirle que Don Carlos, lejos de cooperar con nosotros, puso algunos obstáculos en este asunto. Además, cuando llegué a la hacienda, me di cuenta de que el Zorro había cenado allí.

La hacienda de los Pulido es un lugar excelente para esconder a un hombre de esa calaña, ya que está algo retirada del camino real. Me temo que ese sea el escondite del Zorro cuando anda por esos rumbos, y espero sus instrucciones sobre este punto. También quisiera añadir que Don Carlos no me mostró mucho respeto, y que su hija Lolita no podía ocultar su admiración por el bandolero ni su sarcasmo al ver los esfuerzos de los soldados por capturarlo.

También hay algunos indicios de que una familia muy bien conocida por estos lugares y poseedora de una gran fortuna, está flaqueando en su lealtad para con su excelencia, pero se dará usted cuenta de que no puedo enviarle

esta información con un mensajero.

Con el más profundo respeto.

Ramón,

Comandante y Capitán, Presidio de Reina de los Ángeles.

Ramón sonrió nuevamente al terminar la carta. Sabía que el gobernador se quedaría muy intrigado por el último párrafo. Los De la Vega eran la única familia rica y conocida en la comarca. En cuanto a los Pulido, el capitán Ramón se imaginaba muy bien lo que les iba a suceder. El gobernador no vacilaría en ordenar el castigo, y quizá Lolita se quedaría de pronto sin ninguna protección, imposibilitada para rechazar los requerimientos de un capitán del ejército.

En seguida se dedicó Ramón a escribir una copia de la carta, con la intención de enviar una al gobernador y conservar la otra en su archivo, para poderla consultar si acaso se le ofrecía.

Una vez terminada la copia, dobló y selló el original, lo llevó al cuarto de los mensajeros, y se lo dio al soldado que había escogido para enviarla. Este lo saludó y salió inmediatamente a montar en su caballo. Cabalgó velozmente hacia el norte, hacia San Fernando, Santa Bárbara, y San Francisco de Asís. Las órdenes del capitán de ir a todo galope y cambiar de caballo en cada misión y en cada pueblo, en nombre de su excelencia, aún le resonaban en los oídos.

Ramón regresó a su oficina, se sirvió un tarro de vino, y se puso a leer nuevamente la copia de la carta. Le hubiera gustado hacerla más dura, pero sabía que el tono que había usado era el mejor, pues así el gobernador no creería que estaba exagerando.

De cuando en cuando dejaba la lectura para maldecir al Zorro, y para reflexionar en la belleza y en la gracia de Lolita, jurándose a sí mismo que la castigaría por haberlo tratado en esa forma.

Se suponía que el Zorro estaría muy lejos a esas horas, y aun tal vez alejándose más de Reina de los Ángeles; pero estaba equivocado, pues la maldición de Capistrano, como lo llamaban los soldados, no se había ido cuando salió de la casa de Don Diego De la Vega.

15

EN EL PRESIDIO

El Zorro había caminado unos cuantos pasos por la obscuridad hasta donde estaba su caballo, detrás de la choza de un indígena, y allí se quedó pensando en el amor que le acababa de llegar.

Al cabo de unos minutos sonrió, muy complacido, montó sobre su caballo y se dirigió a paso lento hacia el presidio. Oyó el galopar de un caballo y pensó que el capitán Ramón había enviado a alguien a llamar al sargento González y a los soldados para que siguieran una nueva pista.

El Zorro sabía cómo habían quedado las cosas en el presidio. Sabía cuántos soldados habían quedado, que cuatro estaban enfermos y que solo quedaba un soldado bueno y sano, aparte del capitán, ya que el otro se había ido.

Sonrió nuevamente e hizo que su caballo subiera por la pendiente a paso muy lento para no hacer ruido. Se apeó detrás del presidio dejando caer las riendas al suelo, pues sabía que su caballo no se movería de allí.

Después trepó por la pared del presidio con mucho cuidado hasta llegar a una ventana. Se subió sobre un montón de ladrillos de adobe y se asomó por la ventana.

Era la oficina del capitán Ramón. Vio al comandante sentado ante una mesa leyendo una carta, la que parecía que acababa de escribir. El capitán estaba hablando solo en voz alta, como lo hacen los malvados.

—Esto consternará a la bella señorita —se decía—. Esto la enseñará a no burlarse de un oficial de las fuerzas de su excelencia. Cuando su padre se encuentre en la cárcel, acusado de alta traición, y le hayan confiscado todos sus bienes, entonces tal vez quiera oír lo que tengo que decirle.

El Zorro no tuvo dificultad alguna para distinguir lo que decía el capitán. Inmediatamente adivinó que el capitán Ramón planeaba la venganza, y que ideaba muchos males para los Pulido. La cara del Zorro se puso negra de rabia bajo su máscara.

Se bajó del montón de ladrillos de adobe y se fue deslizando por la pared hasta que llegó a la esquina del edificio. A un lado de la puerta principal ardía una antorcha, y el único soldado que quedaba bueno y sano estaba haciendo guardia frente a la puerta. Llevaba pistola en el cinto y la espada le colgaba a un lado.

El Zorro se detuvo a observar la distancia que recorría el soldado de un lado a otro. Hizo un cálculo exacto, y justamente al momento en que el soldado se volvió de espaldas para reanudar su marcha, el Zorro se le echó encima.

Le puso las manos alrededor del cuello y con las rodillas le pegó en la espalda. En un instante cayeron los dos al suelo, y el guardia, aún sorprendido

por el inesperado ataque, trató de luchar. Pero el Zorro, que quería evitar a toda costa el menor ruido, pues hubiera sido fatal para él, le pegó en la sien con la culata.

Arrastró al soldado ya inconsciente a la obscuridad, le amarró la boca, las manos y los pies con tiras que cortó de su sarape. En seguida se ciñó bien la capa, sacó su pistola y se detuvo un momento para escuchar si la lucha con el soldado había llamado la atención de alguno. No habiendo oído nada, se deslizó nuevamente hacia la puerta.

Rápidamente se metió. Estaba en el salón grande de piso de tierra. Había algunas mesas grandes y montones de tarros y arreos, sillas y bridas. El Zorro miró rápidamente para cerciorarse de que no había nadie, y con mucha ligereza se dirigió hacia la puerta de la oficina del comandante.

Se aseguró de que su pistola estuviera lista para acción, y abrió la puerta con decisión. El capitán Ramón estaba sentado de espaldas a la puerta, giró en su silla, gruñendo, pues creyó que se trataba de alguno de sus hombres que había entrado sin tocar, listo para regañarlo.

—No haga el menor ruido, señor —le advirtió el bandolero—. Un suspiro aunque sea, y muere en el acto.

Sus ojos estaban fijos en los del comandante. Cerró la puerta y avanzó hacia él. Caminó lentamente, sin hablar, apuntando al comandante con la pistola. El capitán había puesto las manos sobre la mesa y estaba intensamente pálido.

—Esta visita es muy necesaria, señor mío —dijo el Zorro—. No había venido antes, porque soy un admirador de la belleza de su faz.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el capitán, haciendo caso omiso de la orden de no hablar, pero haciéndolo casi en secreto.

—Me asomé por la ventana al pasar, señor. Vi una epístola ante usted y lo oí hablar. No está bien que un hombre hable solo. Si no lo hubiera hecho, hubiera seguido mi camino. Pero…

—¿Y bien? —preguntó el capitán, con una poca de su arrogancia.

—Quiero leer esa carta.

—¿Acaso le interesan tanto mis asuntos militares?

—En cuanto a eso, no diré, señor. Sírvase quitar las manos de la mesa, pero no trate de tomar la pistola que tiene a un lado, a menos que quiera morir en este mismo instante. No me causaría la menor pena mandar su alma al más allá.

El comandante hizo lo que le ordenaba; el Zorro se inclinó cautelosamente

y arrebató la carta. Después se retiró algunos pasos, observando siempre al comandante.

—Voy a leer esto —le dijo—, pero le advierto que al mismo tiempo lo estaré vigilando. No haga el menor movimiento, a menos que desee visitar a sus antepasados.

Leyó rápidamente, y cuando hubo terminado miró fijamente al comandante en los ojos, sin decir ni media palabra; sus ojos brillaban malévolamente a través de la máscara. El capitán Ramón empezó a sentirse bastante nervioso.

El Zorro caminó al otro lado de la mesa, observando al capitán, y colocó la carta sobre la llama de una vela. El papel se prendió, ardió, y las cenizas fueron cayendo al suelo poco a poco. El Zorro las pisoteó.

—Esta carta no será entregada —dijo—. De manera que usted combate a las mujeres, ¿no es así, señor? ¡Un oficial muy valiente y un adorno de las fuerzas de su excelencia! Estoy seguro de que si lo supiera el gobernador, inmediatamente lo ascendería. Insulta usted a una señorita porque, por el momento, su padre no está bien con los poderosos; y porque lo rechaza a usted como se lo merece, se dedica a poner en dificultades a todos los miembros de su familia. En verdad que es una obra muy digna.

Se acercó un poco más y se inclinó, apuntando su pistola.

—Que no sepa yo que ha enviado usted una carta semejante a la que acabo de destruir —dijo—. Siento mucho que por ahora no esté usted en condiciones de pelear conmigo. Mi espada se ofendería si lo matara en este momento; sin embargo, lo haría con tal de librar al mundo de un tipo tan ruin como usted.

—Qué palabras tan atrevidas a un herido.

—Indudablemente que sanará usted, señor, y yo lo sabré. Cuando haya sanado y haya recobrado las fuerzas, me tomare la molestia de buscarlo y lo castigaré por lo que ha tratado de hacer esta noche. Que quede esto bien entendido.

Nuevamente los ojos de ambos ardieron. El Zorro dio unos pasos hacia atrás y se ciñó bien la capa. De pronto oyeron ruido producido por patas de caballo y arneses, y la voz ronca del sargento Pedro González.

—¡No se apeen! —les gritó el sargento a sus hombres al llegar a la puerta del presidio—. Entraré solo un momento a dar un informe, y seguiremos buscando al bribón. ¡No descansaremos hasta que lo hayamos capturado!

El Zorro echó un vistazo al cuarto, pues se dio cuenta de que ya no podría escaparse por la puerta principal. Los ojos del capitán brillaron anticipando su triunfo.

—¡Eh. González! —chilló antes de que el Zorro pudiera impedírselo—. ¡A mí, González! ¡Aquí está el Zorro!

Y se volvió para ver al bandolero con una mirada desafiante, como diciéndole que se atreviera ahora a matarlo.

Pero el Zorro no quería disparar su pistola y que el capitán se desangrara; prefería esperar a que sanara de la herida para atravesarlo con su espada.

—¡Quédese en su sitio! —le ordenó, y corrió a la ventana más próxima.

Pero el sargento González había oído, y ordenó a sus hombres seguirlo. Entró apresuradamente a la oficina del comandante y la abrió a empujones. Un grito de rabia se le escapó al ver al enmascarado junto a la mesa, y al comandante sentado con las manos extendidas.

—¡Por todos los santos, ya es nuestro! —gritó González—. ¡Adentro, soldados! ¡Cuiden todas las puertas! ¡Y las ventanas!

El Zorro se había pasado la pistola a la mano izquierda, y había sacado su espada. La blandió a uno y otro lado, tirando los candeleros al suelo. El Zorro apagó el único que quedaba encendido, poniéndole un pie encima, y el cuarto quedó a obscuras.

—¡Luces! ¡Traigan una antorcha! —gritó González.

El Zorro saltó a un lado, contra la pared, por donde se fue deslizando rápidamente mientras que González y otros dos hombres entraban al cuarto, y otro se quedó de guardia en la puerta; en el cuarto contiguo, algunos otros soldados corrieron por una antorcha, tropezándose unos con otros.

Por fin entró un hombre trayendo una antorcha, pero dio un alarido y cayó al suelo con una espada atravesándole el pecho. La antorcha también cayó al suelo y se apagó antes de que el sargento pudiera llegar a ella. El Zorro quedó nuevamente en la obscuridad y no podían encontrarlo.

González echaba maldiciones buscando al hombre que quería matar, y el capitán le gritaba que tuviera cuidado, y no fuera a clavar su espada equivocadamente en alguno de los soldados. Los demás soldados andaban como locos dando vueltas por el cuarto; en esos momentos llegó un soldado con otra antorcha.

La pistola del Zorro se dejó oír, y la antorcha cayó de la mano del soldado. El bandolero saltó hacia adelante y la apagó a pisotones, retrocediendo nuevamente a la obscuridad. Cambiaba de posición constante y rápidamente, y escuchaba con mucha atención la respiración de sus enemigos para saber exactamente en dónde estaban.

—¡Agarren al bribón! —gritó el comandante—. ¿Cómo es posible que un

hombre se burle de todos ustedes?

Y dejó de hablar súbitamente, pues el Zorro lo había agarrado por detrás tapándole la boca. La voz del Zorro se dejó oír por entre el clamor.

—¡Soldados, aquí tengo a su capitán! Lo llevaré delante de mí y cerraré la puerta. Voy a atravesar el otro cuarto para salir a la calle. He disparado una pistola, pero su compañera está apuntando a la cabeza del capitán. Si alguno de ustedes me ataca, disparo y se quedan sin capitán.

El capitán sentía el frío acero sobre su cabeza, y les gritó a sus hombres que tuvieran cuidado. El Zorro lo arrastró hasta la puerta, y se volvió de espaldas teniendo al capitán delante de él, mientras que González y los soldados los seguían tan de cerca cómo podían, vigilando todos sus movimientos, con la esperanza de agarrarlo desprevenido.

El Zorro atravesó la sala grande del presidio y llegó a la puerta principal. Le preocupaban los hombres que estaban afuera, pues sabía que algunos habían cercado el edificio para cuidar las ventanas. En la puerta seguía ardiendo la antorcha y el Zorro alzó la mano y la apagó. Pero, a pesar de todo, se vería en gran peligro en cuanto saliera.

González y los soldados lo seguían de cerca, formando un semicírculo, esperando una oportunidad para echársele encima. González tenía una pistola en la mano, a pesar de que públicamente despreciaba tal arma, y esperaba el momento de disparar sin poner en peligro la vida de su capitán.

—¡Atrás, señores! —ordenó el bandolero—. Necesito más espacio para poder salir. Eso es, gracias. Sargento González, si no estuviéramos tan disparejos, me sentiría tentado a pelear con usted y desarmarlo nuevamente.

—¡Por todos los santos…!

—En alguna otra ocasión, mi sargento. ¡Y ahora, atención, señores! Me da pena decíroslo, pero no tenía más que una pistola. Lo que sentía el capitán en la base de su cráneo no era sino una hebilla de brida que recogí del suelo. ¿No les parece que es una broma muy buena? ¡Adiós, señores!

Súbitamente aventó al capitán hacia adelante, y se perdió en la obscuridad, hacia donde estaba su caballo. Todos los soldados lo seguían en masa; se veían relampaguear los disparos de las pistolas en la obscuridad y las balas le rozaban la cabeza. Oyeron la risa del Zorro que parecía venir con la brisa del mar.

LA CAZA QUE FRACASÓ

El Zorro obligó a su caballo a bajar por la difícil pendiente de la loma; la grava estaba suelta y un paso en falso sería desastroso. El sargento González era lo suficientemente valeroso y algunos de sus hombres lo siguieron; los otros galoparon a izquierda y derecha, con la idea de interceptar el paso del fugitivo cuando llegara abajo y diera vuelta.

Pero el Zorro se les anticipó y tomó la vereda de San Gabriel a todo galope, mientras los soldados lo seguían, gritando y disparando de vez en cuando una pistola, gastando inútilmente balas y pólvora, pues ni capturaban ni herían al bandolero.

Al poco rato salió la luna. El Zorro lo había previsto y sabía que la huida sería más difícil. Pero su caballo estaba fresco y fuerte, mientras que los de los soldados estaban fatigados por la dura jornada de ese día, de manera que aún le quedaban esperanzas.

Unos minutos más tarde, sus perseguidores podían distinguirlo claramente, y el Zorro oía los gritos del sargento instando a sus hombres para que hicieran correr a sus caballos a toda velocidad, para poder efectuar la captura. Echó un vistazo hacia atrás y vio que los soldados se estaban esparciendo para formar una hilera, y los caballos más frescos se adelantaban a los otros.

Así cabalgaron durante cinco millas; los soldados se conservaban a la misma distancia, pero no adelantaban. El Zorro estaba seguro de que sus caballos se debilitarían pronto, mientras que el corcel que él cabalgaba ni siquiera daba señales de fatiga aún, y se les adelantaría mucho. Solo había un pequeño detalle que le molestaba: hubiera querido ir en dirección contraria.

Por este lado, las montañas se elevaban bruscamente a ambos lados del camino, de manera que no podía hacerse a un lado para hacer un gran círculo; ni había otras veredas que tomar; y si trataba de hacer subir a su caballo, tendría que irse muy despacio y los soldados se le acercarían lo bastante para dispararle y quizá herirlo.

Así las cosas, siguió cabalgando hacia el frente, ganando un poco de terreno de vez en cuando. Conocía una vereda que torcía a la derecha dos millas más adelante, en el valle; siguiéndola, llegaría a un terreno más elevado y podría regresar sobre sus mismos pasos para despistarlos.

Ya había recorrido una milla cuando se acordó de que había rumores de un derrumbe que había ocurrido a raíz de una lluvia torrencial que cerraba la vereda; de manera que aunque llegara allí, no podría seguir ese camino; entonces le vino una idea por demás atrevida.

Al llegar a una ligera elevación del terreno echó otro vistazo hacia atrás y vio que los soldados no venían de dos en dos, sino que cabalgaban cada uno por su lado, esparcidos, y había bastante distancia entre cada uno. Esto saldría muy bien de acuerdo con su plan.

Se lanzó a una parte donde doblaba el camino y detuvo a su caballo. Volvió la cabeza del animal hacia dónde venían los soldados y se inclinó en la silla para escuchar. Cuando oyó el ruido de los cascos de su perseguidor más cercano, sacó su espada, se enredó los frenos en la muñeca izquierda y de pronto clavó las espuelas cruelmente a su caballo.

El animal que montaba no estaba acostumbrado a semejante trato, y nunca había siquiera sentido las espuelas de su amo cuando iban a galope y este quería ir a mayor velocidad. El caballo brincó como un rayo y se arrojó a la curva cual potro salvaje, cayendo sobre el enemigo del Zorro.

—A un lado —gritó el Zorro.

El hombre cayó a tierra fácilmente, sin darse cuenta de que era el bandolero el que regresaba; en cuanto se cercioró, empezó a dar la voz de alarma a sus compañeros, pero aquellos no le entendían debido al ruido de los cascos.

El Zorro se lanzó sobre el segundo adversario, chocó su espada con él, y siguió cabalgando. Se arrojó a otra curva, lanzando a otro soldado fuera del camino. El Zorro se abalanzó hacia el siguiente, pero le falló el truco. Se alegró de que su adversario también hubiera fallado.

Entonces ya no le quedaba sino el camino recto que seguir; sus adversarios galopaban tras él, semejando puntos sobre un listón. Los pasó a todos como maniático, repartiendo cuchilladas a diestra y siniestra. El sargento González, que venía hasta atrás porque su caballo estaba muy cansado, se dio cuenta de lo que ocurría y empezó a gritarles a sus hombres. De pronto le pareció que un rayo había fulminado a su caballo, y él cayó al suelo.

El Zorro había pasado por entre ellos y había escapado. Empezaron a perseguirlo nuevamente, el sargento a la cabeza, profiriendo maldiciones. Solo que esta vez iban más lejos de él que antes.

El Zorro adoptó un paso más lento, ya que sabía que podría guardar su distancia, y se dirigió a la primera vereda, por la cual se fue. Se encaminó hacia un terreno más elevado y miró hacia atrás para ver a sus perseguidores galopando por la montaña, perdiéndose en la distancia, pero todavía decididos a capturarlo.

—¡Qué buen truco! —le dijo a su caballo—, pero no debemos hacerlo muy a menudo.

Pasó por la hacienda de un amigo del gobernador, y tuvo una idea: no sería remoto que González viniera aquí para conseguir caballos frescos para él y sus hombres.

Y tenía razón. Los soldados se lanzaron a la calzada, y los perros empezaron a aullar dándoles la bienvenida. El amo de la hacienda salió a la puerta, alumbrándose con un candelero.

—¡Andamos cazando al Zorro! —gritó González—. ¡En nombre del gobernador! Denos caballos frescos.

El amo llamó a los criados, y González y sus hombres se dirigieron con presteza al corral. Había allí unos caballos magníficos, casi tan finos como el que llevaba el bandolero, y todos estaban frescos. Rápidamente los soldados quitaron las sillas y las bridas de sus fatigados caballos, colocándolas sobre los corceles frescos. Inmediatamente se lanzaron a la vereda para reanudar la persecución. El Zorro les llevaba bastante ventaja, pero no había más que una vereda por donde irse, y podrían alcanzarlo.

A tres millas de allí, en la cima de una loma, había una finca que un rico hacendado sin herederos había donado a la misión de San Gabriel. El gobernador los había amenazado con expropiárselas, pero no lo había podido hacer, pues los franciscanos de San Gabriel tenían fama de saber proteger sus propiedades con firmeza.

El encargado de la hacienda era un tal fray Felipe, un miembro de la orden ya entrado en años. Bajo su dirección, los neófitos habían convertido la finca en un negocio muy productivo. Criaban ganado y enviaban grandes cantidades de pieles, sebo, miel, frutas y vino a las tiendas.

González sabía que esta vereda llevaba a la hacienda, y que un poco más adelante había otra vereda que se bifurcaba; una parte iba a San Gabriel y la otra a Reina de los Ángeles, aunque era esta una ruta más larga.

Si el Zorro pasaba de largo por la hacienda, era lógico pensar que tomaría la vereda que iba hacia el pueblo, ya que si hubiera querido ir a San Gabriel hubiera seguido el camino por donde iba o dar vuelta y cruzarse con los soldados, arriesgando su pellejo.

Pero dudaba que el Zorro pasara de largo. Todo el mundo sabía que trataba con mucha dureza a aquellos que perseguían a los frailes, y era de creerse que todos los franciscanos le tuvieran cariño y estuvieran dispuestos a ayudarlo.

Los soldados se acercaron a la hacienda y no vieron ninguna luz encendida. González los detuvo al principio de la calzada, para escuchar, aunque en vano, algún ruido del Zorro. Se apeó para inspeccionar el camino polvoriento, pero no pudo distinguir si algún jinete acababa de pasar para

entrar en la casa.

Dio algunas órdenes, y los soldados se separaron rápidamente. La mitad se quedó con el sargento y los otros rodearon la casa, buscando al mismo tiempo en las chozas de los indígenas y en los establos.

El sargento González se metió a la calzada con los hombres que habían permanecido con él; obligó a su caballo a subir por los escalones de la terraza, para demostrar el poco respeto que le merecía el lugar, y llamó a la puerta con la empuñadura de su espada.

17

EL SARGENTO GONZÁLEZ ENCUENTRA A UN AMIGO

A los pocos minutos se vio una luz por la ventana, y la puerta se abrió de par en par. Fray Felipe apareció por ella, llevando una vela en la mano. Era un hombre corpulento, de unos sesenta y cinco años, pero que denotaba haber sido muy fuerte en su juventud.

—¿Qué ruido es este? —preguntó con voz profunda—. ¿Y por qué sube usted su caballo a mi terraza, hijo del diablo?

—Andamos a caza del Zorro, fraile; del hombre que llaman la maldición de Capistrano —dijo González.

—¿Y esperan ustedes encontrarlo en esta humilde casa?

—Se han visto cosas más extrañas. ¡Contésteme, fraile! ¿No ha oído galopar a un jinete hace unos minutos?

—No he oído nada.

—¿Y no ha venido el Zorro por aquí últimamente?

—No conozco a ese hombre.

—Pero ha oído hablar de él, sin duda.

—He oído decir que ayuda a los oprimidos, que castiga a los explotadores, y que azota a los salvajes que golpean a los indígenas.

—Usa usted un lenguaje muy liberal, fraile.

—Hablar con sinceridad, es parte de mi naturaleza, soldado.

—Se meterá usted en dificultades con el gobierno, mi querido franciscano.

—No temo a los políticos, soldado.

—No me gusta el tono en que me habla, fraile. Soy capaz de apearme y darle una muestra de mis latigazos.

—¡Señor! —gritó fray Felipe—. ¡Quítame diez años de encima, y lo arrastro por el suelo!

—Eso habría que verlo. Pero dejemos eso y vamos al objeto de nuestra visita. ¿No ha visto a un demonio enmascarado que lleva el nombre de «El Zorro»?

—No lo he visto, soldado.

—Haré que mis hombres registren su casa.

—¿Duda usted de mi palabra? —gritó fray Felipe.

—Mis hombres tienen que hacer algo para entretenerse. Lo pueden hacer registrando la casa. ¿No tiene nada que esconder?

—Conociéndolos como los conozco, sería bueno esconder el vino —dijo fray Felipe.

El sargento González profirió una maldición, y echó pie a tierra. Los demás hicieron lo propio y un soldado bajó el caballo del sargento de la terraza y se quedó cuidándolo.

González se quitó los guantes, metió la espada en su funda, e irrumpió en la casa; los soldados lo seguían y fray Felipe entró con él protestando por la intrusión.

En un rincón del cuarto estaba un sillón, del cual se levantó un hombre, colocándose dentro del radio de luz que proyectaba el candelero.

—¡Tan cierto como que tengo ojos, es mi amigo el ronco! —gritó.

—¡Don Diego! ¿Usted aquí? —preguntó sorprendido González.

—He estado en mi hacienda atendiendo algunos asuntos y vine a pasar la noche con fray Felipe, quien me ha conocido desde que nací. ¡Qué tiempos más turbulentos! Yo creía que siquiera aquí en esta hacienda, que está algo retirada, podría descansar por algún tiempo en paz sin oír hablar de sangre y violencia. Pero ya veo que no es posible. ¿Qué no habrá algún lugar en esta tierra en donde pueda un hombre meditar y consultar a los músicos y a los poetas?

—¡Pamplinas! —gritó González—. Don Diego, usted es mi amigo de verdad y un caballero. Dígame, ¿no ha visto al Zorro esta noche?

—No, mi sargento.

—¿No lo oyó pasar aquí?

—No. Pero es posible que pase alguien y que no se oiga nada dentro de la casa. Fray Felipe y yo hemos estado platicando, y nos íbamos a retirar precisamente cuando llegaron ustedes.

—¡Entonces el bribón ya pasó y se fue al pueblo por la vereda! —dijo el sargento.

—¿Lo venían siguiendo?

—¡Y cómo! ¡Veníamos sobre sus talones, caballero! Pero al llegar a una curva nos encontramos con unos veinte hombres de su banda. Nos atacaron tratando de dispararnos, pero los batimos y seguimos tras el Zorro. Logramos separarlo de sus hombres para continuar la persecución.

—¿Dice usted que tiene muchos hombres?

—Una veintena; aquí están mis hombres de testigos. ¡Es una mala espina para mis soldados, pero he jurado agarrarlo!

Y cuando me lo encuentre cara a cara…

—¿Me lo contará después? —preguntó Don Diego frotándose las manos —. ¿Me hará un relato de cómo se burló de él mientras peleaban, y cómo jugó con él, lo arrinconó y lo atravesó…?

—¡Por todos los santos! ¿Se burla usted de mí, caballero?

—Es una broma, mi sargento. Y ya que nos entendemos tan bien, tal vez fray Felipe les obsequie un tarro de vino a usted y a sus hombres. Después de una caza como la que hicieron, deben de estar muy cansados.

—Nos caería muy bien —dijo el sargento.

En esos momentos entró el cabo para informar que ya habían registrado todas las chozas y los establos, así como el corral, sin haber encontrado la menor huella del Zorro o de su caballo.

Fray Felipe les sirvió el vino, aunque con alguna renuencia, y se veía a las claras que lo hacía solo por complacer a Don Diego.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora, mi sargento? —preguntó Don Diego, una vez que les habían servido a todos—. ¿Va usted a andar de cacería eternamente por toda la región, levantando todo este alboroto?

—Es evidente que el bribón ha regresado a Reina de los Ángeles, caballero —respondió el sargento—. Se cree muy listo, sin duda, pero ya sé cuál es su plan.

—¡Ah! ¿Y cuál es?

—Pasará a un lado de Reina de los Ángeles y se irá por la vereda de San

Luis Rey. Sin duda, se tomará un descanso para despistamos, y seguirá su viaje hasta los alrededores de San Juan Capistrano. Allí es donde comenzó su carrera criminal, y por eso mismo lo llaman la maldición de Capistrano. Sí, se irá a Capistrano.

—¿Y los soldados? —preguntó Don Diego.

—Lo seguiremos con toda calma. Nos iremos para allá, y en cuanto tengamos noticia de su próxima fechoría, estaremos bien cerca de él y no en el presidio del pueblo. Encontraremos huellas frescas, y nos será muy fácil ir en su persecución. No tendremos descanso hasta que lo capturemos, vivo o muerto.

—Y tendrá usted su recompensa —añadió Don Diego.

—Así es, caballero. La recompensa me caerá de perlas. Pero también quiero vengarme. El maldito me desarmó una vez.

—¡Ah, sí! ¿Aquella vez que le apuntó la pistola a la cara y lo obligó a que peleara, pero no demasiado bien?

—Exactamente, mi buen amigo. Vaya que si tengo asuntos pendientes con él.

—¡Qué tiempos! —Don Diego suspiró—. Cómo quisiera que terminaran de una vez. Ya no puede uno dedicarse a la meditación. Hay momentos en que quisiera irme muy lejos, a las montañas, a donde no haya ningún ser viviente, solo víboras de cascabel y coyotes, y quedarme allí varios días. Solo así se puede meditar.

—¿Meditar para qué? —gritó González—. ¿Por qué mejor no deja de pensar y se vuelve hombre de acción? ¡Qué hombre sería usted, caballero, si dejase que sus ojos centellearan de vez en cuando, y peleara un poco, y mostrara sus dientes una que otra vez! Lo que usted necesita es hacerse de unos cuantos enemigos.

—¡Líbreme Dios! —gritó Don Diego.

—Es cierto, caballero. ¡Sostenga algunos duelos, hágale el amor a una señorita, emborráchese! ¡Despierte a la vida y vuélvase hombre!

—¡Por vida de mi alma! Casi logra usted convencerme, mi sargento. Pero no, no soportaría semejante esfuerzo ni podría correr esos riesgos.

González refunfuñó algo bajo sus bigotazos, y se levantó de su asiento.

—No me simpatiza usted mucho, fraile, pero le doy las gracias por el vino, que está excelente —dijo—. Debemos continuar nuestro viaje. Los deberes de un soldado no terminan hasta que muere.

—¡No hable usted de viajes! —gritó Don Diego—. Yo tendré que emprender uno al amanecer. He terminado mis asuntos en la hacienda, y regreso al pueblo.

—Permítame desearle que sobreviva semejante penalidad —dijo el sargento González.

18

DON DIEGO REGRESA

Lolita tuvo que contar a sus padres, naturalmente, lo que había ocurrido durante su ausencia, ya que el mayordomo lo sabía y se lo diría a Don Diego a su regreso. Lolita era lo suficientemente inteligente para saber que es mucho mejor ser la primera en dar explicaciones.

Había enviado al mayordomo por vino, de manera que aquel no se había enterado de la escena amorosa que había tenido lugar, y ella le había dicho tan solo que el Zorro se había ido a toda prisa, lo cual era lógico, ya que lo andaban persiguiendo los soldados.

De manera que Lolita les dijo a sus padres que el capitán Ramón había estado allí durante su ausencia; que a pesar de la insistencia del mayordomo de que no podía entrar porque la señorita estaba sola, había logrado penetrar al salón para hablar con ella. Tal vez había bebido demasiado, o no se sentía bien a causa de su herida, explicó Lolita, pero se portó en una forma por demás atrevida, haciéndole la corte de manera repugnante, y finalmente quiso obligarla a que le diera un beso.

En ese momento, dijo Lolita, el Zorro salió de un rincón de la sala (cómo había llegado hasta allí, no lo sabría decir), y obligó al capitán Ramón a pedirle perdón, sacándolo después de la casa a puntapiés. Después (y aquí omitió parte de los hechos) el Zorro se había despedido haciendo una reverencia muy cortés, y había desaparecido.

Don Carlos quería tomar su espada para ir inmediatamente al presidio a retar al capitán Ramón a un duelo a muerte; pero doña Catalina estaba más calmada, y lo hizo ver que con eso solo lograría que todo el mundo se enterara de que su hija había sido ofendida, y también perjudicaría aún más su situación si se llegara a saber que Don Carlos Pulido había sostenido un duelo con un oficial del ejército; por si fuera poco, Don Carlos ya estaba entrado en años y probablemente el capitán lo mataría al iniciarse el duelo. Doña Catalina se quedaría viuda, lo cual, naturalmente, no deseaba.

Don Carlos empezó a pasearse por el salón como león enjaulado, muy inquieto y encolerizado. Hubiera deseado tener diez años menos, o ser poderoso otra vez; se prometía que en cuanto su hija se casara con Don Diego y él estuviera en buenas condiciones, haría que degradaran al capitán Ramón.

En su recámara, Lolita escuchaba los desvaríos de su padre, y pensaba en el problema que tenía encima. Desde luego que ya no podría casarse con Don Diego. Había entregado su amor y sus labios a otro, a un hombre cuya cara nunca había visto, un bandido perseguido por los soldados, y había hablado con sinceridad cuando le había dicho que una Pulido solo amaba una vez.

Trataba de explicárselo todo a sí misma, diciendo que había sido un impulso generoso el que la había forzado a ofrecerle sus labios al hombre; pero pensó que no era cierto, que su corazón se había conmovido desde la primera vez que él le habló en la hacienda de su padre a la hora de la siesta.

No estaba preparada para decirles a sus padres nada acerca del amor que había entrado en su vida, pues era muy dulce guardar el secreto; y además, le aterrorizaba la idea de escandalizarlos, y temía que su padre la mandara lejos, donde tal vez nunca volvería a ver al Zorro.

Miró por la ventana a la plaza, y vio a Don Diego que se acercaba. Cabalgaba lentamente, como si estuviera sumamente fatigado, y sus dos criados indígenas lo seguían un poco más atrás.

Algunos hombres lo saludaban a medida que se acercaba a la casa, y él les contestaba moviendo la mano lánguidamente. Se apeó muy despacio; uno de los criados le sostuvo la espuela, lo ayudó a bajar y le sacudió el polvo de la ropa. Don Diego se dirigió a la puerta.

Don Carlos y su esposa se levantaron para recibirlo, radiantes, ya que la noche anterior habían sido aceptados nuevamente en sociedad, por ser huéspedes de Don Diego.

—Siento mucho no haber estado aquí cuando llegaron —dijo Don Diego —, pero confío en que hayan estado a su gusto en mi pobre casa.

—¡Más que a gusto en este magnífico palacio! —exclamó Don Carlos.

—Pues han sido ustedes muy afortunados, porque solo el cielo sabe todas las incomodidades por las que yo he pasado.

—¿Cómo así, Don Diego? —preguntó doña Catalina.

—En cuanto terminé mi trabajo en la hacienda, me fui a la casa de fray Felipe para pasar una noche tranquila. Pero ya que íbamos a retirarnos, oímos un tumulto afuera; y entraron el sargento González y sus hombres. ¡Andaban persiguiendo al Zorro, pero se les perdió en la obscuridad!

En el cuarto contiguo, una delicada doncella dio gracias al cielo.

—Estamos viviendo una época muy turbulenta —continuó Don Diego, suspirando y limpiándose el sudor de la frente—. Haciendo gran barullo, se quedaron los soldados con nosotros más de una hora y después continuaron la caza. Y claro, con todo lo que dijeron de horror y violencia, tuve una pesadilla espantosa y no descansé nada. Y por la mañana tuve que continuar el viaje hasta acá.

—Qué momentos tan difíciles está usted pasando, caballero —dijo Don Carlos—. El Zorro estuvo aquí, en su casa, antes de que lo persiguieran los soldados.

—¿Qué es lo que oigo? —gritó Don Diego, enderezándose en su asiento y delatando su interés.

—Sin duda vino a robar, o a secuestrarlo a usted para pedir rescate —dijo doña Catalina—. Pero no creo que se haya robado nada. Don Carlos y yo habíamos salido a visitar a unos, amigos, y Lolita estaba aquí sola. Hay… hay algo desastroso que debemos decirle.

—Siga usted, se lo ruego —dijo Don Diego.

—Durante nuestra ausencia, vino el capitán Ramón, comandante del presidio. Se le informó que habíamos salido, pero forzó su entrada y se portó de una manera detestable con Lolita. El Zorro entró y obligó al capitán a pedirle perdón y después lo echó de la casa.

—¡Bueno, eso es lo que se llama un bandido gentil! —exclamó Don Diego —. ¿Ha sufrido mucho Lolita a causa del incidente?

—No, nada —dijo doña Catalina—. Ella opina que tal vez el capitán había bebido demasiado. La llamaré.

Doña Catalina fue a la puerta de la recámara y llamó a su hija. Lolita entró al salón y saludó a Don Diego.

—Me siento apenadísimo de saber que recibió usted una ofensa en mi casa —dijo Don Diego—. Pensaré bien en este asunto.

Doña Catalina hizo una seña a su esposo, y ambos se fueron a sentar al otro extremo del salón para que la joven pareja pudiera quedarse un poco a solas; esto complació a Don Diego, pero no así a Lolita.

19

EL CAPITÁN RAMÓN SE DISCULPA

—¡El capitán Ramón es una bestia! —dijo Lolita en voz baja.

—Es un tipo que no vale la pena —asintió Don Diego.

—Él… es decir… trató de besarme —dijo ella.

—Y usted no se lo permitió, desde luego.

—¡Señor!

—Yo… ¡Caramba!, no quise decir eso. Desde luego que no lo dejó. Espero que lo haya usted abofeteado.

—Así fue —dijo Lolita—. Y entonces quiso luchar conmigo, y me dijo que no fuera tan remilgosa, ya que no era sino la hija de un hombre que había caído de la gracia del gobernador.

—¡Vamos, pero qué bruto más endemoniado!

—¿Es todo lo que tiene usted que decir, caballero?

—No puedo decir malas palabras delante de usted, señorita.

—¿Pero es que no comprende usted? Ese hombre entró en su casa, y ofendió a la mujer a quien usted ha pedido por esposa.

—¡Maldito bribón! La próxima vez que vea al gobernador le pediré que lo traslade lejos de aquí.

—¡Ay! —gritó Lolita—. Pero ¿no, tiene usted bríos? ¿Hacer que lo trasladen? Si fuera usted un hombre formal, Don Diego, iría al presidio, le pediría cuentas al capitán Ramón, y lo mataría; después llamaría a todo el mundo para decirles que nadie insulta a la doncella a quien usted admira, sin pagar las consecuencias.

—Pero es que sostener un duelo significa un esfuerzo tan grande —dijo—. No hablemos de violencias. Tal vez vea yo al capitán para reprocharle su actitud.

—¡Reprocharle! —gritó Lolita.

—Hablemos de otra cosa, señorita. Hablemos del asunto que estuvimos tratando el otro día. Muy pronto me volverá a preguntar mi padre sobre mi matrimonio. ¿No podremos arreglar esto en alguna forma? ¿Ha pensado usted en la fecha?

—No he dicho que me casaré con usted —respondió ella.

—¿Para qué lo posponemos? —preguntó él—. ¿Ha visto usted mi casa? Le haré lo que usted quiera, se lo aseguro. La podrá amueblar a su gusto, pero le ruego que no la cambie demasiado, porque me disgusta el desorden. Tendrá

usted una carroza nueva y todo lo que desee.

—¿Es así como hace usted la corte? —preguntó Lolita, mirándolo de reojo.

—¡Qué fastidioso es cortejar! —dijo él—. ¿Tengo que tocar la guitarra y pronunciar bellos discursos? ¿No puede usted darme su respuesta sin pasar por todas esas tonterías?

Lolita estaba comparando a este hombre con el Zorro, y decididamente la comparación no le hacía ningún favor a Don Diego. Ya quería terminar con esta farsa, y no volver a ver a Don Diego… solo al Zorro.

—Tengo que hablarle con franqueza, caballero —le dijo—. He buscado bien en mi corazón, y sé que no siento amor por usted. Me apena, pues sé lo que este matrimonio significaría para mis padres, y aun para mí, desde el punto de vista económico. Pero no puedo casarme con usted, Don Diego, y es inútil que me lo pida.

—¡Bueno, por todos los santos! Yo creía que ya estaba todo casi arreglado —dijo Don Diego—. ¿Ha oído usted, Don Carlos? Su hija dice que no puede casarse conmigo, que su corazón no se lo permite.

—¡Lolita, vete a tu recámara! —exclamó doña Catalina.

La chica obedeció de mil amores. Don Carlos y su esposa se apresuraron a sentarse junto a Don Diego.

—Me temo que no comprenda usted a las mujeres, amigo mío —dijo Don Carlos—. Nunca hay que tomar su respuesta como definitiva. Son muy volubles y cambian de opinión con facilidad. Les gusta traer a los hombres bailando como títeres; dejarlos helados con un desprecio y después ardiendo de pasión. Déjela que haga sus caprichos, amigo. Estoy seguro de que el triunfo será suyo.

—¡Pero no comprendo! —gritó Don Diego—. ¿Qué hago ahora? Le dije que le daría todo lo que su corazón anhelara.

—Me imagino que su corazón anhela amor —dijo doña Catalina, con verdadera sapiencia femenina.

—Desde luego que la amaré y la protegeré. ¿O no es eso lo que prometen los hombres en la ceremonia? ¿Rompería su palabra un De la Vega en algo tan sagrado?

—Muéstrese usted apasionado —dijo Don Carlos.

—¡Pero es tan fastidioso…!

—Algunas palabras dulces, tomarle la mano de vez en cuando, uno que otro suspiro, una mirada lánguida…

—¡Pamplinas!

—Es lo que toda doncella espera. No hablen de matrimonio en algún tiempo… deje que se acostumbre a la idea.

—Pero mi augusto padre puede llegar cualquier día al pueblo para preguntarme cuándo me caso. En realidad, me ha ordenado que lo haga.

—Sin duda que su padre comprenderá —dijo Don Carlos—. Dígale que doña Catalina y yo estamos de parte de usted, y que, además, le place mucho tratar de conquistar el corazón de Lolita.

—Creo que deberíamos regresar a la hacienda mañana —dijo doña Catalina—. Lolita ya ha visto su magnífica residencia, y seguramente que la va a comparar con la nuestra. Comprenderá lo que significa el matrimonio con usted. Además, hay un adagio muy viejo que dice que cuando un hombre y una doncella están lejos el uno del otro, se encariñan más.

—No quisiera que se fueran ustedes tan pronto.

—Dadas las circunstancias, creo que es lo mejor. Vaya usted por allá dentro de unos tres días, caballero, y estoy seguro de que la encontrará más dispuesta a escucharlo.

—Usted sabe mejor que yo lo que debo hacer —dijo Don Diego—. Pero deben ustedes quedarse aquí hasta mañana. Yo voy ahora mismo al presidio a ver al capitán Ramón. Creo que eso le gustará a Lolita. Ella opina que debo pedirle cuentas.

Don Carlos pensó que semejante cosa resultaría desastrosa para un hombre que no practicaba esgrima y no sabía nada de duelo, pero permaneció callado. Un caballero nunca debía expresar sus pensamientos en tales momentos. Aunque supiera que un hombre iba a la muerte segura, se le dejaba, siempre que aquel estuviera seguro de lo que estaba haciendo, y sucumbiera como debe morir todo caballero.

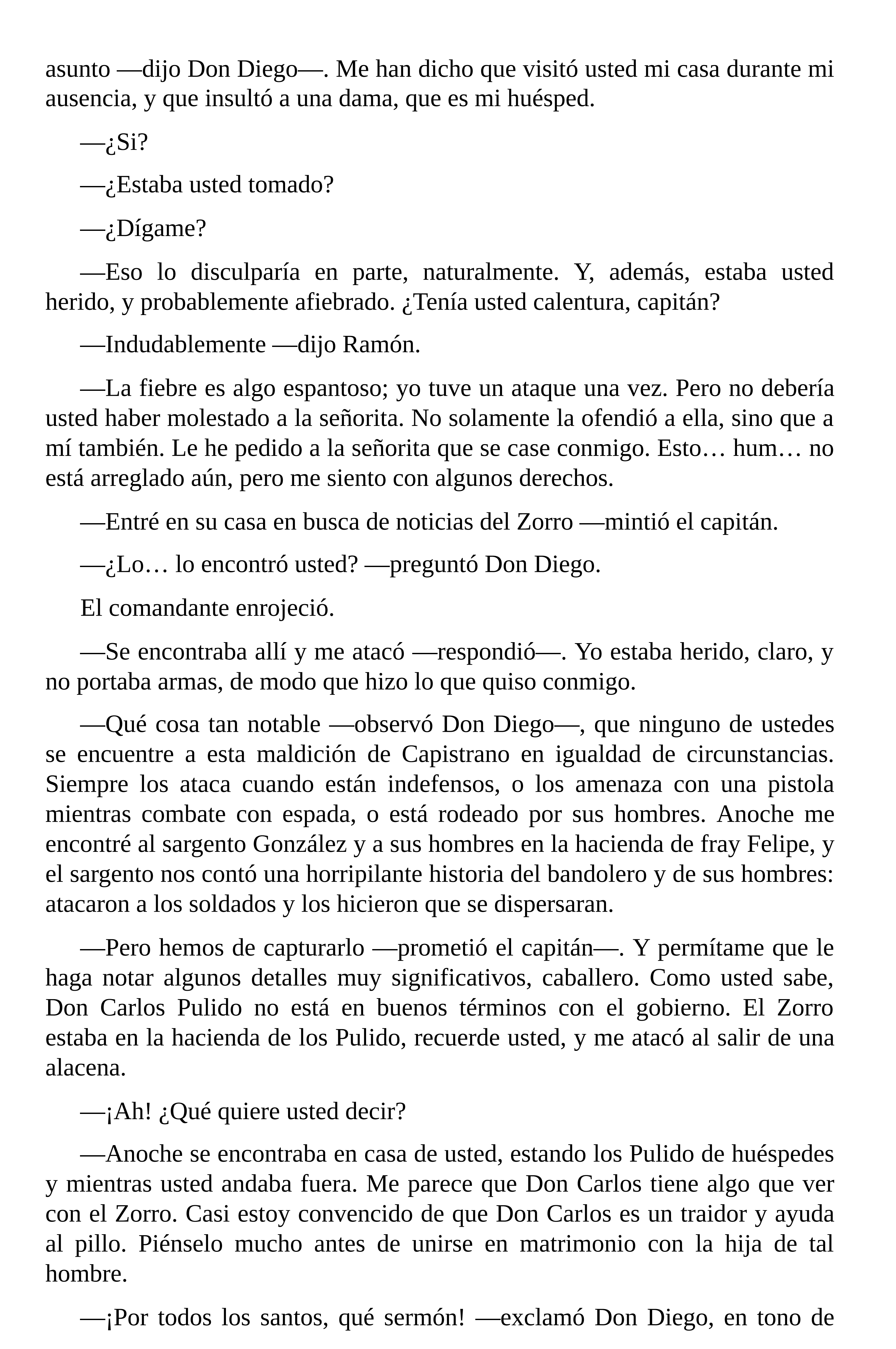
Don Diego salió de la casa y se fue caminando lentamente hacia el presidio. El capitán Ramón le vio venir, preguntándose cuál sería el motivo de su visita; al pensar en un duelo con Don Diego, murmuró algo entre dientes.

Pero lo recibió de la manera más cortés cuando entró a su oficina.

—Me siento orgulloso de recibirlo aquí —dijo, haciendo una profunda reverencia ante el vástago de los De la Vega.

Don Diego contestó el saludo, y se sentó en la silla que le ofreció el capitán Ramón. Este se quedó atónito al ver que Don Diego no portaba espada.

—Me vi obligado a subir por esta maldita loma para hablarle de cierto


asunto —dijo Don Diego—. Me han dicho que visitó usted mi casa durante mi ausencia, y que insultó a una dama, que es mi huésped.

—¿Si?

—¿Estaba usted tomado?

—¿Dígame?

—Eso lo disculparía en parte, naturalmente. Y, además, estaba usted herido, y probablemente afiebrado. ¿Tenía usted calentura, capitán?

—Indudablemente —dijo Ramón.

—La fiebre es algo espantoso; yo tuve un ataque una vez. Pero no debería usted haber molestado a la señorita. No solamente la ofendió a ella, sino que a mí también. Le he pedido a la señorita que se case conmigo. Esto… hum… no está arreglado aún, pero me siento con algunos derechos.

—Entré en su casa en busca de noticias del Zorro —mintió el capitán.

—¿Lo… lo encontró usted? —preguntó Don Diego.

El comandante enrojeció.

—Se encontraba allí y me atacó —respondió—. Yo estaba herido, claro, y no portaba armas, de modo que hizo lo que quiso conmigo.

—Qué cosa tan notable —observó Don Diego—, que ninguno de ustedes se encuentre a esta maldición de Capistrano en igualdad de circunstancias. Siempre los ataca cuando están indefensos, o los amenaza con una pistola mientras combate con espada, o está rodeado por sus hombres. Anoche me encontré al sargento González y a sus hombres en la hacienda de fray Felipe, y el sargento nos contó una horripilante historia del bandolero y de sus hombres: atacaron a los soldados y los hicieron que se dispersaran.

—Pero hemos de capturarlo —prometió el capitán—. Y permítame que le haga notar algunos detalles muy significativos, caballero. Como usted sabe, Don Carlos Pulido no está en buenos términos con el gobierno. El Zorro estaba en la hacienda de los Pulido, recuerde usted, y me atacó al salir de una alacena.

—¡Ah! ¿Qué quiere usted decir?

—Anoche se encontraba en casa de usted, estando los Pulido de huéspedes y mientras usted andaba fuera. Me parece que Don Carlos tiene algo que ver con el Zorro. Casi estoy convencido de que Don Carlos es un traidor y ayuda al pillo. Piénselo mucho antes de unirse en matrimonio con la hija de tal hombre.

—¡Por todos los santos, qué sermón! —exclamó Don Diego, en tono de

admiración—. Me da vueltas la cabeza. ¿Pero, usted cree realmente que así sea?

—Sí, lo creo, caballero.

—Bien, los Pulido regresan a su hacienda mañana, según creo. Yo solo les ofrecí mi casa con objeto de que no estuvieran cerca de donde el Zorro comete sus fechorías.

—Y el Zorro los siguió al pueblo. ¿Lo ve usted?

—¿Será posible? —exclamó Don Diego—. Tendré que pensar mucho en ello. ¡Ah! ¡Qué tiempos tan agitados! Pero regresan a su hacienda mañana. Desde luego que no quiero que su excelencia piense que protejo a un traidor.

Se levantó de su asiento, hizo una reverencia, y con pasos lentos caminó hacia la puerta. De pronto recordó algo y se volvió a ver al capitán.

—¡Ah! ¡Por poco me olvido de la ofensa! —exclamó—. ¿Qué me dice usted de lo de anoche?

—Desde luego, caballero. De la manera más humilde, le pido mil perdones —respondió el capitán Ramón.

—Me imagino que tendré que aceptar su disculpa. Pero, por favor, que no vuelva a suceder. Asustó usted mucho a mi mayordomo, y es un criado excelente.

Don Diego hizo otra reverencia y salió del presidio. El capitán rio a carcajadas un buen rato, tanto, que los enfermos del hospital creyeron que su capitán se había vuelto loco.

—¡Qué hombre! —exclamó el capitán—. Creo que lo he alejado de la señorita Pulido. Fue una tontería de mi parte insinuarle al gobernador que tal vez era un traidor. Tendré que rectificar ese error en alguna forma. ¡Este hombre no tiene suficiente energía para ser traidor!

20

DON DIEGO SE MUESTRA INTERESADO

La lluvia que había estado amenazando, no cayó ese día ni por la noche; a la mañana siguiente, el sol brillaba esplendoroso, el cielo estaba azul y por doquiera se percibía el perfume de las flores.

Poco después del desayuno, la carroza de los Pulido llegó a la puerta principal de la casa; Don Carlos, su esposa y su hija se dispusieron a partir

para su hacienda.

—Me desconsuela pensar que no habrá boda entre la señorita y yo —dijo Don Diego—. ¿Qué le diré a mi padre?

—No pierda usted las esperanzas, caballero —le aconsejó Don Carlos—. Tal vez cuando ya estemos de regreso en nuestra hacienda compare Lolita nuestra humilde morada con las riquezas de su casa, y cambie de opinión. Una mujer cambia de opinión tan a menudo como de peinado.

—Yo había pensado que para estas fechas ya estaría todo arreglado —dijo Don Diego—. ¿Usted cree que todavía haya esperanzas?

—Espero que sí —dijo Don Carlos, aunque lo dudaba al recordar los ojos de Lolita. Sin embargo, cuando llegaran a su casa se proponía hablarle muy seriamente, e incluso era posible que optara por insistir en su obediencia para escoger marido.

Se dijeron las palabras acostumbradas de cortesía, y la carroza emprendió la marcha con su caminar lento y pesado. Don Diego De la Vega entró nuevamente a la casa, triste y cabizbajo, como siempre que se tomaba la molestia de pensar.

Al poco rato decidió ir en busca de compañía; salió de la casa, cruzó la plaza y entró a la taberna. El posadero se apresuró a darle la bienvenida, lo guio a un sitio de preferencia junto a una ventana, y fue a traer vino sin que Don Diego tuviera que pedírselo.

Don Diego se pasó casi una hora mirando hacia la plaza, observando a los hombres y mujeres que iban y venían, a los indios que trabajaban afanosamente, y de cuando en cuando echaba un vistazo a la vereda que iba a San Gabriel.

A poco vio bajar, por esta misma vereda, a dos jinetes; entre los dos caballos caminaba un tercer hombre, y Don Diego vio que el hombre iba atado con cuerdas que iban de su cintura a las sillas de ambos jinetes.

—En el nombre de Dios, ¿qué es lo que tenemos aquí? —exclamó, levantándose de la banca y acercándose a la ventana para ver mejor.

—¡Ah! —le dijo el posadero sobre su hombro—. Debe ser el prisionero que llega.

—¿Prisionero? —dijo Don Diego, mirándolo inquisitivamente.

—Un indígena nos trajo la noticia hace rato, caballero. Otro fraile que cae en la red.

—¡Explícate, gordo!

—Ese hombre tendrá que presentarse inmediatamente ante el magistrado para que lo juzguen. Dicen que estafó a un comerciante en pieles y ahora tiene que pagar por ello. Quería que lo juzgaran en San Gabriel, pero no se lo permitieron, ya que por allá todos son partidarios de las misiones y de los frailes.

—¿Quién es él? —preguntó Diego.

—Lo llaman fray Felipe, caballero.

—¿Qué dices? Fray Felipe es un anciano y muy amigo mío. Anteanoche dormí en su hacienda.

—Sin duda que ha abusado de usted, caballero, como lo ha hecho con muchos otros —dijo el posadero.

Entonces sí mostró su interés Don Diego. A gran prisa salió de la taberna y se dirigió a la oficina del magistrado, que quedaba en una pequeña casa de adobe frente a la plaza. Los jinetes iban llegando en ese momento con el prisionero. Se trataba de dos soldados que habían estado de servicio en San Gabriel, y los frailes los habían tenido que alojar y alimentar en nombre del gobernador.

Era fray Felipe. Lo habían obligado a caminar durante todo el trayecto amarrado a las sillas de los soldados, y se veían indicios de que los jinetes habían galopado algunos trechos para probar la resistencia del fraile.

El hábito de fray Felipe estaba hecho jirones, cubierto de sudor y polvo. La gente empezó a rodearlos, mofándose de él, pero fray Felipe tenía la cabeza alta y se hacía el disimulado.

Los soldados desmontaron y lo obligaron a entrar a la oficina del magistrado; la gente se agrupó tratando de entrar. Don Diego vaciló un momento, y después dio unos pasos hacia la puerta.

—¡Abran paso, escoria! —gritó, y los indígenas lo dejaron pasar.

Entró escurriéndose por entre el gentío. El magistrado lo vio y le suplicó que se sentara en la primera fila. Pero Don Diego no tenía intenciones de sentarse.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó—. Este es fray Felipe, un religioso y mi amigo.

—Es un estafador —replicó uno de los soldados.

—Si lo es, entonces no podemos confiar en ningún hombre —dijo Don Diego.

—Todo esto es muy irregular, caballero —insistió el magistrado,

adelantándose—. Se ha dado preferencia a los cargos, y se juzgará aquí a este hombre.

Don Diego se sentó, y se reunió la corte.

El hombre que había presentado la queja tenía cara de malvado. Dijo que era comerciante en pieles y sebo, y que tenía una bodega en San Gabriel.

—Fui a la misión que dirige este fraile y le compré diez pieles —dijo—. Le pagué con moneda y llevé las pieles a mi bodega. Una vez allí me di cuenta de que no estaban bien curtidas; mejor dicho, estaban completamente echadas a perder. Regresé a la hacienda, se lo dije al fraile y le pedí que me devolviera mi dinero, pero él se rehusó.

—Las pieles estaban buenas —dijo fray Felipe—. Le dije que le devolvería su dinero cuando me trajera las pieles.

—Estaban podridas —dijo el comerciante—. Mi ayudante puede decirlo. Apestaban, y mandé que las quemara inmediatamente.

El ayudante asintió.

—¿Tiene algo que decir, fraile? —dijo el magistrado.

—No me serviría de nada —dijo, fray Felipe—. Ya me han declarado culpable y me han sentenciado. Si fuera yo adicto a un gobernador licencioso en lugar de ser un franciscano, las pieles hubieran estado buenas.

—¿Hablaba usted de traición? —gritó el magistrado.

—Digo la verdad.

El magistrado frunció el ceño y arrugó los labios.

—Ya ha habido demasiadas estafas —dijo por fin—. El hecho de que un hombre vista de hábito, no da derecho a robar impunemente. En este caso, considero que es necesario sentar un precedente para que sepan los frailes que no pueden abusar de su profesión. El fraile deberá pagar el precio de las pieles a este hombre. Por la estafa se le castigará con diez latigazos en la espalda, y cinco latigazos más por las palabras de traición que profirió. Esa es la sentencia.

21

LA FLAGELACIÓN

Los indígenas gritaron palabras burlonas y aplaudieron. Don Diego

palideció; por un instante se cruzó su mirada con la de fray Felipe, y en los ojos de este vio una total resignación.

Se desalojó la oficina, y los soldados se llevaron a fray Felipe al sitio de ejecución en el centro de la plaza. Don Diego vio al magistrado sonreír sarcásticamente y se dio cuenta de que el jurado había sido una farsa.

—¡Qué tiempos tan turbulentos! —dijo a un caballero conocido suyo que estaba junto a él.

Los soldados rasgaron el hábito de fray Felipe, y amarraron a este a un poste. Pero el fraile había sido un hombre muy fuerte en su juventud y todavía le quedaba algo en la vejez; de pronto pensó en la ignominia que tendría que soportar.

Súbitamente hizo a un lado a los soldados y se inclinó para recoger el látigo del suelo.

—¡Me han quitado el hábito! —gritó—. ¡Ahora soy un hombre, no un fraile! ¡A un lado, perros!

Chasqueó el látigo y le dio a un soldado en la cara y a dos indígenas que se abalanzaron sobre él. En un segundo, todo el gentío se le echó encima tirándolo al suelo, pateándolo y pegándole, haciendo caso omiso de las órdenes de los soldados.

Don Diego De la Vega se sintió impelido a actuar. A pesar de su carácter apacible, no podía dejar que trataran así a su amigo. Se lanzó al centro de donde estaba el gentío, gritando a los nativos que despejaran. En eso sintió que una mano le agarraba el brazo; se volvió y vio al magistrado.

—Estas cosas no son para un caballero —le dijo el juez en voz baja—. Se ha sentenciado al hombre con justicia. Si usted levanta una mano para ayudarlo, es como si la levantara en contra de su excelencia. ¿Ha pensado en eso, Don Diego De la Vega?

Evidentemente, Don Diego no lo había pensado. Al mismo tiempo se dio cuenta de que en nada podría ayudar a su amigo si se interponía en este momento. Asintió con la cabeza y se retiró de la escena.

Pero no llegó muy lejos. Los soldados habían apaciguado a fray Felipe y lo estaban amarrando al poste de flagelación. Esto era un insulto más, ya que dicho poste se usaba exclusivamente para los delincuentes más viles. El látigo voló por el aire, y Don Diego vio salir la sangre de la espalda desnuda de fray Felipe.

Volvió la cara para otro lado, pues no soportaba ver más. Pero podía contar los azotes por el zumbido que hacía el látigo al cortar el aire; fray Felipe, orgulloso pese a sus años, no emitía la menor queja, y Don Diego sabía que

moriría sin hacerlo.

Oyó las risas del populacho y volvió; la flagelación había terminado.

—El dinero deberá ser devuelto dentro de dos días, o se le darán quince azotes más —decía el magistrado.

Los soldados desataron a fray Felipe, y este cayó exánime al pie del poste. La muchedumbre se fue retirando poco a poco. Dos frailes que habían seguido a su hermano desde San Gabriel ayudaron a fray Felipe a levantarse. Don Diego De la Vega regresó a su casa.

—Mándame a Bernardo —le dijo a su mayordomo.

El mayordomo se mordió los labios para no reír y se fue a cumplir las órdenes de su amo. Bernardo era un criado indígena sordomudo a quien empleaba Don Diego en quehaceres especiales. Un minuto después entró al salón y se inclinó ante su amo.

—Bernardo, eres una joya —dijo Don Diego—. No hablas ni oyes, no sabes leer ni escribir, y no tienes la suficiente inteligencia para expresarte por medio de señas. Eres el único hombre en todo el mundo a quien puedo hablar sin que me responda con un sermón. No te burlas de mí cada vez que abro la boca.

Bernardo movió la cabeza como sí entendiera. Siempre lo hacía cuando se quedaban quietos los labios de Don Diego.

—Vivimos en una época muy turbulenta, Bernardo —continuó Don Diego —. Ya no hay ni un rincón en donde pueda meditar un hombre. Aun a casa de fray Felipe llegó un sargentote golpeando la puerta. ¡Qué situación para un hombre nervioso! Y la flagelación de fray Felipe… Bernardo, esperemos en Dios que el Zorro, que es el que castiga a los que obran injustamente, se entere de este asunto y proceda en alguna forma.

Bernardo volvió a mover la cabeza.

—Por mi parte, estoy metido en un buen lío —prosiguió Don Diego—. Mi padre me ha ordenado que me case, y la señorita que escogí no quiere ni verme. Mi padre me va a dar una buena. Bernardo, es tiempo que me vaya yo del pueblo por unos días. Iré a la hacienda de mi padre, a decirle que todavía no tengo con quien casarme, y pedirle que sea indulgente conmigo. Y allí, por las montañas que están detrás de la hacienda, espero encontrar un lugar en donde descansar y leer poesías un día entero sin que me molesten bandoleros, sargentos ni magistrados. Tú, Bernardo, me acompañarías, desde luego. A ti sí puedo hablarte sin que me interrumpas.

Bernardo movió la cabeza nuevamente. Ya había adivinado de lo que se trataba. Don Diego tenía la costumbre de hablarle así durante largo rato, y

después se iban de viaje. A Bernardo le gustaba mucho la idea, pues adoraba a Don Diego y le gustaba ir a la hacienda de su padre, donde lo trataban con mucha dulzura.

El mayordomo había estado escuchando en el otro cuarto, y dio las órdenes necesarias para que prepararan el caballo de Don Diego; él mismo sacó una botella de vino y agua para su amo.

Al poco rato salió Don Diego. Bernardo le seguía en una mula. Cuando iban por el camino se encontraron una pequeña carreta, junto a la cual caminaban dos franciscanos. En la carreta iba fray Felipe, tratando de contener sus quejidos.

Don Diego se apeó cuando se detuvo la carreta. Dio unos pasos y tomó las manos de fray Felipe.

—Pobre amigo mío —dijo.

—Otro caso de injusticia —dijo fray Felipe—. Veinte años hace que sufren esto las misiones, y cada vez es peor. Fray Junípero Serra invadió estas tierras cuando otros hombres no se atrevieron; en San Diego de Alcalá construyó la primera misión, y de allí se formó una cadena, dando así un imperio al mundo. Nuestro error consistió en extendernos demasiado y prosperar. Mientras nosotros trabajamos otros se llevan los frutos.

Don Diego asintió, y fray Felipe prosiguió:

—Empezaron por quitarnos las tierras de nuestras misiones, tierras que habíamos cultivado, que antes no eran más que montes y que mis hermanos transformaron en jardines y huertos. Nos despojaron de nuestros bienes seculares. Y por si fuera poco, ahora nos persiguen. El imperio de las misiones está condenado a muerte, caballero. No tardaremos en ver caer desmoronadas las misiones. Algún día la gente verá las ruinas y se preguntará qué pasó. Y a nosotros no nos queda sino resignarnos. Es uno de nuestros principios. Me olvidé de ello por un momento al tomar el látigo y azotar a un hombre. Nuestro sino es resignarnos.

—A veces —musitó Don Diego— me gustaría ser un hombre de acción.

—Es usted comprensivo, amigo mío, y eso vale oro. Una acción mal expresada es peor que una que no se expresa. ¿Adónde va usted?

—A la hacienda de mi padre, amigo mío. Debo pedirle perdón humildemente y suplicarle que sea indulgente conmigo. Me ha ordenado que consiga una esposa, y se me ha hecho una tarea muy difícil de cumplir.

—Eso debería ser muy sencillo para un De la Vega. Cualquier doncella se sentiría orgullosa de llevar ese nombre.

—Tenía esperanzas de casarme con la señorita Lolita Pulido, pues me he enamorado de ella.

—¡Una doncella muy digna! Su padre también ha sido objeto de muchas injusticias. Si uniera usted su familia a la de ella, nadie se atrevería ya a molestarlo.

—Es verdad, fray Felipe, así es. Pero la señorita no quiere saber nada de mí —se quejó Don Diego—. Parece ser que no tengo bastantes bríos ni temple.

—Tal vez sea difícil complacerla. O quizá se esté haciendo la coqueta para turbarlo y para que su amor se vuelva más apasionado. A las mujeres les gusta atormentar a los hombres, caballero. Es su privilegio.

—Le enseñé mi casa del pueblo, le hablé de todas mis riquezas y le dije que le compraría una carroza nueva —dijo Don Diego.

—¿Le mostró usted su corazón, le habló de su amor, y le dijo que sería un esposo perfecto?

Don Diego lo miró con expresión de asombro, parpadeó, y se talló la barbilla, como cuando estaba muy intrigado.

—¡Pero qué tontería tan grande! —exclamó.

—¡Haga la prueba, caballero! Es probable que le de muy buenos resultados.

22

UN CASTIGO RÁPIDO

Los frailes siguieron por el camino recto. Fray Felipe dio la bendición a Don Diego y este dobló por otra vereda. Bernardo, el sordomudo, lo seguía muy de cerca, en su mula.

En el pueblo, el comerciante en sebo y pieles estaba en la taberna y era el centro de atracción. El posadero andaba ocupadísimo sirviéndole vino, pues el comerciante estaba pagando con parte del dinero que le había estafado a fray Felipe. El magistrado estaba gastando lo demás.

Se oían carcajadas estruendosas, pues alguien contaba cómo se había agachado fray Felipe a recoger el látigo, y cómo le había brotado la sangre de la espalda cuando lo azotaron.

—¡Ni un gemido! —dijo el comerciante en pieles y sebo—. ¡Es un coyote

muy valiente, este viejo! El mes pasado azotamos a otro en San Francisco y nos pedía clemencia a gritos; alguien nos dijo que había estado enfermo y estaba débil, y así debe haber sido. Muy resistentes, estos frailes. Pero es divertidísimo hacerlos aullar. ¡Más vino, posadero! ¡Es el dinero de fray Felipe!

Esto produjo bastantes risotadas, y el comerciante que había dado falso testimonio le arrojó una moneda a su asistente, diciéndole que se portara como un hombre y se comprara su propio vino. Acto seguido, el aprendiz compró vino para todos, y rio a pierna suelta cuando el posadero no le dio nada de cambio por su moneda.

—¿Acaso eres fraile tú también, y por eso escatimas las monedas? —preguntó al posadero.

Todos los presentes gritaron con gran regocijo, y el posadero, que le había robado cuanto había querido al asistente, rio maliciosamente y siguió atendiendo a sus clientes. Era un gran día para el gordo.

—¿Quién es ese caballero que se mostró tan bondadoso con el fraile? —preguntó el comerciante.

—Es Don Diego De la Vega —respondió el posadero—. ¿No ha oído usted hablar de la gran familia de los De la Vega, señor? El mismo gobernador procura sus favores. Si los De la Vega levantaran tan solo el dedo meñique, habría un levantamiento político en estas tierras.

—¿Es decir, que es un hombre peligroso? —preguntó el comerciante.

Un torrente de carcajadas fue la respuesta.

—¿Peligroso? ¿Don Diego De la Vega? —gritó el posadero, al que le corrían las lágrimas por las mejillas de tanto reír—. ¡Me mata usted! Don Diego no hace más que sentarse a tomar el sol y soñar. Nunca lleva espada, solo cuando quiere presumir. Se queja amargamente cuando cabalga unas cuantas millas. Don Diego es tan peligroso como una lagartija asoleándose. ¡Pero, a pesar de todo, es un caballero finísimo! —añadió apresuradamente el posadero, temeroso de que Don Diego se enterara de sus palabras, y no volviera a la taberna.

Ya casi estaba obscuro cuando el comerciante en pieles y sebo salió de la taberna con su asistente. Ambos rodaban al caminar, pues habían bebido demasiado.

Llegaron hasta la carreta en la que habían venido, se despidieron de todos los que estaban en la puerta de la taberna, y lentamente se fueron por la vereda de San Gabriel.

Hicieron su viaje muy pausadamente, bebiendo un porrón de vino que

habían comprado. Pasaron por la cima de la primera loma, y perdieron de vista a Reina de los Ángeles. Frente a ellos estaba solamente el camino que semejaba una enorme serpiente, las montañas cafés, y algunos edificios en la distancia, haciendas, seguramente.

Al doblar una curva, vieron a un jinete muy quitado de la pena parado en medio del camino, de tal forma que no podían pasar.

—¡Dele vuelta a su caballo, dele vuelta a la bestia! —gritó el comerciante en pieles y sebo—. ¿Quiere que pase por encima de usted?

El asistente pegó un grito de horror, y el comerciante miró atentamente al jinete. Abrió desmesuradamente la boca y se le saltaron los ojos.

—¡Es el Zorro! —exclamó—. ¡Por todos los santos! Es la maldición de Capistrano, aquí por San Gabriel. No me molestará, ¿verdad, señor? Soy pobre, no tengo dinero. Ayer mismo me estafó un fraile, y vine a Reina de los Ángeles a pedir justicia.

—¿Se la dieron? —preguntó el Zorro.

—El magistrado se portó muy bien, señor. Obligó al fraile a pagarme, pero no sé cuándo recibiré el dinero.

—¡Salga de la carreta, y su ayudante también! —ordenó el Zorro.

—Pero no tengo dinero… —protestó el comerciante.

—¡Fuera de la carreta los dos! ¿Tengo que decírselo dos veces? Muévanse, o mi plomo se alojará en sus huesos.

El comerciante vio que el bandolero tenía una pistola en la mano, y dio un alarido de terror; bajó de la carreta lo más aprisa que pudo, y su ayudante hizo lo mismo. Estaban en medio de la carretera, frente al Zorro, temblando de miedo, y el comerciante pedía misericordia.

—¡No traigo dinero aquí, buen bandolero, pero lo conseguiré! —gritó el comerciante—. Lo llevaré hasta donde usted me diga, cuando usted quiera…

—¡Silencio, bestia! —gritó el Zorro—. No quiero tu dinero, perjuro. Ya sé que el juicio de Reina de los Ángeles fue una farsa; tengo medios de enterarme de todo lo que pasa, y pronto. Conque el anciano fraile te estafó, ¿eh? ¡Mentiroso y ladrón! Tú eres el que lo estafaste. Y al pobre y santo anciano le dieron quince latigazos en la espalda por tus mentiras. Y tú y el magistrado irán a partes iguales con el dinero que le estafaste…

—Le juro por todos los santos…

—No jures. Ya has jurado demasiadas falsedades. Da un paso hacia adelante.

El comerciante obedeció, temblando como si estuviera enfermo; el Zorro se apeó rápidamente y caminó enfrente de su caballo. El ayudante estaba parado junto a la carreta, completamente pálido.

—¡Adelante! —ordenó otra vez el Zorro.

Nuevamente obedeció el comerciante; pero de pronto empezó a pedir clemencia, pues el Zorro había sacado de su capa un látigo para mulas y lo sostenía en la mano derecha; en la izquierda tenía la pistola.

—¡De espaldas! —ordenó entonces.

—¡Piedad, buen hombre! ¿Me va a pegar, aparte de robarme? ¿Sería capaz de azotar a un comerciante honrado a causa de un fraile ladrón?

Cayó el primer azote, y el comerciante dio un alarido de dolor. Tal parecía que el último comentario había infundido fuerzas al brazo del bandolero. Al sentir el segundo azote, el comerciante en pieles y sebo cayó de rodillas al suelo sobre el polvo del camino.

Entonces el Zorro se guardó la pistola en el cinto, avanzó unos pasos y alzando de los cabellos al comerciante con la mano izquierda, lo empezó a azotar en la espalda con el látigo de la mula, hasta que la chaqueta y la camisa del hombre se hicieron jirones y quedaron empapados de sangre.

—¡Esto para un perjuro que castiga a un fraile! —gritó el Zorro.

En seguida se dedicó al ayudante.

—Joven, no dudo que tú no hayas hecho sino obedecer las órdenes de tu amo al mentirle al magistrado —le dijo—, pero tengo que enseñarte a ser honrado y justo, cualesquiera que sean las circunstancias.

—¡Piedad, señor! —rugió el ayudante.

—¿No reíste cuando estaban azotando al fraile? ¿No estás borracho ahora porque has estado celebrando el castigo que recibió ese santo hombre por algo que no hizo?

El Zorro agarró al ayudante por la nuca, lo hizo girar, y le asestó un fuerte golpe a los hombros. El mozo gritó y empezó a sollozar. Recibió cinco azotes, pues el Zorro no quería dejarlo privado. Por último, arrojó al muchacho y enrolló el látigo.

—Esperamos que los dos hayan aprendido la lección —dijo—. Suban a la carreta y sigan su camino. ¡Y cuando platiquen esto, digan la verdad, porque si me entero de lo contrario los castigaré nuevamente! Que no sepa yo que han dicho que los sujetaban quince o veinte hombres mientras yo los azotaba.

El aprendiz saltó a la carreta, seguido por su amo; fustigaron a sus

animales y desaparecieron en medio de una nube de polvo, camino de San Gabriel. El Zorro los observó durante algunos minutos, se levantó la máscara para limpiarse el sudor de la cara y volvió a montar a su caballo, atando el látigo de la mula a la perilla de su montura.

23

MÁS CASTIGO

El Zorro cabalgó a todo galope hasta la cima de la montaña desde donde se divisaba el pueblo, y se detuvo allí un momento para contemplar la ciudad.

Ya era casi de noche, pero podía ver bastante bien para lo que se proponía. En la taberna ya ardían las velas; y de allí salía ruido de cantos y carcajadas. También en el presidio habían encendido las velas, y de algunas casas salían los aromas de distintos guisados.

El Zorro bajó la loma. Al llegar a la orilla de la plaza, metió espuelas a su caballo y se lanzó como un dardo a la puerta de la taberna, en donde estaban unos seis hombres, casi todos bastante tomados.

—¡Posadero! —gritó.

Ninguno de los hombres que se encontraban afuera le hicieron mucho caso, creyendo que se trataba de algún caballero que iba de viaje y quería refrescarse. El posadero salió apresuradamente, frotándose las manos, y se acercó al caballo. En ese momento vio que el jinete estaba enmascarado, y que le estaba apuntando con su pistola.

—¿Está allí dentro el magistrado? —preguntó el Zorro.

—¡Sí, señor!

—Quédate donde estás y grítale que venga. Dile que está aquí un caballero que quiere hablar con él de cierto asunto.

El posadero, presa del pánico, gritó que le avisaran al magistrado que saliera, y se corrió la voz. A los pocos momentos salió el magistrado, tambaleándose, gritando que quién era el que venía a interrumpirlo en sus ratos de placer.

Trastabillando llegó hasta donde estaba el caballo, y se recargó en él con una mano; alzó la vista y se encontró con dos ojos que despedían chispas mirándolo a través de una máscara. Abrió la boca para gritar, pero el Zorro lo calló a tiempo.

—Al menor ruido, se muere —le dijo—. He venido a castigarlo. Hoy sentenció usted a un santo hombre, que era inocente. Lo que es más, usted sabía que era inocente, y el juicio no fue sino farsa. Por orden suya lo azotaron. Pagará usted con la misma moneda.

—Se atreve…

—¡Silencio! —ordenó el bandolero—. ¡Ea, los que están en la puerta… vengan acá!

El grupo avanzó. Casi todos eran peones y creían que era un caballero que necesitaba algún servicio, por el cual les pagaría bien. No vieron la máscara en la obscuridad hasta que llegaron junto al caballo, y entonces ya era demasiado tarde para retroceder.

—Vamos a castigar a este magistrado por injusto —les dijo el Zorro—. Cinco de ustedes lo llevarán al poste que está en el centro de la plaza y lo atarán. El primero que flaquee recibirá un balazo de mi pistola, y me encargaré de los otros con la espada. Lo van a hacer, y rápido.

El magistrado comenzó a dar alaridos.

—Rían fuerte, para que no se oigan sus gritos —les ordenó el bandolero; y todos rieron lo más fuerte que pudieron, aunque su risa tenía un timbre muy especial.

Agarraron al magistrado por los brazos y lo condujeron al poste, donde lo ataron con correas.

—Se van a alinear —les dijo el Zorro—, y cada uno de ustedes va a darle cinco azotes. Yo los estaré observando, y si veo que el látigo le pega suavemente una sola vez, los castigaré a ustedes. ¡Listos!

Le aventó el látigo al primero de la fila, y comenzó el castigo. El Zorro no encontró ninguna falta en la forma en que los hombres azotaron al magistrado, pues estaban aterrorizados y le pegaban muy fuerte y de muy buena gana.

—Tú también, posadero —dijo el Zorro.

—Si lo hago, me meterá a la cárcel —se lamentaba el posadero.

—¿Qué prefieres, la cárcel o un ataúd? —le preguntó el bandolero.

Evidentemente, el posadero prefería la cárcel. Tomó el látigo y le pegó con más fuerza que los peones.

El magistrado colgaba de las correas. Se había desmayado como a los quince golpes, más de miedo por el castigo que de dolor.

—¡Desátenlo! —ordenó el bandolero.

Dos de los peones se adelantaron a cumplir el mandato.

—Llévenlo a su casa —continuó el Zorro—, y digan a toda la gente del pueblo que así castiga el Zorro a los que oprimen a los pobres y a los indefensos, que dan veredictos injustos y que roban en nombre de la ley. Váyanse.

Se llevaron cargando al magistrado, que ya empezaba a recobrar el conocimiento y se iba quejando. El Zorro se volvió hacia el posadero.

—Regresaremos a la taberna —dijo—. Tú entrarás a traerme un tarro de vino y te quedarás junto a mi caballo mientras me lo tomo. Es inútil decirte lo que te sucederá sí tratas de traicionarme.

Pero el posadero le temía tanto al magistrado como al Zorro. Pasando por un lado del caballo, el posadero entró a la taberna muy de prisa, como si fuera a buscar vino, pero dio la voz de alarma.

—El Zorro está afuera —les dijo en voz baja a los que estaban más cerca de la mesa—. Hizo que azotaran cruelmente al magistrado y me mandó por un tarro de vino.

Entonces fue a sacar el vino del barril, lo más despacio que pudo.

De pronto se notó una gran actividad dentro de la taberna. Estaban allí unos seis caballeros, adictos del gobernador. Sacaron sus espadas y empezaron a deslizarse hacia la puerta. Uno de ellos sacó su pistola, se aseguró de que estuviera pronta para disparar, y siguió a los demás.

El Zorro, cuyo caballo estaba a unos veinte pies de la puerta de la taberna, vio venir de repente un tropel de gente hacia él con varias espadas y oyó un pistoletazo; una bala pasó rozándole la cabeza.

El posadero estaba en la puerta, rogando a todos los santos que capturaran al bandolero, pues así le darían a él el crédito por haberlo apresado y tal vez el magistrado no lo castigaría por haberlo azotado.

El Zorro hizo que su caballo se encabritara, elevándose muy alto, y luego le hincó las espuelas en las ijadas. El animal saltó hacia adelante, en medio de los caballeros, dispersándolos.

Eso era lo que quería el Zorro. Ya había sacado la espada de su funda; le atravesó el brazo derecho a un hombre e hizo sangrar a otro.

Peleaba como un loco furioso, maniobrando a su caballo de manera que sus adversarios estuvieran distantes unos de otros para poder pelear con ellos de uno en uno. Se oían gritos por todas partes, y la gente salía de sus casas para saber qué era lo que pasaba. El Zorro sabía que algunos traerían pistolas, y aunque las espadas no le infundían miedo, se daba cuenta de que un hombre

con pistola podría derribarlo desde lejos.

Hizo que su caballo se lanzara hacia adelante nuevamente, y antes de que el posadero supiera lo que pasaba, el Zorro lo pescó de un brazo. El caballo salió disparado como una flecha, arrastrando al posadero; este gritaba y pedía clemencia. El Zorro llegó hasta el poste de flagelación.

—¡Dame el látigo! —ordenó.

El posadero obedeció, y rogó a los santos que lo protegieran. Entonces el Zorro lo soltó y le pasó el látigo alrededor de la panza. Al tratar de huir el posadero, lo azotó una y otra vez. Lo dejó por un momento para atacar y dispersar a los que traían espadas, y se volvió para seguir azotando al posadero.

—¡Trataste de traicionarme! —le gritó—. ¡Perro ladrón! Querías que me persiguieran, ¿verdad? Te voy a arrancar el pellejo…

—¡Piedad! —gritó el posadero, y cayó al suelo.

El Zorro le dio otro latigazo, que sacó más gritos que sangre. Hizo girar a su caballo y se lanzó sobre el adversario que tenía más cerca. Otra hala le pasó rozando la cabeza, y un hombre lo atacó con la espada en la mano. El Zorro lo atravesó de una estocada en el hombro y metió las espuelas al caballo nuevamente. Galopó hasta el poste de flagelación, donde detuvo a su caballo y se les enfrentó a todos por un instante.

—¡No son suficientes para que la pelea resulte interesante, señores! —les gritó.

Se quitó el sombrero y les hizo una reverencia burlona. Hizo girar nuevamente a su caballo y se fue a todo galope.

24

EN LA HACIENDA DE DON ALEJANDRO

Dejó al pueblo hecho un verdadero tumulto. Los alaridos del posadero habían despertado a todo el mundo. Los hombres venían corriendo, y sus criados los seguían con las antorchas. Las mujeres se asomaban por las ventanas de sus casas. Los indígenas permanecían en sus sitios, temblando, pues sabían que en donde había tumulto, ellos eran los que sufrían las consecuencias.

Entre el gentío había muchos caballeros muy apasionados, y como hacía tiempo que no sucedía nada tan emocionante en el pueblo de Reina de los

Ángeles, estos jóvenes caballeros se agruparon en la taberna para escuchar los quejidos del posadero; algunos se apresuraron a ir a la casa del magistrado. Vieron sus heridas y lo oyeron declamar sobre la indignidad que había sufrido la ley, y por lo tanto, su excelencia, el gobernador.

El capitán Ramón vino desde el presidio, y cuando se enteró de la causa del alboroto profirió un juramento. Envió al único hombre sano que le quedaba al camino de Pala, para alcanzar al sargento González y a sus hombres, y decirles que regresaran a seguir una pista fresca, pues andaban siguiendo una falsa.

Pero los jóvenes caballeros vieron en esto una oportunidad emocionante que les agradaba. Pidieron permiso al comandante para formar un pelotón civil e ir en persecución del bandolero, permiso que les fue concedido en el acto.

Unos treinta jóvenes montaron sus caballos, buscaron armas y partieron con intenciones de separarse en tres grupos de diez cada uno al llegar a donde se dividía el camino.

Todo el pueblo salió a despedirlos con gritos de júbilo. Galoparon a toda prisa hacia San Gabriel, armando gran revuelo, felices porque la luz de la luna los dejaría ver a su enemigo cuando se acercaran a él.

Al cabo de un rato se separaron; diez tomaron el camino de San Gabriel, diez el de la hacienda de fray Felipe, y los últimos diez siguieron por un camino que bajaba el valle hacia una región donde había varias fincas, propiedad de algunos ricos hacendados.

Unas horas antes, Don Diego De la Vega había tomado este mismo camino, seguido de su criado sordomudo. Don Diego iba a paso lento, y ya muy entrada la noche dejó el camino principal para tomar una vereda hasta la casa de su padre.

Don Alejandro De la Vega, el jefe de la familia, estaba solo en la mesa. Acababa de terminar la cena cuando oyó que llegaba un jinete a la puerta. Un criado corrió a abrir, y entró Don Diego, seguido de Bernardo.

—¡Ah, Diego, hijo mío! —exclamó el anciano extendiendo los brazos.

Abrazó efusivamente a su hijo y después se sentaron a la mesa a tomar sendos tarros de vino. Una vez que se hubieron refrescado, Don Diego se volvió hacia su padre.

—Ha sido una jornada muy penosa —dijo.

—¿Y cuál es la causa de tu venida, hijo?

—Sentí la necesidad de venir a la hacienda —dijo Don Diego—. No están los tiempos como para permanecer en el pueblo. Por doquiera que va uno, no

encuentra sino violencia y sangre. Este maldito Zorro…

—¡Ah! ¿Qué hay de él?

—Por favor no diga usted ¡ah!, padre y señor mío. No he oído sino ¡ah!, de la noche a la mañana durante los últimos días. Qué tiempos más turbulentos. Este señor, el Zorro, hizo una visita a la hacienda de los Pulido, y los asustó a todos. Yo fui a mi hacienda a tratar algunos asuntos, y de allí me fui a ver al viejo fray Felipe, creyendo que en su presencia podría meditar un poco. ¿Y quién había de llegar sino el sargento González y sus soldados buscando al Zorro?

—¿Lo capturaron?

—Creo que no, padre y señor. Regresé al pueblo; ¿y qué cree usted que sucedió hoy? Llevaron a fray Felipe, acusado de haber estafado a un comerciante, y después de un juicio que no fue sino una farsa, lo ataron a un poste y le dieron quince azotes en la espalda.

—¡Infelices!

—No pude soportar más, y opté por venir a verle a usted. Adondequiera que voy encuentro disturbios. Es para volverse loco, y si no pregúnteselo usted a Bernardo.

Don Alejandro miró de reojo a Bernardo y sonrió. El indígena sordomudo le sonrió a su vez con mucha naturalidad, sin saber que un criado no debería comportarse así delante de su amo.

—¿Tienes alguna otra cosa que decirme? —le preguntó Don Alejandro a su hijo, mirándolo inquisitivamente.

—¡Por todos los santos! Aquí viene. Esperaba rehuirlo, padre y señor mío.

—Dime de qué se trata.

—Fui a la hacienda de los Pulido y hablé con Don Carlos, su esposa y con la señorita Lolita.

—¿Te agradó la señorita?

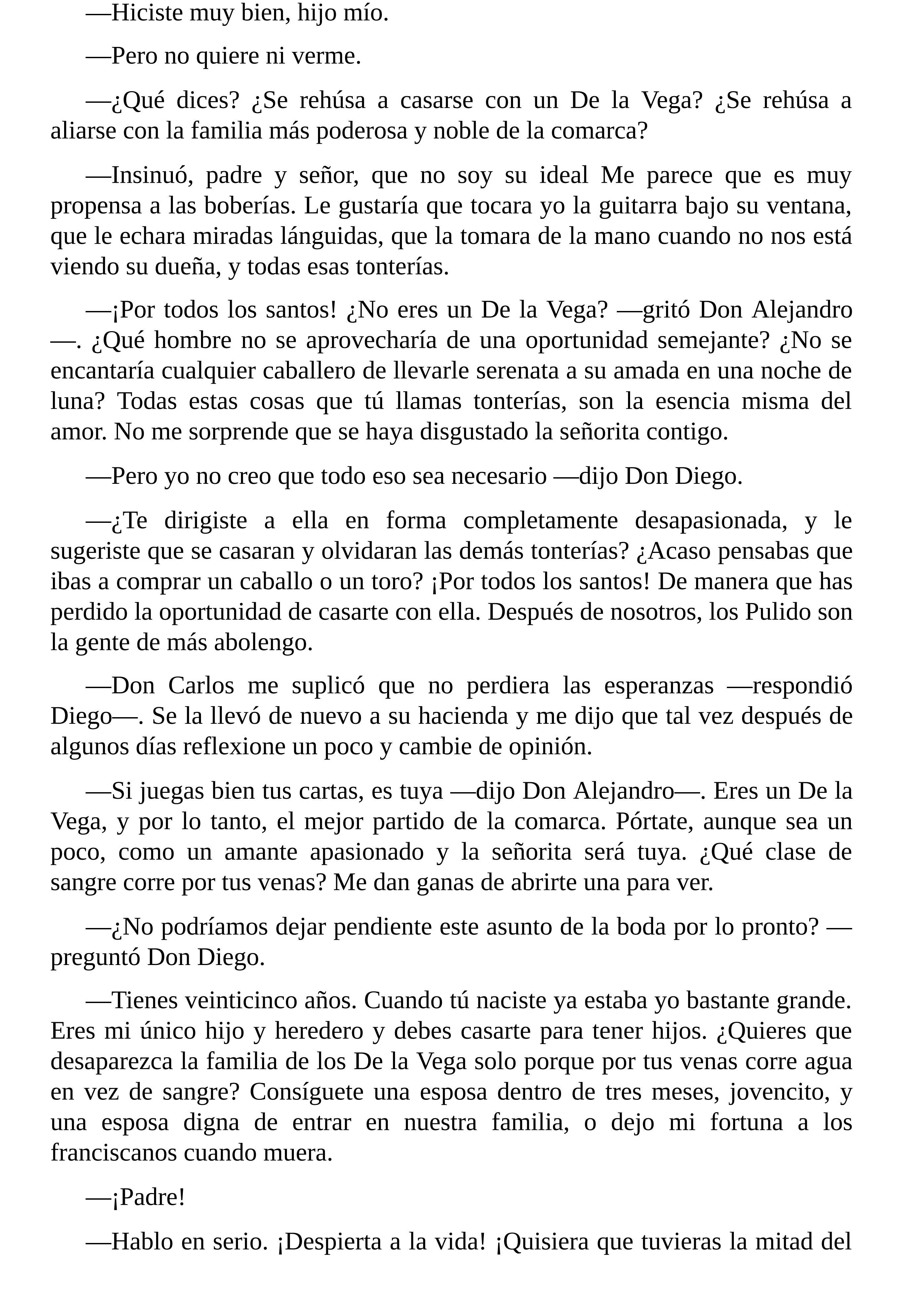
—Es la doncella más hermosa de cuantas conozco —dijo Don Diego—. Le hablé a Don Carlos sobre el matrimonio, y quedó complacido.

—¡Ah! Es natural —dijo Don Diego.

—Pero me temo que no habrá boda.

—¿Qué dices? ¿Tiene algo que ocultar la señorita?

—Que yo sepa, no. Aparentemente, es una doncella inocente y dulce. Los invité a pasar dos días en mi casa de Reina de los Ángeles, con el propósito de


que viera el mobiliario y se enterara de todas mis riquezas.

—Hiciste muy bien, hijo mío.

—Pero no quiere ni verme.

—¿Qué dices? ¿Se rehúsa a casarse con un De la Vega? ¿Se rehúsa a aliarse con la familia más poderosa y noble de la comarca?

—Insinuó, padre y señor, que no soy su ideal Me parece que es muy propensa a las boberías. Le gustaría que tocara yo la guitarra bajo su ventana, que le echara miradas lánguidas, que la tomara de la mano cuando no nos está viendo su dueña, y todas esas tonterías.

—¡Por todos los santos! ¿No eres un De la Vega? —gritó Don Alejandro —. ¿Qué hombre no se aprovecharía de una oportunidad semejante? ¿No se encantaría cualquier caballero de llevarle serenata a su amada en una noche de luna? Todas estas cosas que tú llamas tonterías, son la esencia misma del amor. No me sorprende que se haya disgustado la señorita contigo.

—Pero yo no creo que todo eso sea necesario —dijo Don Diego.

—¿Te dirigiste a ella en forma completamente desapasionada, y le sugeriste que se casaran y olvidaran las demás tonterías? ¿Acaso pensabas que ibas a comprar un caballo o un toro? ¡Por todos los santos! De manera que has perdido la oportunidad de casarte con ella. Después de nosotros, los Pulido son la gente de más abolengo.

—Don Carlos me suplicó que no perdiera las esperanzas —respondió Diego—. Se la llevó de nuevo a su hacienda y me dijo que tal vez después de algunos días reflexione un poco y cambie de opinión.

—Si juegas bien tus cartas, es tuya —dijo Don Alejandro—. Eres un De la Vega, y por lo tanto, el mejor partido de la comarca. Pórtate, aunque sea un poco, como un amante apasionado y la señorita será tuya. ¿Qué clase de sangre corre por tus venas? Me dan ganas de abrirte una para ver.

—¿No podríamos dejar pendiente este asunto de la boda por lo pronto? —preguntó Don Diego.

—Tienes veinticinco años. Cuando tú naciste ya estaba yo bastante grande. Eres mi único hijo y heredero y debes casarte para tener hijos. ¿Quieres que desaparezca la familia de los De la Vega solo porque por tus venas corre agua en vez de sangre? Consíguete una esposa dentro de tres meses, jovencito, y una esposa digna de entrar en nuestra familia, o dejo mi fortuna a los franciscanos cuando muera.

—¡Padre!

—Hablo en serio. ¡Despierta a la vida! ¡Quisiera que tuvieras la mitad del

valor y del temple que tiene el Zorro, el famoso bandolero! Es un hombre de principios, y lucha por ellos. Ayuda a los indefensos y venga a los oprimidos. ¡Me inclino ante él! Preferiría que tú, mi hijo, estuvieras en su lugar, arriesgando la vida, o en la cárcel, y no que seas un forjador inanimado de sueños que no te llevan a ninguna parte.

—¡Padre! He sido un hijo obediente.

—Hubiera preferido que fueses más descabellado, hubiera sido más natural —suspiró Don Alejandro—. Te hubiera perdonado de más buena gana una que otra parranda, que tu falta de energía. ¡Despierta, jovencito! Recuerda que eres un De la Vega. Cuando yo tenía tu edad, no era el hazmerreír de todos. Siempre estaba listo para un duelo, para hacer el amor a un par de ojitos centelleantes, o para enfrentarme a cualquier caballero en toda clase de juegos, rudos o de salón. ¡Bah!

—Le ruego que no me diga ¡bah!, otra vez, padre y señor mío. Tengo los nervios de punta.

—Debes hacerte más hombre.

—Trataré de hacerlo inmediatamente —dijo Don Diego, enderezándose un poco en su asiento—. Trataba de evitarlo, pero veo que no puede ser. Enamoraré a la señorita Lolita como otros hombres enamoran a sus amadas. ¿Hablaba usted en serio acerca de su fortuna?

—Muy en serio —dijo Don Alejandro.

—Entonces tendré que afanarme. De nada serviría que tal fortuna saliera de la familia. Meditaré sobre todos estos asuntos calmadamente esta noche. Tal vez aquí, lejos del pueblo, lo pueda hacer… ¡Por todos los santos!

Lanzó esta última exclamación al oír un tumulto fuera de la casa. Don Alejandro y su hijo oyeron que varios jinetes se detenían, así como voces y ruido de bridas y espadas.

—Ya no hay paz en todo el mundo —dijo Don Diego con creciente melancolía.

—Parece que son diez hombres —dijo Don Alejandro.

Y esos eran, exactamente. Un criado abrió la puerta, y diez caballeros entraron en el salón, portando espadas y pistolas al cinto.

—¡Ah! ¡Don Alejandro! Le rogamos nos brinde hospitalidad —dijo el que estaba más adelante.

—Están ustedes en su casa, caballeros. ¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Venimos persiguiendo al Zorro, el bandolero.

—¡Por todos los santos! —gritó Don Diego—. Ni aquí puedo escaparme. ¡Violencia y sangre!

—Invadió la plaza de Reina de los Ángeles —continuó el caballero—. Hizo que azotaran al magistrado porque este a su vez había sentenciado a fray Felipe al látigo, y azotó al posadero; lucho con unos diez hombres mientras esto hacía, y huyó. Formamos una banda para seguirlo. ¿No ha venido por aquí?

—Que yo sepa, no —dijo Don Alejandro—. Mi hijo acaba de llegar por el camino hace un momento.

—¿No lo vio usted, Don Diego?

—No —dijo Don Diego—, gracias a mi buena suerte.

Don Alejandro había llamado a los criados, y ahora estos entraron trayendo tarros de vino y panecillos que pusieron sobre la mesa; los caballeros empezaron a comer y a beber. Don Diego sabía bien lo que seguiría. La persecución del Zorro había terminado, ya que el entusiasmo de los caballeros se había apagado. Se sentarían a la mesa de su padre y beberían toda la noche, emborrachándose poco a poco; cantarían, gritarían y se contarían historias, y por la mañana regresarían a Reina de los Ángeles donde los recibirían como héroes.

Era la costumbre. La caza del Zorro no era sino un pretexto para divertirse.

Los criados trajeron grandes jarras de exquisito vino, y Don Alejandro les ordenó que también trajeran carne. A los caballeros les agradaban mucho estas fiestas en casa de Don Alejandro, pues la esposa de este había muerto varios años atrás y no había mujeres en la casa, con excepción de las sirvientas, de manera que podían hacer cuanto ruido les viniera en gana durante toda la noche.

Poco a poco fueron despojándose de sus pistolas y de sus espadas y empezaron a hacer alardes. Don Alejandro hizo que los criados pusieran las armas en un rincón bastante alejado, para evitar una pelea entre borrachos, que podría resultar en uno o dos muertos en su casa.

Don Diego bebió y platicó un rato con ellos, y después se hizo a un lado solo para escuchar, como si todas esas tonterías le aburrieran.

—Tuvo suerte el Zorro de que no lo alcanzáramos —dijo uno de ellos—. Cualquiera de nosotros es tan bueno como él. Si los soldados fueran hombres valerosos, lo hubieran capturado hace mucho.

—¡Ay, si yo pudiera agarrarlo! —gritó otro de los caballeros—. ¡Cómo aullaba el posadero cuando lo azotó!

—¿Se vino hacia acá? —preguntó Don Alejandro.

—No estamos seguros. Tomó la vereda de San Gabriel, y treinta hombres lo seguimos. Nos separamos en tres bandos y cada uno tomó una dirección distinta. Me imagino que alguno de los otros dos bandos tendría la suerte de capturarlo. Pero nosotros somos más afortunados por estar aquí.

Don Diego se levantó.

—Señores, les suplico me perdonen sí me retiro a mis habitaciones —dijo —. Estoy muy fatigado por el viaje.

—Retírese usted, desde luego —le dijo uno de sus amigos—. Cuando se sienta usted más descansado, venga otra vez a compartir nuestra alegría.

Todos rieron; Don Diego hizo una reverencia muy ceremoniosa y notó que algunos de ellos casi no se podían levantar para contestar el saludo; entonces el vástago de los De la Vega se apresuró a entrar a su cuarto, seguido de su criado sordomudo.

La recámara siempre estaba arreglada para Don Diego, y ya había en ella una vela encendida. Cerró la puerta tras él, y Bernardo se acostó en el suelo, a la entrada, para cuidar a su amo durante la noche.

Nadie extrañó a Don Diego en el gran salón. Su padre fruncía el ceño y se retorcía los bigotes, pues hubiera querido que su hijo fuera como estos jóvenes. Pensaba que en su juventud nunca se hubiera retirado de esta agradable compañía a tan temprana hora. Una vez más suspiró deseando que los santos le hubieran dado un hijo con sangre roja en las venas.

Los caballeros cantaban una canción de amor muy popular, y sus voces discordantes llenaban el cuarto. Don Alejandro sonreía, recordando sus años mozos.

Los caballeros se tendieron sobre las sillas y las bancas que estaban a los lados de la mesa, golpeando con sus tarros al cantar y riendo a carcajadas de cuando en cuando.

—¡Si estuviera aquí el Zorro ahorita! —gritó uno de ellos.

Le contestó una voz desde la puerta.

—¡Aquí está el Zorro, señores!

25

SE FORMA UNA LIGA

Cesó la música y se apagaron las risas. Todos abrieron los ojos desmesuradamente y se volvieron a ver al bandolero. El Zorro estaba en el dintel de la puerta; había entrado por la terraza sin que se dieran cuenta. Llevaba la capa y la máscara, y con la pistola apuntaba hacia la mesa.

—De manera que esta es la clase de hombres que persiguen al Zorro y esperan capturarlo —dijo—. No se muevan, porque les lloverá plomo. Veo que sus armas están en el rincón. Podría matar a algunos y huir antes de que puedan tomarlas.

—¡Es él! ¡Es él! —gritaba uno de los caballeros, completamente borracho.

—El ruido que están haciendo se puede oír a una milla de distancia, señores. ¡Qué banda para ir en persecución de un hombre! ¿Es así como cumplen con su deber? ¿Por qué se detuvieron a divertirse mientras el Zorro anda todavía por el camino?

—¡Denme mi espada y déjenme enfrentarme a él! —gritó uno de ellos.

—Si le permitiera tomar su espada, no podría usted permanecer en pie —le contestó el bandolero—. ¿Creen que alguno de ustedes podría sostener un duelo conmigo?

—¡Sí, hay uno! —gritó Don Alejandro, poniéndose en pie—. Delante de todos digo que lo he admirado en algunas ocasiones, señor; pero esta noche ha entrado usted a mi casa y está faltando al respeto a mis invitados, y por lo tanto debo retarlo.

—Yo no tengo ninguna querella contra usted, Don Alejandro, ni usted conmigo —dijo el Zorro—. Me rehúso a batirme con usted. Y en cuanto a estos hombres, solo les estoy diciendo algunas verdades.

—¡Por todos los santos, lo haré pelear!

—¡Un momento, Don Alejandro!… Señores, este anciano caballero desea batirse conmigo, y eso significaría una herida o la muerte para él. ¿Van ustedes a permitirlo?

—¡Don Alejandro no debe pelear por nosotros! —gritó uno de ellos.

—Entonces, hagan que se quede en su lugar, con todo el respeto que se merece.

Don Alejandro trató de avanzar unos pasos, pero dos de los caballeros lo obligaron a retroceder, diciéndole que su honor estaba a salvo, puesto que él había ofrecido combate, Lleno de ira, Don Alejandro accedió.

—¡Qué montón de espadas tan valiosas! —dijo el Zorro, burlonamente—. Beben y se divierten cuando a su alrededor no se ven más que injusticias. ¡Agarren sus espadas y vayan a luchar contra la opresión! ¡Háganse

merecedores de su nombre y de su sangre azul, señores! ¡Echen a los políticos ladrones de estas tierras! ¡Protejan a los frailes cuyo trabajo nos dio estas hectáreas tan ricas! ¡Sean hombres, no figurines borrachos!

—¡Por todos los santos! —gritó uno y se levantó.

—¡Atrás, o disparo! No he venido a batirme con ustedes en casa de Don Alejandro; lo respeto demasiado. He venido a decirles la verdad acerca de ustedes mismos. ¡Sus familias pueden hacer o destruir a un gobernador! Únanse a una causa noble, caballeros, y hagan buen uso de sus vidas. Lo harían si no tuvieran miedo. ¿Buscan aventuras? Luchar contra la injusticia, es una gran aventura.

—¡Por todos los santos, sería como echar una cana al aire! —gritó uno en respuesta.

—Considérenlo como parranda, si quieren, pero estarían haciendo un bien. ¿Se atreverían los políticos a oponérseles a ustedes, vástagos de las familias más poderosas? Formen una banda y adopten un nombre. Háganse temer de todos hasta en el último rincón de la tierra.

—Sería traición…

—¡No es traición derrocar a un tirano, caballero! ¿O es que tienen miedo?

—¡Por todos los santos… no! —gritaron en coro.

—¡Entonces, opongan resistencia!

—¿Usted nos guiará?

—¡Sí, señores!

—¡Pero, un momento! ¿Es usted noble?

—Soy un caballero, tan noble como cualquiera de ustedes —les dijo el Zorro.

—¿Su nombre? ¿Dónde vive su familia?

—Eso tendrá que permanecer en secreto, por lo pronto. Les he dado a ustedes mi palabra de honor.

—Su cara…

—Tendrá que seguir enmascarada, señores.

Todos los caballeros se habían puesto en pie y lo estaban aclamando.

—¡Un momento! —gritó uno de ellos—. Estamos abusando de la hospitalidad de Don Alejandro. Tal vez él no esté de acuerdo, y estamos haciendo planes en su casa…

—Estoy de acuerdo, caballeros, y les daré mi apoyo —dijo Don Alejandro.

Los vítores llenaban el cuarto. Nadie se les opondría estando Don Alejandro de su parte. Ni aun el gobernador se atrevería a oponerse.

—¡Trato hecho! —gritaron—. ¡Nos llamaremos los Vengadores! ¡Cabalgaremos por el camino real y seremos el terror de los que roban a los hombres honrados y maltratan a los indígenas! ¡Echaremos a los políticos ladrones!

—Entonces sí serán ustedes caballeros de verdad, defensores de los débiles —dijo el Zorro—. ¡Nunca se arrepentirán de haber tomado esta decisión, señores! Yo los guiaré; les ofrezco mi lealtad y espero otro tanto de ustedes. Además, quiero que me obedezcan ciegamente.

—¿Qué debemos hacer? —preguntaron.

—Que esto quede en secreto. Por la mañana regresen ustedes a Reina de los Ángeles y digan que no encontraron al Zorro… o mejor aún, que no lo pudieron capturar, que es la verdad. Estén listos para reunirse en cualquier momento dado y cabalgar. Yo les mandaré avisar cuando sea tiempo.

—¿Cómo?

—Los conozco a todos. Enviaré el mensaje a uno de ustedes, y ese les podrá avisar a los demás. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —gritaron.

—En ese caso, me retiro inmediatamente. Permanecerán ustedes en este cuarto, y ninguno tratará de seguirme. Es una orden. ¡Buenas noches, caballeros!

Haciendo una reverenda, abrió la puerta de par en par, salió por ella como una flecha y la cerró al salir.

Se oyó el ruido de los cascos por la calzada.

Entonces alzaron sus tarros y brindaron por su nueva liga y por la supresión de estafadores y ladrones, por el Zorro, la maldición de Capistrano, y por Don Alejandro De la Vega. Se les había bajado un poco el vino por el pacto que acababan de hacer, y por lo que dicho pacto significaba. Se sentaron nuevamente y comenzaron a hablar de anomalías que deberían corregirse; cada uno sabía de media docena, cuando menos.

Don Alejandro De la Vega estaba sentado en un rincón, solo, sumamente triste porque su único hijo estaba dormido y no tenía la sangre bastante roja como para tomar parte en un pacto de esa naturaleza, siendo que por derecho debería ser uno de los dirigentes.

Y casi como para que su tristeza fuera mayor, Don Diego entró lentamente al salón en esos momentos, tallándose los ojos y bostezando; tal parecía que se sentía molesto.

—Es imposible que pueda uno dormir en esta casa hoy —dijo—. Denme un tarro de vino, y los acompañaré. ¿Por qué vitoreaban?

—El Zorro estuvo aquí… —comenzó a decir su padre.

—¿El bandolero, aquí? ¡Por todos los santos! Esto es más de lo que puede soportar un hombre.

—Siéntate, hijo mío —le suplicó Don Alejandro—. Han sucedido algunas cosas y tendrás oportunidad de demostrar qué clase de sangre corre por tus venas.

Don Alejandro hablaba de un modo muy decidido.

26

UN PACTO

Los caballeros se pasaron el resto de la noche haciendo alardes sobre lo que pensaban hacer, y trazando planes para mostrárselos al Zorro; y aunque aparentemente veían este asunto como una parranda más, y un pretexto para lanzarse a la aventura, en el fondo lo tomaban en serio. Todos sabían bien cómo estaba la situación y se daban cuenta de que las cosas no marchaban como debieran. En realidad, representaban la idea de igualdad para todos; habían pensado en estas cosas, pero nunca habían hecho nada porque no se habían unido y no tenían un dirigente. Cada uno esperaba que otro iniciara el movimiento. Y ahora el Zorro había llegado en el momento más indicado y empezarían a actuar.

Pusieron a Don Diego al tanto de los acontecimientos, y Don Alejandro le dijo, además, que él también tendría que tomar parte y demostrar que era un hombre de verdad. Don Diego se enojó, y dijo que eso le traería la muerte; sin embargo, por tratarse de su padre, aceptó.

Por la mañana muy temprano desayunaron los caballeros y emprendieron el regreso a Reina de los Ángeles. Don Diego iba con ellos, por orden de su padre. No iban a hablar acerca de sus planes. Reclutarían más hombres entre los treinta que habían salido en persecución del Zorro. Se imaginaban que algunos se les unirían inmediatamente sin pensarlo, pero que otros eran adictos al gobernador, y a estos no deberían decirles ni media palabra.

Cabalgaron despacio, lo cual les agradeció Don Diego. Bernardo lo seguía en su mula, muy apesadumbrado porque no se habían quedado más tiempo en la casa de Don Alejandro. Bernardo sentía que algo grande estaba pasando, pero no podía adivinar de qué se trataba, naturalmente. ¡Cómo deseaba ser igual a todos los hombres, y poder oír y hablar!

Cuando llegaron a la plaza, se encontraron a los otros dos bandos que ya habían llegado, diciendo que no habían visto al Zorro. Algunos dijeron que lo habían visto de lejos, y uno que le había disparado su pistola, a lo cual los caballeros que habían estado en casa de Don Alejandro se mordieron la lengua, mirándose unos a otros significativamente.

Don Diego dejó a sus compañeros y se fue a su casa, a cambiarse de ropa y refrescarse. Despachó a Bernardo a sus quehaceres, que consistían en sentarse en la cocina y esperar a que lo llamara su amo. En seguida ordenó que le prepararan su carroza.

Esta carroza era una de las más vistosas del camino real, y por qué la había comprado Don Diego era un misterio. Algunos opinaban que lo había hecho para pregonar su riqueza, y otros decían que el fabricante había molestado tanto a Don Diego, que este, para deshacerse de él, le había hecho el pedido.

Don Diego salió de su casa elegantemente vestido, pero no subió a la carroza. Se oyó un tumulto en la plaza, y entraron cabalgando el sargento González y sus soldados. El hombre a quien había enviado el capitán Ramón a alcanzarlos lo había hecho enseguida, ya que iban a paso lento y no se habían alejado mucho.

—¡Ah! ¡Don Diego, mi amigo! ¿Todavía vive en este mundo tan turbulento? —gritó González.

—Por necesidad —respondió Don Diego—. ¿Capturaron al Zorro?

—Se nos escapó el pájaro, caballero. Parece que por la noche dobló hacia San Gabriel, mientras que nosotros íbamos camino de Pala. Bueno, una equivocación cualquiera la tiene. Así nuestra venganza será más dulce cuando lo encontremos.

—¿Y qué harán ahora, mi sargento?

—En cuanto nos refresquemos un poco, regresamos a San Gabriel. Se dice que el bandolero anda por allí, aunque treinta nobles caballeros no pudieron encontrarlo anoche después que hizo le dieran de latigazos al magistrado. Sin duda se escondió entre la maleza y sonrió al ver pasar a los caballeros.

—Que su caballo sea lo suficientemente veloz y su brazo derecho fuerte —dijo Don Diego subiendo a la carroza.

Dos caballos magníficos estaban enganchados a la carroza, y un cochero

indígena de librea la guiaba. Don Diego se tendió sobre los almohadones, entrecerró los ojos, y la carroza arrancó. El cochero atravesó la plaza y dobló por el camino hacia la hacienda de Don Carlos Pulido.

Don Carlos estaba sentado en la terraza cuando vio venir la maravillosa carroza; murmuró algunas palabras y entró apresuradamente a la casa para hablar con su esposa y su hija.

—Señorita, aquí viene Don Diego —dijo—. Te he hablado acerca de este joven, y espero que hayas puesto mucha atención, como corresponde a una hija obediente.

Salió nuevamente a la terraza. Lolita se fue a su cuarto, se tiró sobre la cama y empezó a llorar desconsoladamente. Solo el cielo sabía que quisiera sentir amor por Don Diego y aceptarlo como marido para recobrar la fortuna de su padre, pero era imposible.

¿Por qué no se comportaba como un caballero? ¿Por qué no demostraba un poco de sentido común? ¿Por qué no se portaba como un joven rebosante de salud, en vez de parecer un anciano con un pie en la tumba?

Don Diego bajó de la carroza e hizo una seña al cochero para que siguiera hasta el patio. Saludó lánguidamente a Don Carlos, y este se sorprendió al ver que Don Diego traía una guitarra bajo el brazo. Puso la guitarra en el suelo, se quitó el sombrero y suspiró.

—He ido a ver a mi padre —dijo.

—¡Ah!, ¿y cómo está Don Alejandro?

—Está muy bien, como de costumbre. Me ha dado instrucciones de insistir en pedir la mano de la señorita Lolita. Si no consigo esposa en un plazo fijo, legará su fortuna a los franciscanos cuando muera.

—¿Ah, sí?

—Así lo dijo, y mi padre no gasta saliva en balde. Don Carlos, tengo que conquistar a Lolita. No conozco a ninguna otra joven a quien mi padre aceptara como nuera.

—Un poco de pasión, Don Diego, se lo ruego. Por Dios, no sea usted tan frío.

—He decidido cortejarla como lo hacen otros hombres, aunque estoy seguro de que será aburridísimo. ¿Cómo cree usted que debo empezar?

—Es muy difícil aconsejarlo —respondió Don Carlos, tratando desesperadamente de recordar lo que había hecho para enamorar a doña Catalina—. En realidad, se necesita experiencia para que estas cosas salgan con naturalidad.

—Me temo que no tengo ninguna cualidad —dijo Don Diego, suspirando nuevamente y alzando los ojos para ver a Don Carlos.

—Sería muy buena idea que pensara usted en la señorita como si la adorara. No le hable de matrimonio al principio, sino de amor. Trate de hablar en tonos bajos y ricos, y dígale todas esas naderías que son todo para las mujeres. Es un verdadero arte decir una cosa y pensar en otra.

—No comprendo nada —dijo Don Diego—. Pero trataré, desde luego. ¿Puedo ver a Lolita ahora?

Don Carlos fue a la puerta y llamó a su mujer y a Lolita. La primera le dirigió a Don Diego una sonrisa para animarlo; Lolita también le sonrió, pero tenía miedo y estaba temblando, pues había entregado su corazón al Zorro, un desconocido, y no podría amar a otro hombre. No podría casarse con quien no amara, ni aun para salvar a su padre de la pobreza.

Don Diego llevó a Lolita a una banca que estaba en un extremo de la terraza, y empezó a hablar de generalidades, jalando las cuerdas de la guitarra al mismo tiempo. Don Carlos y su esposa se fueron al otro lado de la terraza, esperando que todo saliera bien.

Lolita se alegró de que Don Diego no le hablara de matrimonio, como lo había hecho en otras ocasiones. Le habló de lo que había pasado en el pueblo, de la flagelación de fray Felipe y de cómo el Zorro había castigado al magistrado, peleando con doce hombres, y cómo había escapado. A pesar de su languidez, Don Diego charlaba en forma amena, y a Lolita le simpatizó más que antes.

También le platicó de su visita a la hacienda de su padre, y de los caballeros que habían pasado allí la noche, bebiendo y divirtiéndose; pero no mencionó la visita del Zorro ni la liga que se había formado, pues había prestado juramento de no hacerlo.

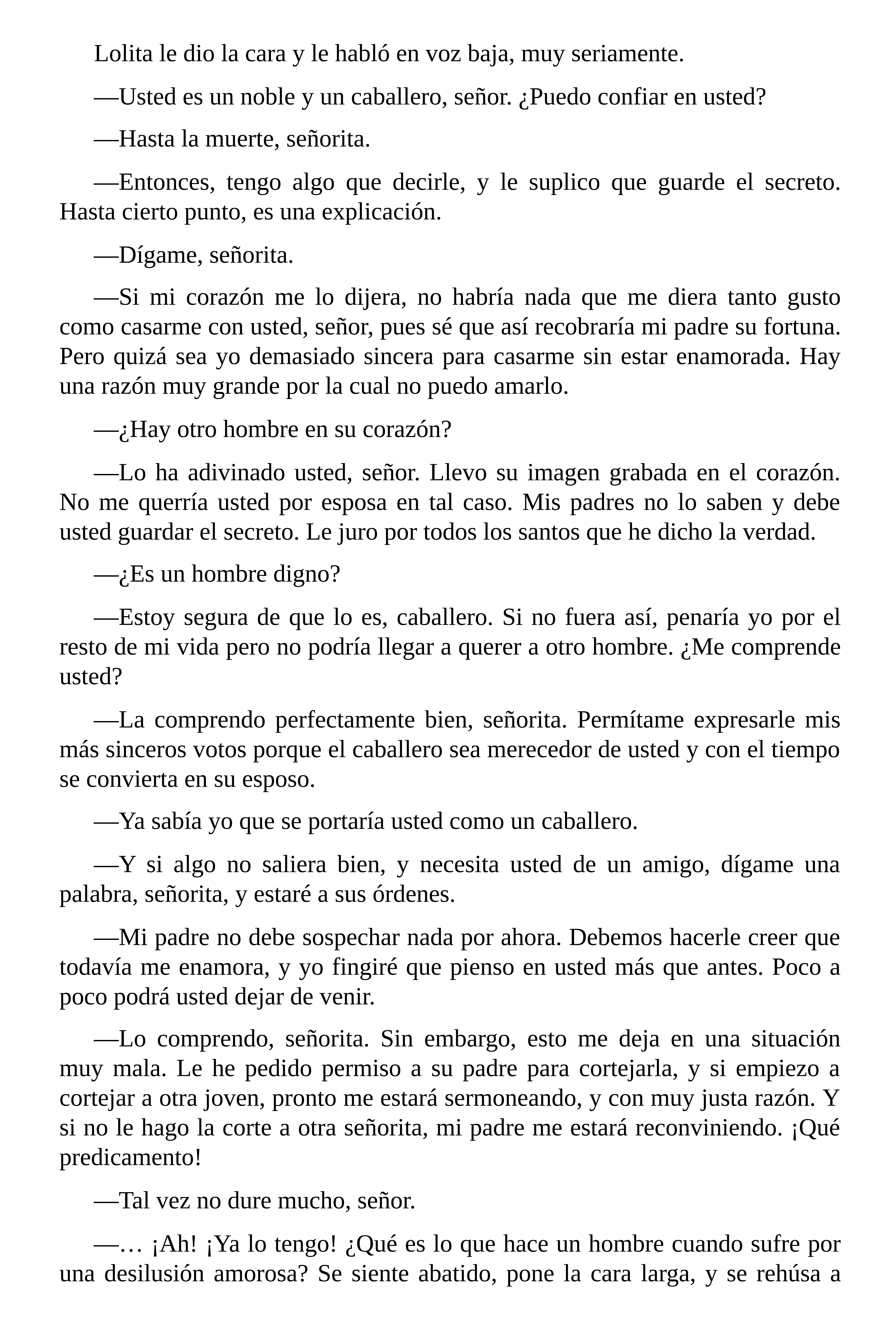
—Mi padre me ha amenazado con desheredarme si no me caso dentro de cierto tiempo —dijo Don Diego por fin—. ¿Le gustaría que perdiera yo los bienes de mi padre, señorita?

—Desde luego que no —respondió ella—. Hay muchas jóvenes que se sentirían muy orgullosas de casarse con usted, Don Diego.

—¿Pero no usted?

—Sí, cómo no. ¿Pero qué puedo hacer, si mi corazón no responde? ¿Le gustaría que su esposa no lo quisiera? Piense en todos los años que tendría que pasar a su lado, sin que el amor les ayudara a hacer el matrimonio llevadero.

—Entonces, ¿no cree usted que podría llegar a amarme, señorita?



Lolita le dio la cara y le habló en voz baja, muy seriamente.

—Usted es un noble y un caballero, señor. ¿Puedo confiar en usted?

—Hasta la muerte, señorita.

—Entonces, tengo algo que decirle, y le suplico que guarde el secreto. Hasta cierto punto, es una explicación.

—Dígame, señorita.

—Si mi corazón me lo dijera, no habría nada que me diera tanto gusto como casarme con usted, señor, pues sé que así recobraría mi padre su fortuna. Pero quizá sea yo demasiado sincera para casarme sin estar enamorada. Hay una razón muy grande por la cual no puedo amarlo.

—¿Hay otro hombre en su corazón?

—Lo ha adivinado usted, señor. Llevo su imagen grabada en el corazón. No me querría usted por esposa en tal caso. Mis padres no lo saben y debe usted guardar el secreto. Le juro por todos los santos que he dicho la verdad.

—¿Es un hombre digno?

—Estoy segura de que lo es, caballero. Si no fuera así, penaría yo por el resto de mi vida pero no podría llegar a querer a otro hombre. ¿Me comprende usted?

—La comprendo perfectamente bien, señorita. Permítame expresarle mis más sinceros votos porque el caballero sea merecedor de usted y con el tiempo se convierta en su esposo.

—Ya sabía yo que se portaría usted como un caballero.

—Y si algo no saliera bien, y necesita usted de un amigo, dígame una palabra, señorita, y estaré a sus órdenes.

—Mi padre no debe sospechar nada por ahora. Debemos hacerle creer que todavía me enamora, y yo fingiré que pienso en usted más que antes. Poco a poco podrá usted dejar de venir.

—Lo comprendo, señorita. Sin embargo, esto me deja en una situación muy mala. Le he pedido permiso a su padre para cortejarla, y si empiezo a cortejar a otra joven, pronto me estará sermoneando, y con muy justa razón. Y si no le hago la corte a otra señorita, mi padre me estará reconviniendo. ¡Qué predicamento!

—Tal vez no dure mucho, señor.

—… ¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¿Qué es lo que hace un hombre cuando sufre por una desilusión amorosa? Se siente abatido, pone la cara larga, y se rehúsa a

compartir las actividades y emociones de la época. Señorita, me ha salvado. Languideceré porque no me corresponde usted. Entonces todos creerán que ya saben por qué me pongo a soñar bajo el sol y a meditar en lugar de ir a cabalgar y pelear como un idiota. Podré hacer lo que quiera en paz, y me rodearé de un ambiente romántico. ¡Qué idea tan magnífica!

—¡Señor, es usted incorregible! —exclamó Lolita, riendo.

Don Carlos y doña Catalina oyeron esa risa, volvieron a ver y sus miradas se cruzaron. Don Diego De la Vega se llevaba de maravilla con la señorita, pensaron.

Entonces Don Diego continuó con la farsa y se puso a tocar la guitarra y a cantar una canción que hablaba de ojos brillantes y de amor. Don Carlos y su esposa se volvieron a mirar, esta vez con algún recelo, y deseando que acabara pronto, pues el vástago de los De la Vega tenía muchos superiores como músico y cantante, y temieron que pudiera perder el terreno que había ganado en la estimación de Lolita.

Pero si a Lolita le pareció que cantaba feo, no dijo nada, y no mostró disgusto. Charlaron otro rato, y momentos antes de la hora de la siesta Don Diego les dio los buenos días y se fue en su carroza. Desde la calzada les dijo adiós con la mano.

27

ORDEN DE ARRESTO

El mensajero del capitán Ramón, que había salido hacia el norte con un mensaje para el gobernador, iba soñando en todos las diversiones que tendría en San Francisco de Asís antes de regresar al presidio de Reina de los Ángeles. Conocía allí a cierta señorita cuya belleza le inflamaba el corazón.

Cabalgó velozmente al salir de la oficina del comandante, cambió de caballos en San Fernando y también en una hacienda que quedaba por el camino, y llegó a Santa Bárbara una tarde casi al anochecer, con intención de cambiar de caballo nuevamente, comer y beber en el presidio, y seguir su camino.

Pero en Santa Bárbara se vinieron abajo todas sus esperanzas de recrearse con las sonrisas de la chica de San Francisco de Asís, pues en la puerta del presidio estaba una hermosa carroza al lado de la cual la de Don Diego parecía carreta. Había veinte caballos atados a la entrada del presidio, y se veían más soldados de los que había regularmente de servicio en Santa Bárbara. Estos se

paseaban por el camino, riendo y bromeando.

El gobernador estaba en Santa Bárbara.

Su excelencia había salido de San Francisco de Asís hacía algunos días en viaje de inspección, y pensaba ir hasta San Diego de Alcalá para afianzar sus lazos políticos, premiar a sus amigos y castigar a sus enemigos.

Había llegado a Santa Bárbara una hora antes y estaba escuchando el informe del comandante, después de lo cual tenía pensado pasar la noche en casa de un amigo suyo. Sus soldados dormirían en el presidio, desde luego, y por la mañana continuarían el viaje.

El capitán Ramón le había dicho a su mensajero que la carta que llevaba era sumamente importante, de manera que este se apresuró a entrar a la oficina del comandante como persona de rango.

—Vengo de parte del capitán Ramón, comandante de Reina de los Ángeles, con una carta muy importante para su excelencia —informó, haciendo el saludo militar.

El gobernador murmuró algo y tomó la carta; el comandante hizo una seña al mensajero para que saliera del cuarto. Su excelencia leyó la carta rápidamente, y cuando la hubo terminado había una mirada siniestra en sus ojos; se retorció los bigotes lleno de satisfacción. Entonces leyó la carta por segunda vez y frunció el ceño.

Le gustaba la idea de aplastar aún más a Don Carlos Pulido, pero no así pensar que el Zorro, el hombre que se le había enfrentado, estaba aún en libertad. Se levantó a pasearse por el cuarto, y después giró bruscamente dirigiéndose al comandante.

—Partiré hacia el sur al amanecer —dijo—. Me necesitan urgentemente en Reina de los Ángeles. Usted se encargará de todo. Dígale al mensajero que él regresará con mi escolta. Y ahora me voy a casa de mi amigo.

Por la mañana, el gobernador salió hacia el sur, rodeado de su escolta de veinte soldados, en medio de los cuales iba el mensajero. Viajaron a toda velocidad, y cierto día, a media mañana, entraron a la plaza de Reina de los Ángeles, sin que se hubiera pregonado su llegada.

Esto sucedía precisamente el mismo día en que Don Diego había ido a la hacienda de los Pulido en su carroza, llevando su guitarra.

La cabalgata se detuvo frente a la taberna, y al posadero por poco le da un ataque de apoplejía porque nadie le había avisado de la venida del gobernador y temía que entrara a la posada y la encontrara sucia.

Pero el gobernador no hizo el menor esfuerzo por bajar de su carroza para

entrar a la taberna. Estaba echando un vistazo a la plaza, observando muchas cosas. Nunca se sentía seguro con los hombres de rango de este pueblo; sentía que no tenía suficiente autoridad sobre ellos.

Se puso a observar cuidadosamente conforme se fue corriendo la noticia de su llegada, y algunos caballeros se apresuraron a ir a la plaza para recibirlo y darle la bienvenida. Observó a los que parecían sinceros y a los que parecían no tener mucho interés en saludarlo; asimismo, tomó nota de los que no se presentaron.

Primero tenía que atender algunos negocios, les dijo, y por lo tanto iba al presidio enseguida. Después admitiría ser huésped de cualquiera de ellos. Aceptó una invitación y ordenó al cochero seguir. Estaba pensando en la carta del capitán Ramón, y no había visto a Don Diego De la Vega en la plaza.

El sargento González y sus hombres andaban en persecución del Zorro, naturalmente, de manera que el capitán Ramón en persona estaba esperando a su excelencia a la entrada del presidio. Lo saludó con mucha seriedad, le hizo una profunda reverencia y ordenó al comandante de la escolta que se hiciera cargo del presidio, y colocara guardias en honor del gobernador.

Guio a su excelencia hasta su oficina privada, y el gobernador se sentó.

—¿Cuáles son las últimas noticias?

—Mis hombres andan sobre la pista, excelencia. Pero, como le decía en la carta, este maldito Zorro tiene amigos, una legión, según entiendo. Mi sargento me ha informado que dos veces lo encontró con una banda de secuaces.

—¡Debemos acabar con ellos! —gritó el gobernador—. Un hombre como ese siempre consigue más y más adictos, y se puede volver tan poderoso que nos puede causar serios perjuicios. ¿Ha cometido más atrocidades?

—Sí, excelencia. Ayer fue azotado un fraile de San Gabriel por haber cometido una estafa. El Zorro agarró en el camino a los que habían atestiguado contra el fraile y los azotó hasta dejarlos medio muertos. Y después vino al pueblo al anochecer e hizo que azotaran al magistrado. Mis soldados andaban en su persecución, lejos de aquí. Tal parece que el Zorro está enterado de todos los movimientos de nuestras fuerzas y siempre da un golpe en donde no hay soldados.

—¿Es decir que tiene espías?

—Así parece, excelencia. Anoche fueron unos treinta caballeros a perseguirlo, pero no encontraron ni una huella del pillo. Regresaron esta mañana.

—¿Y Don Diego De la Vega fue con ellos?

—No fue con ellos, pero regresaron juntos. Parece que se encontraron en la casa de su padre. Tal vez adivinó usted que hablaba yo de los De la Vega en mi carta. Pero ahora estoy convencido, excelencia, que mis sospechas eran infundadas. El Zorro invadió la casa de Don Diego una noche que este había salido.

—¿Cómo así?

—Pero Don Carlos Pulido y su familia se hospedaban allí.

—¡Ah! ¿En la casa de Don Diego? ¿Qué significa eso?

—Es muy divertido —dijo el capitán Ramón, riendo—. He oído decir que Don Alejandro le ordenó a Don Diego conseguir esposa. El joven no es el tipo para andar enamorando mujeres. Es completamente inanimado.

—Lo conozco. Continúe.

—Don Diego fue a la hacienda de Don Carlos y le pidió permiso a este para cortejar a su hija única. El Zorro andaba por esos rumbos, y como Don Diego tenía que ir a su hacienda para atender algunos negocios, le pidió a Don Carlos que viniera al pueblo con su familia para que estuvieran más seguros, y que se quedaran en su casa hasta que él regresara. Los Pulido no se pudieron rehusar, naturalmente, y según parece, el Zorro los siguió.

—¡Ah! Continúe.

—Es para morirse de risa pensar que Don Diego los hizo venir aquí para escapar a la ira del Zorro, cuando en realidad son uña y carne. Recuerde usted que el Zorro había estado en la hacienda de los Pulido. Nos lo avisó un sirviente, y estuvimos a punto de atraparlo allí. Había estado cenando. Se escondió en una alacena, y cuando estaba yo solo, mientras mis hombres andaban siguiendo sus huellas, salió de la alacena, me hirió en el hombro por la espalda, y escapó.

—¡Qué villanía! —exclamó el gobernador—. ¿Pero usted cree que habrá boda entre Don Diego y la señorita Pulido?

—Me imagino que por eso no habrá que preocuparse, excelencia. Yo creo que el padre de Don Diego le contó algún chisme. Probablemente le llamó la atención el hecho de que Don Carlos no está en buenos términos con su excelencia, y que, en cambio, hay otras señoritas cuyos padres sí lo están. Sea lo que fuere, los Pulido se fueron a su hacienda cuando regresó Don Diego. Don Diego vino a verme aquí al presidio y me dio la impresión de que no quería por ningún motivo que fuera yo a pensar que era un traidor.

—Me da gusto saberlo. Los De la Vega son poderosos. Nunca hemos sido muy amigos, pero tampoco se han levantado contra mí, de manera que no me quejo. Es conveniente conservarlos en plan amistoso, si es posible. Pero los

Pulido…

—Hasta la señorita parece prestar ayuda al bandolero —dijo el capitán Ramón—. Elogió lo que ella llama el valor del Zorro. Miró despectivamente a los soldados. Don Carlos Pulido y algunos frailes están protegiendo a este bandido; le dan de comer, de beber, lo esconden, y le mandan decir dónde se encuentran los soldados. Los Pulido están poniendo obstáculos a nuestros esfuerzos para capturar al pillo. Yo hubiera tomado una determinación, pero decidí que era mejor informarle a usted y esperar su decisión.

—Solo se puede tomar una decisión en este caso —dijo el gobernador airadamente—. No importa qué tan noble sea un hombre, ni qué rango tenga, no se le puede permitir que haga traición sin sufrir las consecuencias. Yo creí que Don Carlos ya había escarmentado, pero veo que estaba equivocado. ¿Están algunos de sus hombres en el presidio?

—Algunos, pero están enfermos, excelencia.

—El mensajero que me mandó regresó con mi escolta. ¿Conoce bien la región?

—Desde luego, excelencia. Ha estado de servicio aquí por algún tiempo.

—Entonces, podrá servir de guía. Mande inmediatamente la mitad de mi escolta a la hacienda de Don Carlos Pulido. Que arresten a Don Carlos, lo traigan a la cárcel y lo encierren. ¡Qué golpe para su alcurnia! Ya estoy harto de estos Pulido.

—¿Y a la altanera señora, que me hizo muecas, y la orgullosa señorita que se burló de los soldados?

—¡Ah! Qué buena idea. Será un buen ejemplo para toda la gente del pueblo. Que también las metan a ellas en la cárcel.

28

ULTRAJE

La carroza de Don Diego acababa de llegar a la puerta de su casa cuando pasó un pelotón de soldados alzando tras sí una nube de polvo. No reconoció a ninguno de ellos entre la gente que había visto en la taberna.

—¡Ah! ¿Son soldados nuevos que van a perseguir al Zorro? —preguntó a un hombre que estaba cerca.

—Forman parte de la escolta del gobernador, caballero.

—¿Aquí está el gobernador?

—Hace un momento que llegó, caballero, y ha ido al presidio.

—Me imagino que tendrán noticias frescas del bandolero y por eso los mandan tan veloces bajo este sol tan ardiente. Parece que es un pillo muy evasivo, ¡por todos los santos! Si hubiera yo estado aquí cuando llegó el gobernador, seguramente que se habría hospedado en mi casa. Pero le tocó la suerte a algún otro caballero; qué lástima.

Don Diego entró a su casa, y el hombre a quien le había hablado no supo si el último comentario había sido sincero.

Guiados por el mensajero, que conocía bien el camino, el pelotón de soldados galopaba rápidamente, y al cabo de un rato, doblaron por la vereda que conducía a la hacienda de Don Carlos. Iban a desempeñar esta misión como si fueran a capturar a un proscrito. Al llegar a la calzada, se dispersaron a izquierda y derecha, destrozando las flores de doña Catalina; las gallinas corrían espantadas a esconderse. Rodearon la casa en un instante.

Don Carlos estaba sentado en la terraza, en el sitio acostumbrado, dormitando, y no se dio cuenta de la llegada de los soldados hasta que oyó el ruido de los cascos. Se levantó alarmado, pensando que tal vez el Zorro andaba por los alrededores otra vez y que los soldados venían persiguiéndolo.

Tres de los soldados se bajaron frente a los escalones, envueltos en una nube de polvo, y el sargento que los comandaba avanzó sacudiéndose el polvo de su uniforme.

—¿Es usted Don Carlos Pulido? —preguntó en voz alta.

—Tengo el honor de serlo, señor.

—Traigo orden de arrestarlo.

—¡Arrestarme! —gritó Don Carlos—. ¿Quién le ha dado tales órdenes?

—Su excelencia, el gobernador. Está en Reina de los Ángeles, señor.

—¿Y de qué se me acusa?

—De traición y de ayudar a los enemigos del Estado.

—¡Pero esto es absurdo! —gritó Don Carlos—. ¿Se me acusa de traición, cuando a pesar de ser víctima de la opresión no he levantado la mano contra los que están en el poder? ¿Cuáles son los detalles de la acusación?

—Eso tendrá que preguntárselo al magistrado, señor. Yo solo sé que debo arrestarlo.

—¿Quiere usted que lo acompañe?

—Lo exijo, señor.

—Soy un noble, un caballero…

—Tengo órdenes que cumplir.

—¿De manera que no confían en que me presente yo solo al magistrado? Pero quizá el juicio se lleve a cabo inmediatamente. Tanto mejor, pues así quedaré libre de culpa más pronto. ¿Vamos al presidio?

—Yo iré al presidio cuando termine esta misión. Usted irá a la cárcel.

—¿A la cárcel? —gritó Don Carlos azorado—. ¿Se atrevería usted? ¿Metería a un caballero a una cárcel tan inmunda? ¿Lo pondría junto a los malhechores?

—Yo no hago sino cumplir órdenes, señor. Haga el favor de prepararse para acompañarnos inmediatamente y después podrá hacer las reclamaciones que quiera.

—Tengo que dar instrucciones a mi superintendente acerca de la administración de la hacienda.

—Iré con usted, señor.

Don Carlos se sonrojó de tal manera que se le puso la cara morada; cerró los puños, echándole una mirada feroz al sargento.

—¿Tiene usted que insultarme con cada palabra? —gritó—. ¿Acaso cree usted que huiría como cualquier criminal?

—Yo no hago sino cumplir órdenes, señor —dijo el sargento.

—¿Por lo menos puedo decírselo a mi esposa y a mi hija sin la presencia de un tercero?

—¿Su esposa es doña Catalina Pulido?

—Naturalmente.

—Tengo órdenes de arrestarla también a ella.

—¡Maldito! ¿Se atrevería a tocar a una dama? ¿La sacaría de su casa?

—Son las órdenes que me dieron. También a ella se le acusa de traición y de ayudar a los enemigos del Estado.

—¡Por todos los santos! ¡Es demasiado! ¡Pelearé contra usted y sus hombres mientras tenga vida!

—Y no será por mucho tiempo, Don Carlos, si trata usted de dar batalla. Yo solo cumplo órdenes.

—¡Mi adorada esposa, arrestada como si fuera una mujerzuela! ¡Y con esa

acusación! ¿Adónde la va a llevar, sargento?

—A la cárcel.

—¿Mi esposa, en ese lugar tan inmundo? ¿Pero es que no hay justicia en el mundo? Es una delicada dama noble…

—Ya basta, señor. Órdenes son órdenes, y yo las cumplo de acuerdo con mis instrucciones. Soy soldado y mi deber es obedecer.

En esos momentos entró corriendo doña Catalina a la terraza, pues había estado escuchando la conversación en el quicio de la puerta. Estaba pálida, pero tenía la mirada altiva. Temía que Don Carlos atacara al soldado y que lo hiriera o matara, y eso solo complicaría la situación añadiendo cargos.

—¿Has oído? —preguntó Don Carlos.

—Sí, esposo mío. La persecución continúa. Tengo demasiado orgullo para discutir con estos soldados, que no hacen más que obedecer un mandato. Un Pulido es un Pulido aun en una cárcel inmunda.

—¡Pero qué humillación! —gritó Don Carlos—. ¿Qué significa todo esto? ¿En qué terminará? Y nuestra hija se quedará aquí sola con los criados. No tenemos parientes, ni amigos…

—¿Su hija es la señorita Lolita Pulido? —preguntó el sargento—. Entonces no se preocupe, señor, pues no estarán separados. También tengo órdenes de arrestarla a ella.

—¿Bajo qué cargos?

—Los mismos, señor.

—¿Y la llevarían…?

—A la cárcel.

—¿A una doncella de abolengo, inocente y dulce?

—Son órdenes, señor —dijo el sargento.

—¡Qué los santos maldigan al hombre que se las dio! —gritó Don Carlos —. ¡Me han despojado de mi dinero y de mis tierras! ¡Han acumulado humillaciones sobre mí y los míos; pero, gracias a los santos, no pueden quebrantar nuestro orgullo!

Entonces Don Carlos irguió la cabeza, sus ojos echaron llamas. Tomó a su esposa del brazo y entró a la casa, seguido del sargento. Le dio la noticia a Lolita, que se quedó muda de terror por un instante, y luego rompió a llorar desconsoladamente; pero el orgullo de los Pulido la hizo reaccionar; se secó los ojos, hizo una mueca despectiva al sargento y se hizo las faldas a un lado

cuando este avanzó hacia ella.

Los criados trajeron la carreta a la puerta, y Don Carlos, esposa e hija subieron, y así empezó el vergonzoso viaje al pueblo.

Iban transidos de dolor, pero ninguno de los Pulido lo revelaba. Llevaban la cabeza erguida, miraban hacia adelante, y hacían como que no oían los insultos de los soldados.

Pasaron a varias gentes que los soldados iban quitando del camino. Los miraban asombrados, sin hablarles. Algunos los miraban con lástima y otros sonreían maliciosamente, según que se tratara de partidarios del gobernador o de gentes honradas que, aborrecían las injusticias.

Por fin llegaron a las orillas de Reina de los Ángeles, y allí empezaron a insultarlos abiertamente, pues su excelencia se había propuesto humillar a los Pulido hasta el último grado y había enviado algunos de los soldados a difundir la noticia de lo que sucedía y darles algunas monedas a los indígenas y a los peones para que se mofaran de los prisioneros cuando llegaran. El gobernador quería sentar un precedente para evitar que otras familias nobles se volvieran contra él, y quería dar la impresión de que a los Pulido los odiaban por igual todas las clases sociales.

A la orilla de la plaza los estaba esperando una muchedumbre, que los escarneció gritándoles insultos, algunos de los cuales ninguna señorita inocente debería haber escuchado. Don Carlos estaba rojo de ira, doña Catalina lloraba y a Lolita le temblaban los labios, pero no daba señales de oír nada. Los soldados hicieron muy lentamente el recorrido alrededor de la plaza para llegar a la cárcel.

A la puerta de la taberna había una caterva de pillos que habían estado bebiendo a costa del gobernador, los cuales se unieron al clamor.

Un hombre arrojó lodo al pecho de Don Carlos, pero este se hizo el desentendido. Abrazaba a su esposa de un lado y a Lolita por el otro, para darles toda la protección que podía, y miraba hacia adelante.

Algunos nobles presenciaron la escena sin tomar parte en el tumulto. Unos eran tan ancianos como Don Carlos, y esto hizo renacer su odio hacia el gobernador, pero en forma pasiva.

Otros eran jóvenes y la sangre les ardía en las venas. Al ver la cara de dolor de doña Catalina, pensaron en su madre; y viendo la hermosa faz de Lolita pensaron en sus hermanas y en sus novias.

Algunos cambiaron miradas de inteligencia entre sí furtivamente, y aunque no Jo decían, todos pensaban en lo mismo: ¿se enteraría el Zorro de esto y les mandaría avisar a los miembros de la nueva liga para que se reunieran?

La carreta se detuvo frente a la cárcel, rodeada de los indígenas y peones que seguían profiriendo burlas e insultos. Los soldados hicieron la pantomima de que trataban de alejarlos, y el sargento se apeó y obligó a los tres prisioneros a bajarse.

Varios borrachos les dieron de empellones cuando subían por los escalones. Les echaron más lodo, manchando el vestido de doña Catalina. Pero si el gentío esperaba que Don Carlos estallara, se equivocaron. El anciano caballero llevaba la cabeza muy alta, haciendo caso omiso de los que trataban de atormentarlo, y así guio a sus damas hasta la puerta.

El sargento golpeó la puerta con la empuñadura de su espada. Se abrió la rejilla y por ella asomó el carcelero, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Traigo tres prisioneros acusados de traición —respondió el sargento.

La puerta se abrió. Se oyó el último clamor de insultos de la muchedumbre, y una vez que los prisioneros habían entrado, el carcelero cerró y atrancó la puerta.

El carcelero los llevó por un corredor fétido y abrió otra puerta.

—¡Adentro! —les ordenó.

Empujaron a los tres prisioneros hacia adentro, y cerraron y atrancaron la puerta. Estos parpadearon en la semioscuridad. Pero a poco pudieron ver que había dos ventanas, algunas bancas y unas piltrafas humanas en el suelo, recargadas contra la pared.

Ni siquiera les habían concedido el privilegio de darles un cuarto limpio y privado. Don Carlos y su familia habían sido encerrados con la ralea del pueblo, con borrachos, ladrones, mujeres de la calle e indígenas majaderos.

Se sentaron en una banca que estaba en un rincón del cuarto, lo más lejos que pudieron de los otros. Entonces doña Catalina y su hija empezaron a llorar amargamente, y a Don Carlos le rodaron las lágrimas por las mejillas al tratar de consolarlas.

—Pluguiera a los santos que Don Diego De la De la Vega fuera mi yerno —suspiró Don Carlos.

Lolita le apretó el brazo.

—Quizá venga un amigo, padre mío —susurró—. Tal vez el malvado que nos ha hecho sufrir tanto reciba su castigo.

Lolita creía haber tenido una visión del Zorro, y confiaba ciegamente en el hombre a quien había entregado su amor.

29

DON DIEGO SE ENFERMA

Una hora después de que Don Carlos Pulido y las damas habían sido encarcelados, Don Diego De la Vega, muy emperifollado, se dirigió lentamente, a pie, al presidio para visitar a su excelencia, el gobernador.

Caminaba despacio, mirando hacia las montañas que quedaban a lo lejos, a izquierda y derecha, y se detuvo un momento para ver una flor que había a un lado del camino. Traía su cajita de rapé a un lado, la más elegante que tenía, engarzada de piedras preciosas, y en la mano derecha llevaba un pañuelo del más fino encaje, el cual movía de un lado para otro, como un verdadero petimetre, y de vez en cuando se tocaba la punta de la nariz con él.

Se inclinó respetuosamente ante dos o tres caballeros a quienes se encontró en el camino, pero no se detuvo a hablar con ellos más de lo necesario, y ellos por su parte no trataron de entablar conversación con él, pues como sabían que Don Diego De la Vega andaba cortejando a la hija de Don Carlos, se preguntaban cómo tomaría la noticia de su encarcelamiento. No querían hablar del asunto, ya que ellos estaban disgustadísimos, y temían hacer comentarios que serían considerados como motivos de traición.

Don Diego llegó a la puerta principal del presidio; el sargento que estaba a cargo llamó a los soldados, e hicieron a Don Diego el saludo correspondiente a su posición. Don Diego contestó con un ademán y una sonrisa, y entró a la oficina del comandante, en donde el gobernador estaba recibiendo a todos los caballeros que querían ir a presentarle sus respetos.

Saludó a su excelencia con palabras escogidas, hizo una profunda reverencia, y se sentó en la silla que tuvo a bien indicarle el gobernador.

—Don Diego De la Vega —dijo el gobernador—, me da mucho gusto que haya usted venido, por dos razones, pues en estos tiempos un hombre que tiene un puesto tan elevado debe saber quiénes son sus amigos.

—Hubiera venido antes, pero estaba yo fuera cuando llegó usted —dijo Don Diego—. ¿Se quedará usted algún tiempo en Reina de los Ángeles, excelencia?

—Hasta que maten o capturen a ese bandolero que llaman el Zorro —dijo el gobernador.

—¡Por todos los santos! ¿Cuándo dejarán de hablarme de ese pillo? —gritó Don Diego—. Si voy a pasar la noche con un fraile, llega un pelotón de

soldados persiguiendo al Zorro; si voy a la hacienda de mi padre en busca de paz y tranquilidad, llega un grupo de caballeros buscando noticias del señor Zorro. ¡Qué tiempos más turbulentos! En esta época no tiene derecho a existir un hombre cuya naturaleza lo inclina hacia la música y la poesía.

—Me apena muchísimo que lo hayan molestado —dijo el gobernador, riendo—. Pero espero agarrar a este tipo pronto, y así dar fin a tales molestias. El capitán Ramón ha enviado por el sargento González y sus hombres. Yo traje una escolta de veinte soldados, de manera que tenemos suficientes hombres para atrapar a la maldición de Capistrano la próxima vez que haga su aparición.

—Esperemos que todo termine como debe ser —dijo Don Diego.

—En un puesto tan elevado, hay muchas cosas con las que tiene uno que lidiar —continuó el gobernador—. Vea lo que me vi precisado a hacer hoy. Tuve que mandar encarcelar a un noble junto con su esposa e hija, pues debemos proteger al Estado.

—Me imagino que se refiere usted a Don Carlos Pulido y su familia.

—Así es, caballero.

—Y hablando de eso, quisiera decirle algo —dijo Don Diego—. No sé si mi honor esté a salvo.

—¿Por qué, caballero? ¿Cómo es posible?

—Mi padre me ha ordenado que consiga esposa y forme un hogar. Hace algunos días pedí permiso a Don Carlos Pulido para cortejar a su hija.

—¿Pero aún no están ustedes comprometidos?

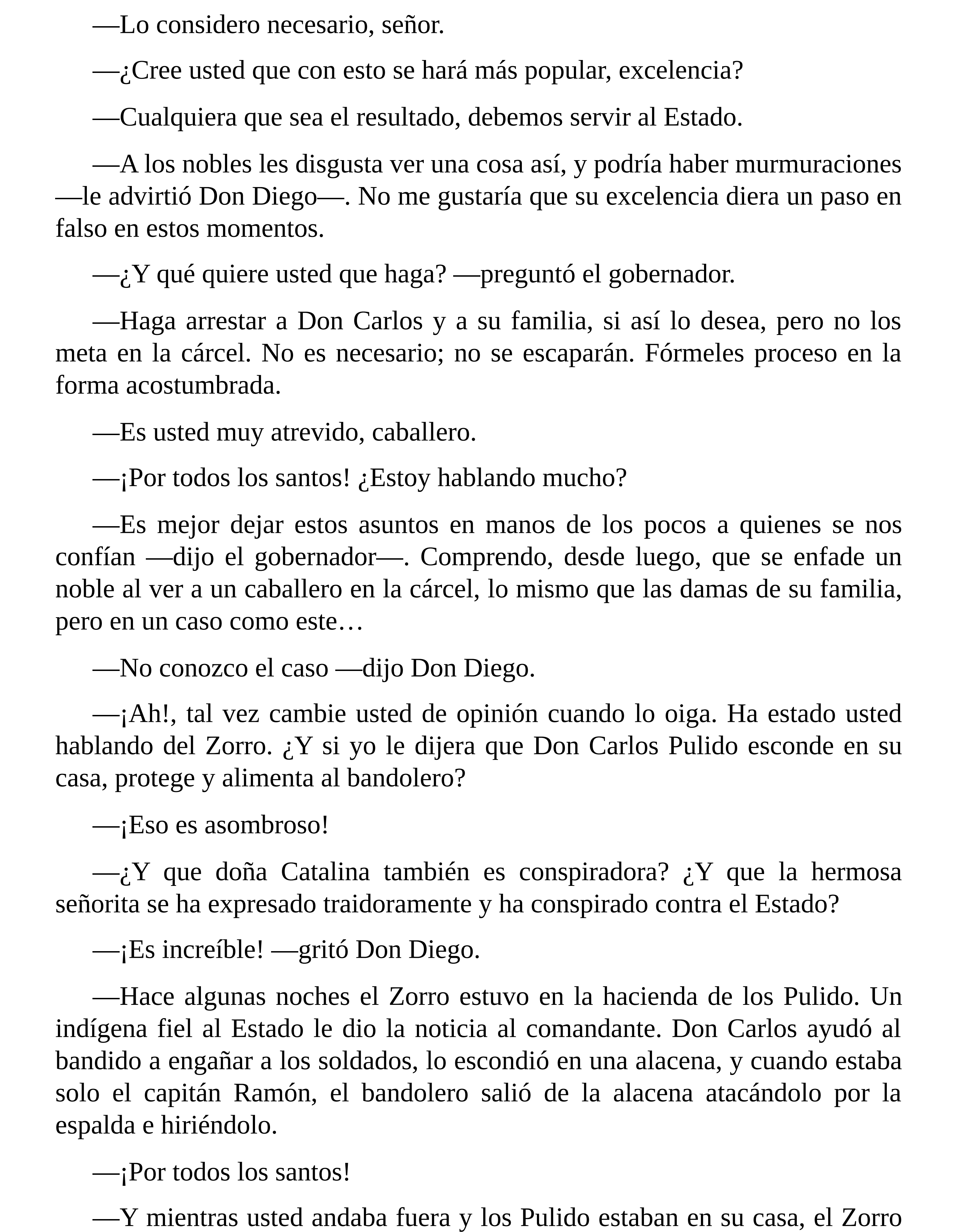
—Todavía no, excelencia.

—Entonces, su honor está a salvo, Don Diego.

—Pero la he estado cortejando.

—Pues de usted gracias al cielo que las cosas no han llegado a más, Don Diego. Imagínese lo que sería para usted si ya estuviera aliado a esta familia. En cuanto a conseguirse esposa, vaya usted al norte conmigo, a San Francisco de Asís, caballero, en donde las señoritas son mucho más hermosas que las del sur. Vea a todas las jóvenes nobles, y dígame a cuál prefiere, y yo le garantizo que la dama lo aceptará por esposo. Y también puedo garantizarle que será miembro de una familia leal, con la cual no será vergonzoso unirse. Le conseguiremos una esposa digna de usted, caballero.

—Perdone la indiscreción, pero ¿no es una medida demasiado estricta meter a Don Carlos y a las damas de su familia en la cárcel? —preguntó Don



Diego, sacudiéndose el polvo de la manga con los dedos.

—Lo considero necesario, señor.

—¿Cree usted que con esto se hará más popular, excelencia?

—Cualquiera que sea el resultado, debemos servir al Estado.

—A los nobles les disgusta ver una cosa así, y podría haber murmuraciones —le advirtió Don Diego—. No me gustaría que su excelencia diera un paso en falso en estos momentos.

—¿Y qué quiere usted que haga? —preguntó el gobernador.

—Haga arrestar a Don Carlos y a su familia, si así lo desea, pero no los meta en la cárcel. No es necesario; no se escaparán. Fórmeles proceso en la forma acostumbrada.

—Es usted muy atrevido, caballero.

—¡Por todos los santos! ¿Estoy hablando mucho?

—Es mejor dejar estos asuntos en manos de los pocos a quienes se nos confían —dijo el gobernador—. Comprendo, desde luego, que se enfade un noble al ver a un caballero en la cárcel, lo mismo que las damas de su familia, pero en un caso como este…

—No conozco el caso —dijo Don Diego.

—¡Ah!, tal vez cambie usted de opinión cuando lo oiga. Ha estado usted hablando del Zorro. ¿Y si yo le dijera que Don Carlos Pulido esconde en su casa, protege y alimenta al bandolero?

—¡Eso es asombroso!

—¿Y que doña Catalina también es conspiradora? ¿Y que la hermosa señorita se ha expresado traidoramente y ha conspirado contra el Estado?

—¡Es increíble! —gritó Don Diego.

—Hace algunas noches el Zorro estuvo en la hacienda de los Pulido. Un indígena fiel al Estado le dio la noticia al comandante. Don Carlos ayudó al bandido a engañar a los soldados, lo escondió en una alacena, y cuando estaba solo el capitán Ramón, el bandolero salió de la alacena atacándolo por la espalda e hiriéndolo.

—¡Por todos los santos!

—Y mientras usted andaba fuera y los Pulido estaban en su casa, el Zorro estuvo en su casa, hablando con la señorita, y en esos momentos entró el comandante. La señorita agarró al capitán del brazo y lo detuvo hasta que pudo escapar el Zorro.

—¡Es inconcebible!

—El capitán Ramón me ha dado cien ejemplos igualmente sospechosos. ¿Le sorprende ahora que los haya metido en la cárcel? Si solamente los arrestara, el Zorro uniría sus fuerzas a las de ellos y los ayudaría a escapar.

—¿Y cuáles son sus intenciones, excelencia?

—Los dejaré en la cárcel mientras mis soldados capturan al bandolero. Lo obligaré a confesar la complicidad de ellos, y luego serán procesados.

—¡Qué tiempos tan turbulentos! —exclamó amargamente Don Diego.

—Como hombre fiel (y espero que como admirador mío), debería usted desear que los enemigos del Estado sean condenados.

—Efectivamente, lo deseo de todo corazón. Todos los verdaderos enemigos del Estado deberían recibir su castigo.

—¡Me regocija oírlo hablar así, caballero! —gritó el gobernador, estrechando efusivamente la mano de Don Diego.

Hablaron otro rato de cosas generales, y entonces Don Diego se despidió, pues habla otros caballeros esperando ver al gobernador. Al salir Don Diego de la oficina, el gobernador se volvió y sonrió al capitán Ramón.

—Tiene usted razón, comandante —dijo—; un hombre como ese no podría ser traidor. Se fatigaría demasiado de pensar en traiciones. ¡Qué hombre! Es como para volver loco al audaz de su padre.

Don Diego emprendió el regreso loma abajo a paso lento, saludando a todos los que se encontraba a su paso, y deteniéndose nuevamente a contemplar la flor que estaba a un lado del camino. Al llegar a la plaza se encontró con un joven caballero a quien le daba gusto poderlo llamar amigo, pues era uno de los de la pequeña banda que habían estado en la hacienda de Don Alejandro aquella noche.

—¡Ah! ¡Muy buenos días, Don Diego! —le dijo. Y luego bajó la voz y se acercó a Don Diego—. ¿Por casualidad no le ha enviado un mensaje hoy el hombre que llamamos nuestro guía?

—¡Santo cielo, no! —dijo Don Diego—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Este asunto de los Pulido. Es un ultraje. Hemos estado pensando si nuestro guía no tiene intenciones de hacer algo, y esperamos un aviso.

—¡Por todos los santos! ¡Ay, espero que no! —dijo Don Diego—. No podría soportar una aventura esta noche. Yo… hum… me duele la cabeza y me temo que me va a dar fiebre. Tendré que ver al boticario. Tengo escalofríos por todo el cuerpo. ¿No es ese un síntoma? A la hora de la siesta tuve un dolor

en la pierna izquierda, arriba de la rodilla. Debe ser este tiempo.

—Esperemos que no sea nada serio —su amigo rio, y alejándose a toda prisa atravesó la plaza.

30

LA SEÑAL DEL ZORRO

Ya entrada la noche, un indígena buscaba a Uno de los caballeros para decirle que un señor deseaba hablarle inmediatamente; que este señor seguramente tenía mucho dinero, pues le había dado al indígena una moneda por cumplir el encargo, cuando podía haberle dado tan solo un golpe en la cabeza. También, que este misterioso caballero estaría esperando por la vereda de San Gabriel, y para estar seguro de que el caballero iría le suplicó al indígena que le dijera que andaba un zorro por los alrededores.

—¡Un zorro, Zorro! —pensó el caballero, y sorprendió nuevamente al indígena al darle otra moneda.

Se dirigió inmediatamente al lugar de la cita y allí encontró al Zorro en su caballo, con la máscara y la capa que lo caracterizaban.

—Les avisará usted a todos, caballero —dijo el Zorro—. Quiero que todos los hombres que son fieles y deseen hacerlo, se reúnan a media noche en el pequeño valle que queda atrás de la loma. ¿Conoce usted el lugar? ¿Sí? Yo estaré esperando.

Entonces el Zorro hizo girar a su caballo y desapareció en la obscuridad a todo escape. El caballero regresó al pueblo y les avisó a todos aquellos con quienes sabía que podía contar, recomendándoles que avisaran a los otros miembros de la liga. Uno de ellos fue a la casa de Don Diego, pero el mayordomo le dijo que Don Diego tenía fiebre y se había acostado, diciendo que despellejaría vivo al primer criado que se atreviera a entrar, a menos que él lo llamara.

Cerca de la medianoche los caballeros comenzaron a salir del pueblo uno por uno, cada uno montado en su mejor caballo y armados con espada y pistola. Llevaban también máscaras para ponerse en cualquier momento dado, pues esa era una de las cosas que se habían acordado en la hacienda de Don Alejandro.

El pueblo estaba a obscuras, excepción hecha de la taberna, en donde algunos soldados de la escolta de su excelencia se divertían con los soldados locales, pues el sargento Pedro González había regresado con sus hombres al

atardecer, feliz de estar de regreso después de una búsqueda inútil y esperando que la próxima pista sería mejor.

Los que estaban en la taberna habían ido del presidio, casi todos dejando sus caballos allí, sin sillas ni bridas, pues no soñaban con tener un encuentro con el Zorro esa noche. El posadero estaba muy ocupado, pues los soldados del norte traían muchas monedas y estaban dispuestos a gastarlas. El sargento González, tratando de ser el centro de atracción, como de costumbre, daba detalles al por mayor de lo que le haría al Zorro si los santos querían ser tan buenos de permitirle que se lo encontrara trayendo su espada en la mano.

También en el salón grande del presidio había luces, pues solo unos cuantos soldados se habían ido a acostar, así como en la casa donde se hospedaba el gobernador; pero por lo demás, el pueblo estaba a obscuras y la gente dormía.

En la cárcel no había más que una vela encendida en la oficina, y un soldado soñoliento hacía la guardia. El carcelero estaba en su cama y los prisioneros se quejaban en las duras bancas de la celda. Don Carlos Pulido estaba parado frente a su ventana, mirando a las estrellas; su esposa y su hija estaban acurrucadas en una banca cerca de él, sin poder dormir en ese ambiente.

Los caballeros encontraron al Zorro esperándolos como lo había dicho, pero se portó muy retraído, hablando muy poco, hasta que todos estuvieron reunidos.

—¿Están todos aquí? —preguntó.

—Todos, menos Don Diego De la Vega —respondió uno de ellos—. Tiene fiebre, señor.

Todos rieron a esto, pues se imaginaban que la fiebre le había dado por cobardía.

—Me imagino que saben qué es lo que me propongo —dijo el Zorro—. Sabemos lo que les ha pasado a Don Carlos Pulido y a las damas de su familia. Sabemos que son inocentes, y aún, de no serlo, no deberían haber sido encarcelados junto con malhechores comunes y con borrachos. ¡Piensen en esas gentiles damas en tal ambiente! ¡Piénsenlo…! ¡Y todo porque el gobernador le tiene mala voluntad a Don Carlos! ¿Es la intención de la liga poner manos a la obra en este asunto? Si no lo es, yo haré algo, solo.

—¡Rescatarlas! —dijo un caballero, y los demás aprobaron—. He aquí una oportunidad para lanzarse a una aventura que los llenará de orgullo y dignidad.

—Debemos entrar al pueblo muy callados —dijo el Zorro—. No hay luna, y no nos verán si entramos con cautela. Nos acercaremos a la cárcel por el sur.

Cada uno tendrá una tarea que desempeñar. Unos rodearán el edificio para dar la voz de alarma, si se acerca alguien. Otros deberán estar preparados para luchar con los soldados, si dan la alarma, y los demás entrarán a la cárcel conmigo para rescatar a los prisioneros. Eso no es más que el principio. Don Carlos es un hombre muy orgulloso, y si tiene tiempo de reflexionar, se rehusará a que lo rescaten. No podemos permitir eso. Algunos lo agarrarán y lo sacarán del lugar. Otros cuidarán de doña Catalina y yo me encargaré de la señorita… Y ya que los tengamos libres, ¿qué?

Oyó algunos murmullos, pero nadie dio la respuesta, de modo que continuó trazando el plan:

—Todos cabalgaremos juntos por el camino unas cuantas millas más abajo —dijo—. Allí nos dispersaremos. Los que lleven a doña Catalina se irán rápidamente a la hacienda de Don Alejandro De la Vega, en donde podrán esconderla si es necesario; los soldados del gobernador vacilarán antes de entrar a capturarla. Los que tengan a su cargo a Don Carlos tomarán el camino de Pala; en determinado punto, a unas diez millas del pueblo, los estarán esperando dos indígenas, quienes les darán la señal del Zorro. Los indígenas se harán cargo de Don Carlos. Cuando se haya terminado todo esto, cada uno de ustedes se irá a su casa solo, sin hacer ruido; podrán contar lo que quieran, pero deberán andar con mucha cautela. Para entonces yo habré llevado a la señorita a un lugar seguro. Se quedará encargada con fray Felipe, un hombre en quien podemos confiar, y él la esconderá si es necesario. Entonces esperaremos para ver qué hace el gobernador.

—¿Qué puede hacer? —preguntó un caballero—. Hacer que los busquen, por supuesto.

—Tendremos que esperar los acontecimientos —dijo el Zorro—. ¿Todos están listos?

Le contestaron afirmativamente, y entonces él designó hombres para cada tarea. Partieron del pequeño valle y cabalgaron a paso lento con mucha precaución alrededor del pueblo, y entraron por el sur.

Oyeron a los soldados gritando y cantando en la taberna, vieron las luces del presidio, y se deslizaron hacia la cárcel, con mucha cautela, de dos en dos.

A los pocos minutos, el grupo de hombres decididos y callados ya tenían cercado el edificio y entonces el Zorro y otros cuatro se apearon y caminaron hacia la puerta de la cárcel.

EL RESCATE

El Zorro llamó a la puerta con la empuñadura de su espada. Oyeron el grito ahogado de un hombre, y enseguida sus pasos. A poco salió la luz por la rejilla y por ella vieron la cara soñolienta del guardia.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

El Zorro metió el cañón de su pistola por la rejilla, apuntando a la cara del guardia, de tal manera que no podía cerrarse la puertecilla.

—¡Abre, si aprecias tu vida en algo! ¡Abre, y no hagas el menor ruido! —ordenó el Zorro.

—¿Qué… qué es esto?

—¡El Zorro te está hablando!

—¡Por todos los santos!

—¡Abre, imbécil, o mueres ahora mismo!

—A… abriré. ¡No dispare, buen señor! ¡No soy más que un pobre guardia y no un hombre de armas tomar! ¡Le ruego que no dispare!

—¡Abre pronto!

—En cuanto pueda meter la llave en el cerrojo, buen señor Zorro.

Oyeron el ruido que hacían las llaves al chocar unas con otras, y por fin una de ellas entró al cerrojo y se abrió la puerta. El Zorro y sus cuatro compañeros se lanzaron hacia adentro, cerrando la puerta nuevamente con llave. El guardia vio la boca de una pistola apuntándole a la cabeza, y se hubiera arrodillado ante estos cinco enmascarados si uno de ellos no lo hubiera alzado de los cabellos.

—¿En dónde duerme el guardián de esta cueva infernal? —preguntó el Zorro.

—En aquel cuarto, señor.

—¿Y en dónde están Don Carlos Pulido y las damas?

—En el cuarto común de prisioneros, señor.

El Zorro hizo un ademán a los otros, y a pasos agigantados caminaron hacia la puerta del cuarto del guardián. El hombre ya se había sentado en su cama al oír ruido en el otro cuarto; abrió los ojos desmesuradamente cuando vio al bandolero a la luz de la vela.

—No se mueva, señor —le advirtió el Zorro—; un grito y lo mato. Está

usted delante del Zorro.

—Que el cielo me guarde…

—¿Dónde están las llaves del cuarto de los prisioneros?

—En… en aquella mesa, señor.

El Zorro las tomó, se volvió nuevamente hacia el guardián y le dijo:

—¡Acuéstate! ¡Boca abajo, truhan!

El Zorro hizo tiras de una sábana, le amarró los pies y las manos, y lo amordazó.

—Para librarte de la muerte —le dijo—, será necesario que te quedes tal como estás, sin hacer ruido, hasta mucho después de que nos hayamos ido. Tú decidirás qué tanto tiempo.

Entonces el Zorro regresó a la oficina principal, haciendo un ademán a los otros para que lo siguieran, y siguió el camino por el pestilente corredor.

—¿Cuál es la puerta? —le preguntó al guardia.

—La segunda, señor.

Llegaron hasta ella, el Zorro metió la llave y la abrió. Obligó al guardia a sostener la vela sobre su cabeza en tanto entraba en el calabozo.

Una exclamación de lástima salió del bandolero. Vio al anciano caballero parado cerca de la ventana, a las dos mujeres acurrucadas sobre una banca y a los viles malhechores que tenían por compañeros en ese inmundo lugar.

—¡Qué el cielo perdone al gobernador! —gritó.

Lolita alzó la vista alarmada, y luego dio un grito de alegría. Don Carlos se volvió al oír las palabras del Zorro.

—¡El Zorro! —exclamó.

—El mismo, Don Carlos. He venido a rescatarlos con unos amigos.

—No puedo permitirlo, señor. No huiré de mi destino. Y no me serviría de nada que usted me rescatara, pues todo lo contrario, empeoraría mi situación. Se me acusa de protegerlo, según entiendo. En estas circunstancias, ¿cómo se vería si usted efectuara el rescate?

—No tenemos tiempo para discutir —dijo el Zorro—. No vengo solo, traje veintiséis hombres conmigo, y un noble y dos damas tan gentiles como su esposa e hija no van a pasarse toda una noche en esta cueva tan miserable si podemos evitarlo. ¡Caballeros!

Esta última palabra fue una orden. Dos de los caballeros se abalanzaron

sobre Don Carlos, lo sujetaron rápidamente y lo cargaron por el corredor hasta la oficina. Otros dos tomaron a doña Catalina por los brazos, con mucha gentileza, y también se la llevaron.

El Zorro hizo una reverencia ante Lolita y le ofreció la mano, que ella tomó inmediatamente.

—Debe usted confiar en mí, señorita —dijo él.

—Amar es confiar, señor.

—Todo está arreglado. No pregunte nada, y haga todo lo que yo le diga. Vamos.

Abrazándola, la sacó del cuarto de los prisioneros, y dejó la puerta abierta; si algunos de los infelices que se encontraban allí se querían salir, no sería él quien se los impidiera. Se suponía que más de la mitad estarían ahí por injusticia de la autoridad.

Don Carlos estaba haciendo un escándalo bárbaro, gritando que no quería que lo rescataran, que se quedaría a esperar el juicio del gobernador para demostrar qué clase de sangre era la suya. Doña Catalina lloriqueaba un poco de miedo, pero no opuso resistencia.

Llegaron a la oficina, y el Zorro obligó al guardia a que se fuera a un rincón, diciéndole que se quedara allí hasta mucho después que ellos se hubieran ido. Entonces uno de los caballeros abrió la puerta de salida.

En esos momentos había un tumulto afuera. Eran dos soldados que se acercaban con un individuo a quien habían sorprendido robando en la taberna, y los caballeros los habían detenido. Un vistazo a las máscaras, y los soldados se habían dado cuenta de que algo andaba mal.

Uno de los soldados disparó su pistola, y un caballero contestó el disparo; ambos fallaron. Pero el tiroteo atrajo la atención de los que estaban en la taberna y de los guardias del presidio.

Los soldados del presidio despertaron inmediatamente y se quedaron en lugar de los guardias, mientras estos montaban sobre sus caballos y se iban a todo galope loma abajo para averiguar cuál era la causa del tumulto a esas horas de la noche. El sargento Pedro González y otros salieron rápidamente de la taberna. El Zorro y sus compañeros se encontraron con que tenían que enfrentarse con los soldados en el momento en que menos se lo esperaban.

El guardián de la cárcel se había dado maña para quitarse la mordaza y las ligaduras y empezó a dar alaridos por la ventana de su cuarto, gritando que el Zorro estaba rescatando a los prisioneros. El sargento González oyó sus alaridos, y a su vez gritó a sus hombres que lo siguieran y se ganaran una parte de la recompensa de su excelencia.

Pero ya los caballeros tenían a los prisioneros en sus caballos, y clavando las espuelas, pasaron a todo escape por entre la multitud que empezaba a juntarse, hacia la plaza y el camino.

Las balas les pasaban rozando muy de cerca, pero ninguno resultó herido. Don Carlos Pulido seguía gritando que no quería que lo rescataran. Doña Catalina se había desmayado, lo cual había tranquilizado al caballero que iba encargado de ella, pues así podía dedicar toda su atención a su caballo y a sus armas.

El Zorro iba a todo galope con la señorita Lolita sentada en la silla delante de él. Clavó las espuelas en su magnífico animal pasando a todos los demás, para mostrarles el camino. Cuando llegaron al sitio indicado, detuvo a su caballo para observar a todos los demás y asegurarse de que no había habido bajas.

—¡A cumplir sus órdenes, caballeros! —ordenó, al cerciorarse de que todos habían escapado sanos y salvos.

La banda se dividió en tres partes. Una se fue por el camino de Pala con Don Carlos; otra tomó el camino que iba a la hacienda de Don Alejandro; el Zorro, sin compañeros, galopaba hacia la misión de fray Felipe; Lolita iba fuertemente abrazada a su cuello y le hablaba al oído.

—Ya sabía yo que vendría por mí, señor, que es usted un hombre de verdad, y no dejaría que mis padres y yo permaneciéramos en ese lugar tan horrible.

El Zorro no le contestó con palabras, pues no era el momento apropiado, ya que sus enemigos los seguían muy de cerca, pero la estrechó más contra su pecho.

Había llegado a la cima de la primera loma, y detuvo su caballo para oír si venían persiguiéndolo, y para ver las luces titilantes a lo lejos.

Ya había infinidad de luces en la plaza, en todas las casas, pues la gente se había despertado. El presidio estaba completamente iluminado; oyó el toque de la trompeta y se imaginó que todos los soldados que estaban allí irían en su persecución.

De pronto escuchó el ruido de caballos que venían a todo galope. Los soldados sabían qué dirección habían tomado los rescatadores; la persecución sería veloz e implacable debido a la presencia del gobernador que les ofrecería fabulosas recompensas e incitaría a sus hombres, prometiéndoles elevados puestos y ascensos.

Pero el Zorro se alegraba de una cosa mientras cabalgaba por el camino con Lolita abrazada a él y el viento cortándole la cara: la persecución tendría

que dividirse en tres partes.

Apretó a Lolita contra su pecho, clavó las espuelas al caballo y cabalgó a toda velocidad.

32

BARRIOS CONTIGUOS

La luna salió por detrás de la loma.

El Zorro hubiera querido que esta noche hubiese estado muy nublada, sin luna, pues iba subiendo por la vereda; sus perseguidores iban muy cerca y podían verlo muy bien contra la luz de la luna.

Los caballos de los soldados estaban frescos, y la mayoría de los de la escolta de su excelencia eran bestias magníficas, tan veloces como las mejores y capaces de resistir muchas millas corriendo a todo galope.

El Zorro solo pensaba en hacer que su caballo galopara lo más veloz que le fuera posible para poner la mayor distancia que se pudiera entre él y los que lo seguían, ya que al final del viaje necesitaría bastante tiempo para poder llevar a cabo lo que se había propuesto.

Se inclinó hasta quedar semiacostado sobre el caballo, casi transformándose en parte del animal, como todo buen caballista. Llegó a la cima de otra loma y echó un vistazo hacia atrás antes de comenzar a bajar al valle. Alcanzó a ver al soldado que venía más adelante que sus compañeros.

Si el Zorro hubiera estado solo, indudablemente que esta situación no le hubiera preocupado en absoluto, pues muchas veces se había visto en apuros mayores y había escapado. Pero ahora llevaba a Lolita en la silla y quería dejarla en un lugar seguro, no solo por tratarse de su amada, sino porque él no era un hombre capaz de dejar que volvieran a capturar a un prisionero a quien acababa de rescatar, pues eso sería una afrenta a su valor y a su destreza.

Cabalgaron milla tras milla, ambos silenciosos. El Zorro sabía que les había ganado algún terreno a sus perseguidores, pero no lo bastante para poder llevar a cabo el plan que se había trazado.

Volvió a clavar las espuelas en el caballo para hacerlo que galopara más aprisa, y volaron por el camino, pasando por algunas haciendas; los perros le ladraban, y pasaban por chozas de indígenas, que al oír el ruido de los cascos salían presurosos a ver de qué se trataba.

Pasó un rebaño de ovejas que llevaban sus dueños camino del mercado de

Reina de los Ángeles para venderlas, y las hizo que se dispersaran asustadas a ambos lados del camino. Los pastores se quedaron gritándole maldiciones y juntaron nuevamente a su rebaño en el centro del camino. Apenas terminaron de hacerlo, pasaron los perseguidores a todo galope, dispersando el rebaño nuevamente.

Siguió cabalgando el Zorro hasta que llegó a ver, a lo lejos, las misiones de San Gabriel a la luz de la luna. Llegó a una bifurcación del camino y tomó la vereda de la derecha, que iba a la hacienda de fray Felipe.

El Zorro conocía a los hombres, y esta noche confiaba en su criterio. Tendría que dejar a Lolita ya fuera en un lugar en donde hubiera mujeres o con un franciscano que la cuidara, pues el Zorro estaba decidido a proteger el buen nombre de su amada. De tal suerte, iba a confiar ciegamente en fray Felipe.

De pronto, llegaron a una parte del camino en donde la tierra estaba floja y el caballo no avanzaba gran cosa. El Zorro tenía pocas esperanzas de que los soldados tomaran el camino de San Gabriel al llegar a la bifurcación del camino, como lo hubieran hecho en una noche sin luna, y no hubieran podido ver de vez en cuando al hombre que perseguían. Estaba a una milla de la hacienda de fray Felipe, y una vez más clavó las espuelas para galopar más veloz y llegar cuanto antes.

—No tendré mucho tiempo, señorita —le dijo, inclinándose y hablándole al oído—. Todo dependerá de que no salga yo defraudado en la confianza que le tengo a un hombre. Solo le pido que confíe en mí.

—Usted sabe que así es, señor.

—Y también deberá confiar en el hombre con quien la llevaré, señorita, y obedecerlo en todo lo relacionado con esta aventura. Ese hombre es un fraile.

—Entonces todo saldrá bien, señor —repuso ella, acercándose al Zorro.

—Si los santos lo quieren, nos veremos pronto, señorita. Estaré contando los minutos, que me parecerán siglos. Tengo la certeza de que pronto seremos felices.

—Con el favor de Dios —suspiró Lolita.

—Donde hay amor, hay esperanza.

—Entonces mi esperanza es muy grande, señor.

—Y la mía también —dijo él.

Entraron por la calzada de la hacienda y se lanzaron hacia la casa. La intención del Zorro era detenerse solo un momento para dejar a Lolita, esperando que fray Felipe pudiera protegerla, y después seguir haciendo mucho ruido para que los soldados lo siguieran a él. Quería hacerlos creer que

solo estaba tomando un atajo por la hacienda de fray Felipe, el otro camino, y no que se había detenido en la casa.

Detuvo a su caballo frente a los escalones de la terraza, saltó al suelo, bajó a Lolita y a toda prisa se la llevó a la puerta. Dio fuertes golpes, con la esperanza de que fray Felipe no tuviera el sueño pesado y se levantara pronto. A lo lejos se oyó el ruido que hacían los cascos de los caballos de los perseguidores.

Al Zorro le pareció que había pasado un siglo antes de que fray Felipe abriera la puerta; por fin abrió trayendo una vela consigo. El bandolero entró rápidamente y cerró la puerta tras él, para que no se viera la luz por fuera. Fray Felipe había retrocedido asombrado al ver al enmascarado y a la señorita.

—Yo soy el Zorro, fraile —dijo el bandolero, hablando muy aprisa y en voz baja—. Quizá esté usted de acuerdo en que me debe un favor.

—Por castigar a los que me maltrataron, le debo un favor muy grande, caballero, aunque la violencia va contra mis principios —respondió fray Felipe.

—Estaba seguro de no haberme equivocado al juzgarlo —continuó el Zorro—. Esta señorita es Lolita Pulido, la única hija de Don Carlos Pulido.

—¡Ah!

—Como sabrá usted, Don Carlos es amigo de los frailes y ha sido tan perseguido como ustedes. Según me he enterado, hoy llegó el gobernador a Reina de los Ángeles e hizo encarcelar a Don Carlos, so pretexto de que no vale nada. También hizo que encerraran a doña Catalina y a esta joven en el mismo cuarto de los borrachos y de las mujeres libertinas. Yo los rescaté, con la ayuda de algunos amigos.

—¡Qué el cielo lo bendiga, señor, por esa buena acción! —exclamó fray Felipe.

—Nos persiguen los soldados, fraile. No sería propio, desde luego, que la señorita siga conmigo. Permítale que se quede aquí y escóndala, fray Felipe, a menos que tema usted que esto le traiga mayores males.

—¡Señor! —contestó fray Felipe con voz de trueno.

—Si se la llevan los soldados, la pondrán de nuevo en la cárcel, y probablemente abusarán de ella. Cuídela usted, protéjala y así pagará con creces el favor que cree usted deberme.

—¿Y usted, señor?

—Seguiré adelante, con la esperanza de que los soldados me sigan sin detenerse aquí. Me comunicaré con usted más tarde, fray Felipe. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió solemnemente fray Felipe—. Permítame estrechar su mano, señor.

Se dieron un breve pero efusivo apretón de manos, y entonces el Zorro se dirigió hacia la puerta.

—Apague usted la vela —le indicó—. No deben ver ninguna luz cuando abra la puerta.

Fray Felipe obedeció y se quedaron a obscuras. Lolita sintió los labios del Zorro en los suyos, pues aquel se había alzado la máscara con ese objeto. Fray Felipe la abrazó.

—Ten valor, hija mía —dijo el fraile—. Según parece, el Zorro tiene más vidas que un gato, y algo me dice que no nació para que lo mataran los soldados de su excelencia.

El bandolero rio al oír eso, abrió la puerta, cerrándola al salir.

Frente a la casa había unos árboles de eucalipto muy grandes que la cubrían con su sombra, y era allí donde el Zorro había dejado su caballo. Al caminar hacia su bestia, observó que los soldados ya venían por la calzada y que estaban mucho más cerca de lo que él había creído al salir de la casa.

Corrió veloz a montar, pero tropezó con una piedra, y cayó. El animal, asustado, retrocedió un poco, quedando a unos doce pasos del Zorro y completamente bañado por la luz de la luna.

El soldado que venía más adelante gritó al ver al caballo, lanzándose sobre él. El Zorro se levantó y pescando las riendas montó sobre la silla de un salto.

Pero ya lo habían alcanzado y lo tenían completamente rodeado. Las espadas brillaban a la luz de la luna. Oyó la voz ronca del sargento González gritando a sus hombres.

—¡Vivo, si pueden, soldados! A su excelencia le gustaría verlo sufrir por sus crímenes. ¡A él, soldados! ¡Por todos los santos!

El Zorro paró una estocada con mucho esfuerzo y cayó del caballo. Siguió peleando a pie para poder llegar a la sombra y los soldados se lanzaron tras él. Peleaba contra todos, de espaldas al tronco de un árbol.

Tres de ellos se apearon para atacarlo. El Zorro corría de un árbol a otro, sin poder llegar hasta donde estaba su corcel; pero cerca de él estaba uno de los caballos de los soldados que se habían apeado. Con la rapidez de una flecha montó y escapó a todo galope hacia los establos y el corral.

—¡Tras él! —Oyó gritar al sargento González—. Su excelencia nos hará desollar vivos si se nos escapa el guapo esta vez.

Se precipitaron tras él, ansiosos de ganarse un ascenso y la recompensa, pero el Zorro había ganado alguna ventaja, la suficiente para poder jugarles un truco. Al quedar bajo la sombra de uno de los grandes establos, se apeó del caballo deslizándose con mucha suavidad, clavando al mismo tiempo cruelmente las espuelas al caballo. El animal se precipitó hacia adelante, relinchando de dolor y de pánico, y corrió veloz al corral que quedaba a las faldas de la loma. Los soldados se lanzaron a perseguirlo.

El Zorro esperó hasta que hubieron pasado y entonces volvió a subir la loma corriendo, pero vio que algunos de los soldados se habían quedado cuidando la casa, seguramente con la intención de registrarla más tarde; de manera que no podía llegar adonde estaba su caballo.

Entonces dio aquel grito tan especial, entre alarido y quejido, con el cual había asustado a los de la hacienda de Don Carlos Pulido. Su caballo levantó la cabeza, relinchó como contestando al grito de su amo y se fue galopando hacia él.

El Zorro montó instantáneamente, galopando por una siembra que estaba directamente frente a él. El caballo saltó por una barda de piedras con una facilidad pasmosa, y tras ellos se lanzaron rápidamente algunos de los soldados de caballería.

Habían descubierto su truco. Lo atacaron por ambos lados, siguiéndolo por detrás, y tratando de cortarle la retirada. Oía al sargento González gritar vigorosamente para que lo capturaran en nombre del gobernador.

El Zorro tenía la esperanza de haberlos alejado de la casa de fray Felipe, pero no estaba seguro y necesitaba concentrar toda su atención en su huida.

Instigaba al caballo cruelmente, pues sabía se le estaban acabando las fuerzas en la tierra labrada. Ansiaba llegar al piso duro, al camino ancho.

Por fin llegó. Entonces dio vuelta hacia Reina de los Ángeles, pues tenía algo que hacer allá. Ya no llevaba a Lolita en la silla y el caballo notaba la diferencia.

El Zorro echó un vistazo hacia atrás y se regocijó al ver que estaba corriendo en sentido opuesto al de los soldados. Al bajar por esta loma, los eludiría.

Pero tenía que irse con cuidado, naturalmente, ya que también podía haber soldados por esta parte del camino. Su excelencia podría haber enviado refuerzos al sargento González o haber dejado guardias en la cima de las lomas.

Miró al cielo y vio que la luna estaba por desaparecer tras un grupo de nubes. Pensó que tendría que aprovechar ese corto rato de obscuridad.

Se dirigió hacia el pequeño valle y echó un vistazo hacia atrás. Sus perseguidores iban llegando apenas a la cima de la loma. Se escondió la luna y todo quedó en la obscuridad, muy a tiempo. El Zorro llevaba una ventaja de media milla sobre los soldados y no tenía intenciones de dejar que lo siguieran hasta el pueblo.

En este lugar tenía amigos. A un lado del camino había una choza de adobe en donde vivía un indígena a quien el Zorro había salvado de una azotaina. Se apeó delante de la choza y llamó a la puerta. El indígena, asustado, abrió.

—Me vienen persiguiendo —dijo el Zorro.

No tuvo que decir más; el indígena abrió la puerta de par en par inmediatamente. El Zorro metió a su caballo, el cual ocupó casi toda la casita, y la puerta se cerró nuevamente.

El bandolero y el indígena se quedaron escuchando detrás de la puerta, aquel con su pistola en una mano y la espada en la otra.

33

HUIDA Y PERSECUCIÓN

El hecho de que la persecución tan encarnizada del Zorro y su banda de caballeros de la cárcel hubiera empezado tan pronto, se debía al sargento González.

El sargento había escuchado los disparos y había salido a toda prisa de la taberna seguido de sus soldados, feliz de tener un pretexto para irse sin pagar por el vino que había pedido. Al oír los gritos del carcelero, le había entendido, captando la situación al instante.

—¡El Zorro está rescatando a los prisioneros! —gritó—. ¡El bandolero está entre nosotros otra vez! ¡A caballo, soldados, vamos tras él! Hay una recompensa…

Todos sabían lo de la recompensa, sobre todo los miembros de la escolta del gobernador, que habían visto cómo se enfurecía su excelencia al oír el nombre del bandolero, prometiéndoles que al soldado que lo capturara vivo o le trajera su cadáver, lo ascendería al grado de capitán.

Se dirigieron rápidamente a sus caballos, montaron y se encaminaron hacia la cárcel, guiados por el sargento González.

Vieron a los caballeros enmascarados galopar a través de la plaza, y el sargento González se frotó los ojos con una mano, creyendo que había bebido

demasiado. Había mentido tan a menudo diciendo que el Zorro tenía una banda de secuaces, que esta había tomado cuerpo, con sus falsedades.

Al dividirse los caballeros en tres bandos, el sargento González y sus soldados estaban tan cerca que pudieron observar la maniobra. González formó rápidamente tres tropas con sus soldados, enviando una a seguir a cada uno de los bandos.

Vio al guía de los caballeros doblar hacia San Gabriel, reconociendo al caballo del bandolero por la cabriola que hizo. Se lanzó en persecución del Zorro con el corazón rebosante, con la idea de capturar o matar al bandolero mejor que recapturar a los prisioneros que habían sido rescatados, pues el sargento González no se había olvidado de aquella ocasión en que el Zorro se había burlado de él en la taberna de Reina de los Ángeles, y no cejaba en su idea de vengarse.

Había ya visto correr al caballo del Zorro, y se preguntaba por qué esta vez no habría más distancia entre el bandolero y sus perseguidores, y adivinó cuál era la causa. El Zorro llevaba a Lolita Pulido en la silla de su caballo.

González iba adelante, y de vez en cuando volvía para dar órdenes y alentar a sus soldados. Parecía que volaba por el camino, y se alegraba de no perder de vista al Zorro.

—¡Va hacia la misión de fray Felipe! —se dijo—. ¡Ya sabía yo que el viejo fraile estaba de acuerdo con el bandido! No sé cómo, pero el fraile se burló de mí cuando vine a buscar al Zorro a su hacienda. Tal vez el bandolero tenga allí un escondite muy bueno; ¡bah! ¡Pero por todos los santos, no me engañarán otra vez!

Siguieron cabalgando, viendo a su enemigo de cuando en cuando, y todos pensando en la recompensa y en el ascenso si lo capturaban. Sus caballos empezaban a fatigarse ya, pero no disminuían la velocidad.

Vieron al Zorro entrar por la calzada de la casa de fray Felipe; y el sargento rio consigo mismo al ver que había adivinado los planes del Zorro.

¡Ahora sí tenía al Zorro en su poder! Si el bandolero seguía cabalgando, lo podrían ver y seguir debido a la luz de la luna; si se detenía, no podría habérselas con diez soldados guiados por González.

Se precipitaron frente a la casa, rodeándola. Vieron el caballo del Zorro y enseguida al bandolero. González dijo una maldición porque había media docena de soldados entre él y su presa, atacándolo con sus espadas y posiblemente terminarían todo antes de que él pudiera llegar a la escena.

Trató de obligar a su caballo a llegar al lugar donde peleaban. Vio al Zorro saltar a un caballo y huir, y a los soldados perseguirlo. No estando cerca,

González se dedicó a dar órdenes a los soldados para que rodearan la casa y cuidaran de que no Saliera nadie de ella.

Entonces vio al Zorro saltar por la barda de piedras y lo siguió; lo siguieron todos menos los guardias que rodeaban la casa. Pero el sargento González no llegó más que hasta la cima de la primera loma, pues al ver cómo corría el caballo del bandolero se dio cuenta de que no podría alcanzarlo. Tal vez el sargento ganaría alguna gloria si regresaba a la casa de fray Felipe y volviera a capturar a la señorita.

Cuando se apeó frente a la casa, aún estaba rodeada, y sus hombres le informaron que nadie había tratado de salir. Llamó a dos de ellos y golpeó la puerta. Casi instantáneamente abrió fray Felipe.

—¿Se acaba usted de levantar, fraile? —preguntó González.

—¿Acaso no es hora de que un hombre de bien esté acostado? —preguntó fray Felipe a su vez.

—Así es, fraile, y sin embargo, usted no estaba acostado. ¿Cómo es que no había salido antes? ¿No hicimos bastante ruido para despertarlo?

—Oí ruido de pelea…

—Y tal vez oirá más, fraile, o sentirá más latigazos a menos que conteste rápidamente. ¿Niega usted que haya estado aquí el Zorro?

—No lo niego.

—¡Ah! Ya lo tengo. ¿Reconoce usted, entonces, que es usted cómplice del bandolero, que lo protege en algunas ocasiones? ¿Lo admite, fraile?

—No admito nada de eso —respondió fray Felipe—. Nunca había visto al Zorro, que yo sepa, hasta hace unos minutos.

—¡Muy verosímil! Cuéntele esa historia a los tontos, pero no a un soldado inteligente, fraile. ¿Qué quería el Zorro?

—Le seguían ustedes tan de cerca, señor, que casi no tuvo tiempo de pedir nada —dijo fray Felipe.

—¿Pero habló usted con él?

—Abrí la puerta cuando llamó, igual que al llegar usted.

—¿Qué dijo?

—Que lo venían persiguiendo los soldados.

—¿Y le pidió que lo escondiera, para que no pudiéramos capturarlo?

—No.

—Quería un caballo fresco, ¿no es así?

—No dijo eso, señor. Si es tan ladrón como lo pintan, sin, duda que habría tomado el caballo sin pedirlo, de haberlo querido.

—¡Ah! ¿Entonces, para qué lo quería a usted? Sería mejor que dijera la verdad, fraile.

—¿Acaso dije que tenía algo conmigo?

—¡Ah! ¡Por todos los santos!

—¡Los santos están mejor fuera de su boca, borracho presumido!

—¿Quiere usted que lo azoten otra vez, fraile? Estoy cumpliendo órdenes del gobernador. ¡No me entretenga más! ¿Qué dijo el bandolero?

—Nada que pueda yo repetirle, señor —dijo fray Felipe.

El sargento González lo empujó bruscamente a un lado y entró a la sala seguido de sus dos soldados.

—Enciendan el candelero —les ordenó a sus hombres—. Traigan unas velas, si las encuentran. Vamos a registrar la casa.

—¿Van a registrar mi pobre casa? —gritó fray Felipe—. ¿Y qué esperan encontrar?

—Espero encontrar una pieza de mercancía que el guapo Zorro dejó aquí, fraile.

—¿Qué es lo que se imagina que haya dejado?

—¡Ah! ¡Un paquete de ropa, supongo! Un bulto con su botín. Una botella de vino. Una silla para remendar. Hay algo que me inquieta: el caballo del Zorro traía doble carga al llegar a su casa, fraile, y no llevaba más que al Zorro cuando se fue.

—Y espera usted encontrar…

—La otra mitad de la carga —repuso González—. Si no la encontramos, le torceremos a usted el brazo una o dos veces, a ver si así habla.

—¿Se atreverían? ¿Harían tal afrenta a un fraile? ¿Se rebajarían hasta la tortura?

—¡Por las barbas de Satanás! —gritó González—. Me engañó una vez no sé cómo, pero no lo hará nuevamente. Registren la casa, soldados, y háganlo bien. Yo me quedaré en este cuarto haciéndole compañía al fraile. Trataré de descubrir qué sintió mientras lo estaban azotando por estafador.

—¡Bruto, cobarde! —rugió fray Felipe—. Tal vez llegue un día en que

cesará la persecución.

—¡Por las barbas de Satanás!

—¡Ay, cuando acaben estos disturbios y los hombres honrados reciban justicia! —gritó fray Felipe—. ¡Cuándo los que fundaron este rico imperio reciban el fruto de su labor y de su temeridad en vez de que se lo roben los políticos sinvergüenzas y sus partidarios!

—¡Por las barbas de Satanás, fraile!

—¡Cuándo haya mil o más Zorros por todo el camino real que castiguen a los que hacen tanto mal! ¡A veces quisiera no ser fraile, para hacerlo yo mismo!

—Lo atraparíamos en menos que canta un gallo y le pondríamos la soga al cuello —dijo el sargento González—. Si cooperara usted más con los soldados de su excelencia, tal vez lo trataríamos mejor.

—¡Yo no ayudo a ningún fruto del diablo! —dijo fray Felipe.

—¡Ah! Se está usted enojando, y eso va contra sus principios. ¿Qué, el papel de un franciscano no es recibir todo lo que venga y dar las gracias, aunque le repugne? ¡Conteste, enojón!

—Conoce usted tanto de los principios y deberes de un franciscano como su caballo.

—Mi caballo es un animal muy noble y muy listo. Viene cuando lo llamo y galopa cuando se lo ordeno. No se burle de él, hasta que lo monte. ¡Ja, ja! Qué buen chiste.

—¡Imbécil!

—¡Por las barbas de Satanás!

34

LA SANGRE DE LOS PULIDO

Los dos soldados regresaron al cuarto y dijeron que habían registrado toda la casa muy bien, buscando por todos los rincones, sin encontrar a nadie aparte de los criados indígenas de fray Felipe, los cuales estaban tan aterrados que no hubieran podido mentir, y estos dijeron que no habían visto a ningún extraño en la casa.

—¡Ah! ¡Muy bien escondida, sin duda! —dijo González—. Fraile, ¿qué

hay en ese rincón?

—Fardos de cueros —respondió fray Felipe.

—Los he estado observando. El comerciante de San Gabriel debe haber tenido razón cuando dijo que las pieles que compró no estaban bien curtidas. ¿Esas sí lo están?

—Yo creo que sí.

—¿Entonces por qué se movieron? —preguntó González—. Tres veces se ha movido un fardo. Soldados, busquen ahí.

Fray Felipe se levantó de un salto.

—Ya basta de tonterías —gritó—. Ya han buscado sin encontrar nada. Busquen en los establos y váyanse. Por lo menos dejen que siga siendo el amo en mi casa. Ya han alterado bastante mi reposo.

—¿Jura usted solemnemente, fraile, que no hay ningún ser viviente detrás de esos fardos de pieles?

Fray Felipe se quedó vacilante y el sargento González sonrió maliciosamente.

—No está dispuesto a perjurar, ¿eh? —preguntó el sargento—. Ya sabía que con eso vacilaría, mi estimado, franciscano. Soldados, registren los fardos.

Los dos hombres se dirigieron al rincón, pero no habían caminado más que unos cuantos pasos cuando Lolita Pulido se levantó detrás de los fardos de pieles.

—¡Ah! ¡Desenterrada por fin! —gritó González—. ¡Aquí está el paquete que le dejó el Zorro al fraile para que se lo cuidara! ¡Y qué bonito paquete! ¡A la cárcel, otra vez, y esta escapada va a causarle una sentencia más enérgica!

Pero por las venas de Lolita corría la sangre de los Pulido, y González no había tomado eso en cuenta. Lolita avanzó, quedando bajo la luz del candelero.

—Un momento, señores —dijo.

Lolita levantó la mano, en la que tenía un cuchillo muy afilado, de los que usan los peleteros. Colocándose la punta del cuchillo sobre el corazón, les dirigió una mirada de afrenta.

—La señorita Lolita Pulido no regresa a esa inmunda cárcel ni ahora ni nunca, señores —dijo—. Prefiero clavarme este cuchillo en el corazón y morir como debe morir una mujer de sangre noble. Si su excelencia desea un prisionero muerto, lo tendrá.

El sargento González profirió una exclamación de disgusto. No dudaba que Lolita haría lo que había dicho si sus hombres trataban de apresarla. Si se hubiese tratado de un prisionero cualquiera, tal vez hubiera dado la orden a sus hombres, pero en este caso no estaba muy seguro de que el gobernador lo aprobaría. Después de todo, la señorita Pulido era la hija de un noble, y su suicidio podría causarle algún perjuicio a su excelencia. Sería como una chispa que haría explotar el polvorín.

—Señorita, la persona que se quita su propia vida se arriesga a la condenación eterna —dijo el sargento—. Pregúntele al fraile si no es cierto. Usted solo está arrestada, no ha sido condenada ni sentenciada. Si es inocente, indudablemente que pronto estará en libertad.

—No es hora de hacer sermones falsos, señor —respondió la muchacha—. Me doy perfecta cuenta de la situación. He dicho que no regreso a la cárcel, y lo sostengo. Si dan un paso hacia acá, me quito la vida.

—Señorita… —empezó fray Felipe.

—Es inútil que trate usted de impedírmelo, buen fraile —interrumpió Lolita—, todavía me queda el orgullo, gracias a Dios. Si su excelencia me captura, será después de muerta.

—¡Qué lío! —exclamó el sargento González—. Me imagino que no nos queda sino retirarnos y dejar a la señorita en libertad.

—¡Ah, no, señor! —dijo entonces Lolita—. Es usted listo, pero no lo suficiente. ¿Se iría usted y dejaría a sus hombres rodeando la casa? ¿Esperaría la oportunidad para prenderme?

González murmuró algo, pues esa había sido su intención y la chica lo había adivinado.

—Seré yo la que se vaya —dijo—. Retrocedan y párense contra la pared, señores. Inmediatamente, o me entierro el cuchillo en el pecho.

No podían sino obedecer. Los soldados se volvieron para ver si el sargento les daba alguna instrucción, pero él temía arriesgarse a que Lolita se suicidara, sabiendo que la ira del gobernador caería sobre su cabeza, por haberlo estropeado todo.

Pensándolo bien, tal vez sería mejor dejar que la muchacha saliera de la casa. Podrían recapturarla después, ya que seguramente no se les podría escapar a los soldados.

Lolita los observó con mucha atención, atravesando el cuarto para llegar a la puerta. Llevaba el cuchillo todavía apuntando a su pecho.

—Fray Felipe, ¿quiere irse conmigo? —le preguntó—. Posiblemente lo

castiguen si se queda.

—Sin embargo, debo quedarme, señorita. No podría huir. ¡Qué el cielo la guarde!

Lolita miró a González y a los soldados una vez más.

—Saldré por esa puerta —dijo—. Ustedes se quedarán en este cuarto. Afuera hay soldados, desde luego, y tratarán de detenerme. Les diré que usted me ha dado permiso para irme. Si se lo preguntan, dígales que sí.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces usaré el cuchillo, señor.

Abrió la puerta, y echó un vistazo hacia afuera.

—Confío en que su caballo sea excelente, señor, pues me lo voy a llevar —le dijo al sargento.

Diciendo esto salió, cerrando la puerta.

—¡A ella! —gritó González—. Le vi los ojos. No usará el cuchillo, tiene miedo.

Se precipitó al otro lado del cuarto, al igual que los soldados. Pero fray Felipe había estado demasiado pasivo y entonces entró en acción, sin pensar en las consecuencias. Sacó una pierna y el sargento tropezó. Los dos soldados tropezaron a su vez con él y todos cayeron al suelo en medio de una tremenda confusión.

En esta forma le había dado fray Felipe alguna ventaja a Lolita. La muchacha corrió al caballo, montando de un salto. Sabía cabalgar como un indígena, y aunque sus pequeños pies no alcanzaban las espuelas del sargento, no pareció importarle.

Hizo girar al caballo, picándole las ijadas con los pies en el preciso momento en que uno de los soldados doblaba la esquina de la casa. Una bala le pasó silbando por la cabeza.

El sargento González salió a la terraza diciendo maldiciones y gritándoles a los soldados que montaran y la siguieran. La luna se había escondido detrás de una nube otra vez y no se habían dado cuenta de la dirección que había tomado Lolita; tendrían que detenerse a oír el ruido de los cascos, pero si lo hacían, perderían tiempo.

35

NUEVAMENTE CHOCAN LAS ESPADAS

El Zorro se quedó parado, quieto como una estatua en la choza del indígena, sosteniendo el hocico del caballo con una mano. El indígena estaba a su lado en cuclillas.

Por el camino se oyó el ruido de los cascos, pero los perseguidores siguieron de largo, gritándose unos a otros y profiriendo maldiciones en la obscuridad. Continuaron su carrera hacia el valle.

El Zorro abrió la puerta y echó un vistazo; se detuvo a escuchar un momento y enseguida sacó su caballo. Dio una moneda al indígena.

—De usted no, señor —le dijo el indígena.

—Tómala. Tú la necesitas y yo no —dijo el bandolero.

Subió a la silla y llevó a su caballo por la pendiente de la loma que quedaba detrás de la choza. El animal casi no hacía ruido al subir por la loma. El Zorro bajó a una depresión que había del otro lado, y llegó a una estrecha vereda por la que se fue cabalgando lentamente, deteniéndose de cuando en cuando para darse cuenta de si venían otros jinetes por aquella ruta.

Se dirigió hacia Reina de los Ángeles, aparentemente sin ninguna prisa por llegar al pueblo. El Zorro tenía planeada otra aventura para esta noche, la que tendría que llevar a cabo a determinada hora y bajo ciertas condiciones.

Dos horas después llegó a la cima de la loma desde donde se veía el pueblo. Se quedó allí tranquilamente un largo rato, contemplando la escena. Las nubes ocultaban la luna, pero podía ver la plaza de vez en cuando.

No divisó a ningún soldado, ni oyó nada, y pensó que tal vez se habían regresado a continuar la persecución, y que los que habían ido tras de Don Carlos y doña Catalina no habían regresado aún. Había luces en la taberna, en el presidio y en la casa donde se hospedaba el gobernador.

El Zorro esperó a que las tinieblas volvieran a invadirlo todo, y entonces emprendió la marcha lentamente, pero no por el camino. Hizo un rodeo para llegar al pueblo, y por último llegó al presidio por la parte de atrás.

Se apeó llevando su caballo de la mano, avanzando lentamente, deteniéndose a escuchar, pues pretendía una misión muy delicada que podría acabar en forma desastrosa si cometía la más leve equivocación.

Detuvo al caballo detrás del presidio con objeto de que la pared del edificio le diera sombra al salir la luna, y prosiguió cautelosamente pegado a la misma pared por donde había trepado en aquella otra ocasión.

Al llegar a la ventana de la oficina, se asomó. El capitán Ramón estaba allí solo, examinando algunos informes que tenía sobre la mesa, evidentemente

esperando que regresaran sus hombres.

El Zorro se deslizó hasta la esquina del edificio y vio que no había guardias. Se imaginaba que el comandante había enviado a todos sus hombres a la caza, pero tendría que actuar con mucha rapidez, pues de un momento a otro podrían regresar algunos de los soldados.

Entró cautelosamente y atravesando el salón grande llegó a la puerta de la oficina. Llevaba la pistola en una mano, y si alguien pudiera haberle visto la expresión bajo la máscara, hubiera notado que el Zorro tenía los labios apretados formando una línea recta en señal de decisión.

Igual que la vez pasada, el capitán Ramón giró en la silla al oír que abrían la puerta, y una vez más vio los ojos del Zorro centellear a través de la máscara y la boca de la pistola amenazándolo.

—No se mueva ni haga ruido. Me daría mucho gusto llenarlo de plomo —dijo el Zorro—. Está usted solo; los idiotas de sus soldados me andan persiguiendo por donde no estoy.

—¡Por todos los santos…! —musitó el capitán Ramón.

—Ni un suspiro, si quiere vivir. Vuélvase de espaldas.

—¿Me va a asesinar?

—No soy capaz de eso, comandante. Solo dispararé si me obliga a ello. Y le dije que no hiciera ruido. Ponga las manos atrás, porque lo voy a amarrar.

El capitán obedeció. El Zorro avanzó rápidamente y le ató las manos con la fajilla que traía en la cintura. Entonces hizo girar al capitán y quedaron frente a frente.

—¿En dónde está su excelencia? —preguntó.

—En casa de Juan Estrada.

—Ya lo sabía, pero quería ver si me decía la verdad. Es mejor que lo haga. Vamos a ir a visitar al gobernador.

—A visitar…

—A su excelencia, dije. Y no hable más. Venga conmigo.

Agarró al capitán Ramón por un brazo, sacándolo apresuradamente de la oficina, por el salón, a la calle. Lo condujo hasta el sitio donde esperaba su caballo.

—¡Monte! —le ordenó—. Yo me sentaré detrás de usted, y le apuntaré con la pistola a la base del cráneo. No cometa ninguna equivocación, comandante, a menos que ya esté aburrido de la vida. Esta noche estoy muy decidido.

El capitán Ramón ya lo había notado. Montó, y el bandolero hizo lo mismo detrás de él tomando las riendas con una mano. El capitán Ramón sentía el frío acero en la nuca.

El Zorro guio el caballo con las rodillas y no con las riendas. Bajaron por la pendiente y rodearon el pueblo otra vez, sin acercarse a las sendas más transitadas, hasta llegar a la parte trasera de la casa donde se hospedaba su excelencia.

Esta era la parte difícil de la aventura. Quería llevar al capitán Ramón con el gobernador, hablar con ambos, sin que interviniera nadie. Obligó al capitán a apearse y lo llevó a la pared de atrás. Allí había un patio, y se metieron.

Se veía que el Zorro conocía bien el interior de la casa. Entró por el cuarto de criados, llevando al capitán con él, y pasó por un corredor sin despertar a un criado que se encontraba durmiendo. Caminaron lentamente. De uno de los cuartos salían unos ronquidos, y en otro había luz.

El Zorro se detuvo frente a este último y se asomó por una rendija que había en la puerta. Sí el capitán Ramón abrigaba la idea de dar la alarma o de pelear, el roce de la pistola en su cabeza lo hizo olvidarse.

Y apenas tuvo tiempo para pensar cómo salir de este predicamento, pues de pronto el Zorro abrió una puerta, arrojó al capitán al cuarto, siguiéndolo él, y cerró la puerta detrás de ellos. Su excelencia y su anfitrión estaban dentro.

—Silencio, y no se muevan —les dijo el Zorro—; al menor ruido le atravieso la cabeza al gobernador con una bala. ¿Entendido? Muy bien, señores.

—¡El Zorro! —exclamó el gobernador con voz entrecortada.

—El mismo, excelencia. Le suplico a su anfitrión que no tenga miedo, pues no le haré ningún daño sí se queda muy callado mientras termino. Capitán Ramón, tenga la amabilidad de sentarse al otro lado de la mesa, frente al gobernador. Me da muchísimo gusto encontrar a la cabeza del estado despierto y esperando noticias de mis perseguidores. Su mente estará fresca, y comprenderá muy bien lo que le diga.

—¿Qué significa este ultraje? —exclamó el gobernador—. Capitán Ramón, ¿cómo sucedió esto? ¡Prenda a ese hombre! Es usted un oficial…

—No culpe al comandante —dijo el Zorro—. Él sabe que el menor movimiento significa la muerte. Hay un asunto que necesita explicación, y puesto que no puedo verle de día como debe ser, me veo obligado a adoptar este método, Hagan el favor de sentarse, señores, Esto puede tardar un poco.

Su excelencia se movió inquieto en su silla.

—Hoy insultó usted a una familia de nobles, excelencia —prosiguió el Zorro—. Se ha olvidado usted de los convencionalismos a tal grado que ha ordenado que metan en una miserable cárcel a un hidalgo, a su gentil esposa y a su hija inocente. Ha empleado usted estos medios para satisfacer su resentimiento…

—Son traidores —dijo su excelencia.

—¿Qué traición han cometido?

—Usted es un proscrito y su cabeza tiene precio. Son culpables de esconderlo y ayudarlo.

—¿Dónde obtuvo esa información?

—El capitán Ramón tiene pruebas en abundancia.

—¡Ah! El comandante, ¿eh? ¡Ya lo veremos! El capitán Ramón se encuentra aquí y sabremos la verdad. ¿Puedo preguntar qué clase de pruebas tiene?

—Estuvo usted en la hacienda de los Pulido —dijo el gobernador.

—Es cierto.

—Un indígena lo vio y llevó la noticia al presidio. Los soldados se apresuraron a capturarlo.

—Un momento. ¿Quién dijo que fue un indígena el que dio la alarma?

—El capitán Ramón.

—He aquí la primera oportunidad para que el capitán diga la verdad. Como dato curioso, comandante, ¿no fue el mismo Don Carlos Pulido quien envió al indígena? ¡La verdad!

—Fue un indígena el que dio la alarma.

—¿Y no le dijo a su sargento que Don Carlos lo había enviado? ¿No dijo que Don Carlos le había dado la información en secreto al llevar a su esposa, que estaba desmayada, a su recámara? ¿No es verdad que Don Carlos hizo todo lo que pudo por retenerme en la hacienda hasta que llegaran los soldados para que me capturara? ¿No trató Don Carlos de demostrar su lealtad hacia el gobernador?

—¡Por todos los santos, Ramón, usted nunca me dijo eso! —afirmó su excelencia.

—Son traidores —insistió el capitán con terquedad.

—¿Qué otras pruebas? —preguntó el Zorro.

—Pues, mientras llegaban los soldados, se escondió usted por medio de algún truco —dijo el gobernador—. Al poco rato llegó el capitán en persona al lugar de los hechos, y mientras él estaba allí usted salió de una alacena, le dio una estocada por la espalda, y escapó. Es un hecho palpable que Don Carlos lo había escondido en la alacena.

—¡Por todos los santos! —exclamó el Zorro—. Yo había creído, capitán Ramón, que tenía usted el valor civil suficiente para reconocer que había sido derrotado, aunque sabía que era un bribón en otras cosas. ¡Diga la verdad!

—Esa es… la verdad.

—¡Diga la verdad! —ordenó el Zorro, acercándose a él y levantando su pistola—. Le di tiempo para sacar su espada y ponerse en guardia. Peleamos durante diez minutos, ¿no es así? Reconozco abiertamente que por un momento me desconcertó, y entonces observé y me di cuenta de su método de batalla y comprendí que estaba a merced mía. Y cuando pude haberlo matado fácilmente en unos minutos, no hice sino rasguñarlo en un hombro. ¿No es verdad? ¡Conteste, si quiere vivir!

El capitán Ramón se mojó los labios que tenía completamente secos, y no podía ver al gobernador.

—¡Conteste! —rugió el Zorro.

—Es… la verdad —admitió el capitán.

—¡Ah! De manera que lo ataqué por la espalda, ¿eh? Es una ofensa para mi espada entrar en su cuerpo. ¿Ve usted, excelencia, qué clase de hombre tiene usted de comandante aquí? ¿Hay más pruebas?

—Sí, las hay —dijo el gobernador—. Cuando los Pulido estaban de huéspedes en la casa de Don Diego De la Vega, y Don Diego estaba fuera, el capitán Ramón fue a presentar sus respetos a la señorita y lo encontró a usted solo con ella.

—¿Y eso qué prueba?

—Que usted está aliado a los Pulido; que lo escondieron hasta en la casa de Don Diego, un hombre fiel. Y cuando el capitán lo descubrió, la señorita se abalanzó sobre él y lo detuvo, lo entretuvo, más bien, hasta que usted escapó por una ventana. ¿No es bastante?

El Zorro se inclinó y sus ojos echaron llamas, sobre los del capitán.

—De modo que esa es la historia que le contó, ¿verdad? —dijo el bandolero—. Por cierto que el capitán Ramón está enamorado de la señorita. Fue a la casa, la encontró sola, trató de forzar sus caricias, y aún le dijo que no debería oponerse, ya que su padre estaba muy mal con el gobernador. Trató de

besarla, y ella gritó pidiendo auxilio. Yo acudí.

—¿Por qué estaba usted allí?

—No contestaré a eso, pero juro que la señorita no sabía de mi presencia. Ella pidió auxilio y yo acudí.

—Hice que esto que usted llama comandante se arrodillara delante de ella y le pidiera perdón. ¡Entonces lo llevé hasta la puerta y lo saqué a patadas! Después fui a verlo al presidio y le dije que había ofendido a una señorita noble…

—Tal parece que también usted está enamorado de ella —dijo el gobernador.

—Así es, excelencia, y me siento muy orgulloso de admitirlo.

—¡Ah! Con esas palabras los condena usted, a ella y a sus padres 1 ¿Niega usted ahora que estén aliados con usted?

—Lo niego. Sus padres no saben nada de nuestro amor.

—Esta señorita no es muy convencional.

—¡Señor! Gobernador o no, otras palabras así y derramo su sangre —gritó el Zorro—, le he dicho lo que sucedió aquella noche en casa de Don Diego De la Vega. El capitán Ramón confirmará lo que he dicho. ¿No es así, comandante? ¡Conteste!

—Es… es la verdad.

El capitán tragó saliva, mirando la boca de la pistola del bandolero.

—¡Entonces me ha mentido, y no podrá continuar como oficial a mi servicio! —gritó el gobernador—. Parece que este bandolero puede hacer lo que se le antoje con usted. ¡Ah! Pero aún creo que Don Carlos Pulido y su familia son traidores, y de nada le ha servido esta escenita, señor Zorro. ¡Mis soldados continuarán persiguiéndolos a ellos… y a usted! Y antes de que terminen, haré que arrastren a los Pulido por el fango y que a usted lo cuelguen.

—¡Qué sermón tan atrevido! —dijo el Zorro—. Les dio usted una buena tarea a sus soldados, excelencia. Rescaté a tres prisioneros esta noche, y han escapado.

—Volverán a aprehenderlos.

—El tiempo lo dirá. Y ahora, tengo otra tarea que desempeñar aquí. Excelencia, tome usted su silla y siéntese en aquel rincón; su anfitrión se sentará junto a usted, y allí permanecerán hasta que termine yo.

—¿Qué piensa hacer?

—¡Obedezcan! —gritó el Zorro—. No tengo tiempo para discutir, ni con un gobernador.

Observó mientras colocaban las sillas y se sentaban el gobernador y su anfitrión. Entonces se acercó al capitán Ramón.

—Ofendió usted a una muchacha pura e inocente, comandante —dijo—. Por ese motivo, sostendremos un duelo. El rasguño de su hombro ya está bien, y lleva usted su espada a un lado. Un hombre como usted no merece respirar el aire puro de Dios. La tierra estará mejor sin usted. ¡Levántese, y en guardia!

El capitán Ramón estaba pálido de ira. Sabía que estaba arruinado. Lo habían obligado a confesar que había mentido. El gobernador le había denegado su rango y este hombre era el culpable de todo.

Tal vez estando tan furioso podría matar al Zorro, dejar a la maldición de Capistrano tirado en el suelo, desangrándose. Tal vez, si lo hacía, su excelencia se aplacaría.

Se levantó de su silla y retrocedió a donde estaba el gobernador.

—¡Desáteme las manos! —gritó—. ¡Déjeme matar a este perro!

—Ya estaba usted prácticamente muerto antes, y ahora de seguro lo está por usar esa palabra —dijo el Zorro con mucha calma.

Le desataron las manos al comandante. Sacó su espada, se lanzó hacia adelante dando un alarido y atacó furiosamente al bandolero.

El Zorro perdió un poco de terreno ante esta embestida, colocándose en una posición en donde la luz del candelero no lo molestaba. Era un perito con la espada y había peleado muchas veces por su vida; conocía el peligro que había en el ataque de un hombre enfurecido que no peleaba de acuerdo con los reglamentos.

Sabía, asimismo, que la furia se baja pronto a menos que un golpe afortunado haga a su poseedor victorioso al iniciarse la pelea. De manera que retrocedió paso a paso, cuidando su guardia, parando las estocadas arteras y alerto a cualquier movimiento inesperado.

El gobernador y su anfitrión estaban sentados en el rincón, inclinados hacia adelante, viendo el combate.

—¡Mátalo, Ramón, y no solo te rehabilito sino que te doy un ascenso! —gritó su excelencia.

El comandante se sintió impelido a hacerlo. El Zorro notó que su adversario peleaba mucho mejor que en la hacienda de Don Carlos Pulido. Se

vio obligado a pelear muy duro para salir de un rincón peligroso, y le estorbaba la pistola que tenía en la mano izquierda para intimidar al gobernador y a su anfitrión.

Y de pronto la arrojó a la mesa, volteándose de modo que ninguno de los dos hombres podría salir del rincón sin arriesgarse a que le entrara una espada en las costillas. Y allí se quedó peleando.

El capitán Ramón no podía obligarlo a ceder terreno. Parecía que la espada del Zorro eran veinte. Se precipitaba para adentro y para afuera, tratando de encontrar un buen punto en el cuerpo del capitán, pues el Zorro estaba ansioso por terminar e irse. Sabía que pronto amanecería, y temía que viniese algún soldado para traerle informes al gobernador.

—¡Pelea, ofensor de jovencitas! —gritó—. ¡Pelea, mal hombre que cuenta mentiras para injuriar a una familia noble! ¡Pelea, cobarde! ¡La muerte te está mirando cara a cara y pronto te llevará! ¡Ah! ¡Ya casi te mataba! ¡Pelea, canalla!

El capitán Ramón profería maldiciones y atacaba, pero el Zorro le paraba las estocadas y lo hacía retroceder, guardando su terreno. El capitán sudaba a chorros, y estaba jadeante sin la serenidad necesaria para el combate. Tenía los ojos brillantes y exageradamente abiertos.

—¡Pelea, debilucho! —Lo insultaba el bandolero—. Esta vez no te estoy atacando por la espalda. Si tienes algo que rezar, hazlo, te queda poco tiempo.

Los únicos sonidos que se oían en el cuarto eran el ruido de las espadas, los pasos y la respiración jadeante de los combatientes y de los dos espectadores de esta lucha a muerte. Su excelencia se sentó a la orilla de la silla, agarrándose de ella con las manos tan fuertemente que tenía las coyunturas blancas.

—¡Mata a este bandolero! —gritó—. ¡Usa toda tu pericia, Ramón! ¡A él!

El capitán Ramón atacó nuevamente, usando todas las energías que le quedaban, peleando con tanta pericia como podía. Sus brazos parecían de plomo y su respiración era jadeante. Se tiró a fondo, y cometió una equivocación de una fracción de milímetro.

Como la lengua de una serpiente, la espada del Zorro arremetió. Se tiró hacia adelante tres veces, y sobre la blanca frente de Ramón, entre los ojos, apareció de pronto una sangrienta letra Z.

—¡La marca del Zorro! —gritó el bandolero—. ¡La llevará para siempre, comandante!

El Zorro se puso serio. Tiró de nuevo a fondo y su espada salió chorreando sangre. El comandante exhalo un suspiro y cayó al suelo.

—¡Lo ha matado! —gritó el gobernador—. ¡Le ha quitado la vida, infeliz!

—¡Así lo espero! La estocada fue directamente al corazón, excelencia. No volverá a ofender a una señorita.

El Zorro miró a su enemigo tendido en el suelo, vio al gobernador y limpió su espada con la fajilla con que había atado las manos del comandante. Guardó la espada y recogió su pistola de la mesa.

—Mi trabajo de esta noche ha terminado —dijo.

—¡Y lo colgarán por ello! —gritó su excelencia.

—Tal vez, cuando me capturen —replicó la maldición de Capistrano.

Entonces, sin volver a mirar el cuerpo del que había sido el capitán Ramón, salió al patio por su caballo.

36

TODOS CONTRA ELLOS

Y caminó hacia el peligro.

Ya había amanecido; las primeras nubes rosáceas se veían en el oriente, y el sol iba subiendo rápidamente. La plaza estaba inundada de luz. No había neblina y se percibían claramente las montañas en la lejanía.

El Zorro se había tardado demasiado con el gobernador y el comandante, o había calculado mal la hora. Montó sobre su caballo y salió fuera del patio, y entonces se dio cuenta del inminente peligro en el que estaba.

Por la senda de San Gabriel venían el sargento Pedro González y sus soldados de caballería. Por el camino de Pala venía otro destacamento de soldados que habían ido en persecución de los caballeros y de Don Carlos, y por fin se habían dado por vencidos. Subiendo la loma hacia el presidio venía el tercer cuerpo de hombres, que habían ido siguiendo a los rescatadores de doña Catalina. El Zorro estaba rodeado por sus enemigos.

La maldición de Capistrano detuvo a su caballo deliberadamente por un momento para estudiar sus alternativas. Echó un vistazo a los tres grupos de soldados, calculando la distancia. Y en ese preciso instante uno de los soldados del destacamento del sargento González lo vio y dio la voz de alarma.

Conocían el magnífico caballo, la larga capa morada, la máscara negra y el ancho sombrero. Vieron ante ellos al hombre a quien habían perseguido

durante toda la noche, el que se había burlado de ellos por montes y valles. Temían la ira de su excelencia y de sus oficiales superiores, y en los corazones y en las mentes de todos había la firme determinación de capturar o matar a la maldición de Capistrano ahora que se les presentaba esta última oportunidad.

El Zorro clavó las espuelas a su caballo y se precipitó hacia la plaza, delante de unos veinte ciudadanos. En esos momentos salían corriendo de la casa el gobernador y su anfitrión, gritando que el Zorro era un asesino y tenían que capturarlo. Los indígenas se escurrían como ratas en busca de protección y los hombres de rango permanecían quietos, llenos de asombro.

El Zorro, una vez que hubo atravesado la plaza, guio a su caballo a todo escape hacia el camino. El sargento González y sus soldados corrieron para cortarle la retirada y obligarlo a retroceder, gritándose unos a otros, pistola en mano y las espadas listas. Su premio sería la recompensa, un ascenso y mucha satisfacción si terminaban con el bandolero de una vez por todas.

El Zorro se vio obligado a desviarse de su ruta, pues se dio cuenta de que no podría pasar. No había sacado su pistola del cinto, pero sí la espada, y le colgaba de la mano derecha de tal modo que podría tomarla por la empuñadura en un instante para ponerla en acción.

Volvió a atravesar la plaza, casi atropellando a varios hombres de rango que se le pusieron enfrente. Pasó a unos cuantos pasos del gobernador enfurecido y de su anfitrión, pasó como flecha por entre dos casas y corrió hacia las montañas.

Parecía que tenía muy pocas probabilidades de escapar del cordón de sus enemigos. Desdeñando veredas y sendas, se fue por campo traviesa. Los soldados galopaban a ambos lados para atajarlo, volando materialmente hacia el ángulo del prisma, con la esperanza de llegar a tiempo para hacerlo retroceder.

González gritaba órdenes a voz en cuello, mandando a una parte de sus hombres al pueblo para estar alertos en caso de que el bandolero regresara, y evitar que escapara hacia el oeste.

Llegó al camino y siguió por el sur. No hubiera querido tomar esa dirección, pero no podía escoger. Se precipitó por una curva del camino, en donde las chozas de algunos indígenas tapaban la vista, y de pronto detuvo a su caballo, casi cayéndose de la silla al hacerlo.

Pues he aquí que se le presentaba una nueva amenaza. Recto hacia él, por el camino, venían a todo galope un caballo con su jinete, y muy cerca seis soldados persiguiéndolos.

El Zorro giró su caballo. No podía voltear a la derecha porque había una

barda de piedras, el caballo podía haberla brincado, pero del otro lado había un sembradío y sabía bien que no podría correr por ahí y que los soldados dispararían las pistolas.

Tampoco podía voltear a la izquierda, pues había un precipicio por el cual era imposible bajar sin peligro. Tenía que regresar por dónde venían el sargento González y sus hombres, con la esperanza de ganar unas doscientas yardas, en donde podría descender, antes de que González y sus hombres llegaran.

Tomó su espada y se preparó para la lucha, pues sabía que iba a ser muy cerrada. Echó un vistazo hacia atrás, y dio una exclamación de sorpresa.

Era Lolita Pulido la que cabalgaba el caballo a quien perseguían seis soldados, y él había pensado que estaba segura en la hacienda de fray Felipe. Su larga cabellera simulaba una cascada y sus pequeños pies estaban pegados a los flancos del caballo. Iba completamente inclinada sobre el caballo, y llevaba las riendas bajas. Aun en esos momentos se maravilló el Zorro de su pericia para montar.

—¡Señor! —La oyó gritar.

Y entonces llegó a su lado; cabalgaron juntos, precipitándose sobre González y sus soldados.

—¡Me vienen persiguiendo desde hace horas! —dijo con voz entrecortada—. Me les escapé, de casa de fray Felipe.

—¡No hable! —le gritó él—. ¡Cabalgue a mi lado!

—¡Mi caballo, ya no puede, señor!

El Zorro miró de reojo a la bestia y se dio cuenta de que en efecto estaba muy fatigada. Pero no había tiempo para tenerle consideraciones. Los soldados que venían tras ellos habían ganado alguna ventaja; y los que venían de frente ofrecían una amenaza muy seria.

Galopaban juntos hacia donde estaban González y sus hombres. El Zorro vio las pistolas, no dudando que el gobernador hubiese dado órdenes de agarrarlo vivo o muerto, con tal de que no se escapara otra vez.

Entonces se le adelantó un poco a Lolita y le dijo que cabalgara detrás de él. Soltó las riendas sobre el cuello del caballo y agarró la espada. Tenía dos armas: su espada y su caballo.

Entonces vino el choque. El Zorro desvió a su caballo justamente a tiempo y Lolita lo siguió. Atacó al soldado que quedó a su izquierda y luego al de la derecha. Su caballo chocó contra el de un soldado y lo arrojó contra el animal que cabalgaba otro.

Oyó alaridos por todos lados. Los hombres que venían persiguiendo a Lolita los habían alcanzado. Se produjo una gran confusión; no podían usar las espadas por temor a herirse unos a otros.

De pronto se lanzó a través de todos, y Lolita hizo lo mismo. Llegó a la orilla de la plaza. Su caballo empezaba a dar señales de fatiga y no había ganado nada.

El camino de San Gabriel no estaba abierto, el camino de Pala estaba cerrado; no tenía esperanzas de escapar galopando por las siembras, y del otro lado de la plaza había más soldados montados a caballo, esperando cortarle la retirada por dondequiera que se fuera.

—¡Nos han capturado! —gritó—. ¡Pero no han terminado con nosotros, señorita!

—¡Mi caballo va tropezando! —gritó Lolita.

El Zorro lo notó y sabía que la bestia no podría avanzar mucho más.

—¡A la taberna! —gritó.

Atravesaron la plaza. En la puerta de la taberna, el caballo de Lolita se tambaleó y cayó. El Zorro pescó a Lolita a tiempo para evitarle una caída y, todavía llevándola en sus brazos, se precipitó hacia la puerta de la taberna.

—¡Fuera! —le gritó al posadero y al criado indígena—. ¡Fuera! —les dijo a media docena de vagos, pistola en mano. Salieron corriendo por la puerta, hacia la plaza.

El bandolero cerró la puerta y le puso trancas. Notó que todas las ventanas estaban cerradas, menos la que quedaba frente a la plaza, y que la mesa y las cubiertas de piel estaban en su lugar. Caminó hacia la mesa y se volvió a Lolita.

—Tal vez este sea el fin —dijo.

—¡Señor! Los santos serán buenos con nosotros.

—Estamos rodeados de enemigos. A mí no me importa, siempre que muera peleando como un caballero. Pero usted, señorita…

—¡No volverán a meterme a esa inmunda cárcel, señor! ¡Lo juro! Prefiero morir con usted.

Sacó el cuchillo de su corpiño.

—¡Eso no, señorita!

—Le he dado mi corazón. Viviremos o moriremos juntos.

37

EL ZORRO ACORRALADO

Se dirigió a la ventana y miró para afuera. Los soldados estaban rodeando el edificio. Pudo ver al gobernador caminando por la plaza, dando órdenes. Por la vereda de San Gabriel venía bajando Don Alejandro De la Vega, para visitar al gobernador. Se detuvo a la orilla de la plaza y empezó a hacer preguntas acerca del tumulto.

—Todos están aquí para ver el fin —dijo el Zorro riendo—. ¿Dónde estarán mis valientes caballeros, los que cabalgaron conmigo?

—¿Espera que vengan a ayudarlo?

—No, señorita. Tendrían que permanecer unidos y enfrentarse al gobernador para decirle sus intenciones. Para ellos no fue más que una aventura, y dudo mucho que lo tomen tan en serio como para quedarse conmigo ahora. No es de esperarse. Tendré que pelear solo.

—Solo no, señor, estando yo a su lado.

La acercó a él y la abrazó.

—Cómo me gustaría que tuviéramos nuestra oportunidad —dijo él—. Pero sería una locura dejar que mi tragedia influyera su vida. Ni siquiera ha visto usted mi cara, señorita. Podría olvidarme. Podría salir de aquí ahora y rendirse, mandar avisar a Don Diego De la Vega que será su esposo, y el gobernador se vería obligado a soltarla y a librar a sus padres de toda culpa.

—¡Ah, señor!

—Piense, señorita. Piense en lo que sería. Su excelencia no se atrevería a enfrentarse ni por un momento a un De la Vega. Sus padres recobrarían sus tierras, usted sería la esposa del joven más rico de la comarca. Tendría todo lo necesario para ser feliz…

—Todo, menos amor, señor; y sin amor, lo demás no vale nada.

—Piense, señorita, y decídase de una vez. ¡No tiene más que un momento!

—Tomé mi decisión hace mucho, señor. Una Pulido ama solamente una vez y no se casa sin amor.

—¡Mi amor! —dijo él, volviendo a acercarla hacia sí.

Se oyeron golpes a la puerta.

—¡Señor Zorro! —gritó el sargento González.

—¿Dígame? —preguntó el Zorro.

—Vengo a hacerle una proposición de parte de su excelencia el gobernador.

—Estoy oyendo, gritón.

—Su excelencia no quiere causar su muerte ni lastimar a la señorita que está adentro con usted. Le pide que abra la puerta y salga con la dama.

—¿Con qué fin? —preguntó el Zorro.

—Se les formará proceso a los dos. Así pueden librarse de la muerte y ser encarcelados.

—¡Bah! He visto muestras de los procesos justos de su excelencia —respondió el Zorro—. ¿Acaso crees que soy un imbécil?

—Su excelencia me pidió que le dijera que esta es su última oportunidad, y que nunca volverá a hacerle otra proposición.

—Su excelencia hace muy bien en no gastar su aliento para hacérmela de nuevo. Está engordando mucho y le falta la respiración.

—¿Qué espera ganar con esta resistencia, sino la muerte? —preguntó González—. ¿Cómo cree que puede ganarnos a treinta hombres?

—Se ha hecho antes, gritón.

—Podemos derribar la puerta y apresarlo.

—Después de ver a algunos de ustedes muertos en el suelo —dijo el Zorro—. ¿Quién se atreverá a pasar primero por la puerta, mi sargento?

—Por última vez…

—Entre y tómese un tarro de vino conmigo —dijo el bandolero, riendo.

—¡Por las barbas de Satanás! —gritó González.

Quedó todo en silencio durante algunos minutos, y el Zorro se asomó cautelosamente por la ventana para no atraer las balas.

Vio que el gobernador estaba en consulta con el sargento y algunos soldados.

La consulta terminó, y el Zorro se retiró rápidamente de la ventana. Casi inmediatamente después empezó el ataque sobre la puerta. La estaban golpeando con unos troncos muy pesados, tratando de derribarla. El Zorro, parado en medio del cuarto, apuntó su pistola a la puerta y disparó, y al perforar la bala la madera, afuera alguien dio un alarido de dolor; el Zorro corrió a la mesa para cargar la pistola nuevamente.

Entonces fue hacia la puerta y observó el agujero por donde había pasado la bala. El tablón se había rajado considerablemente y tenía una abertura bastante grande. El Zorro sacó la punta de su espada por la abertura y esperó.

Nuevamente chocó el tronco contra la puerta, y uno de los soldados la empujó con su cuerpo. La espada del Zorro pasó la abertura como un rayo, y regresó llena de sangre; afuera se oyó un grito. Entonces una descarga de balas atravesó la puerta, pero el Zorro se había puesto a salvo, sonriente.

—¡Muy bien, señor! —gritó Lolita.

—Grabaremos nuestra marca en algunos de estos miserables antes de terminar —replicó.

—Quisiera poder ayudarlo.

—Lo está usted haciendo, señorita. Es su amor el que me da fuerzas.

—Si pudiera usar una espada…

—¡Ah, señorita! Ese es trabajo para hombres. Rece para que todo salga bien.

—Y al final, señor, si vemos que ya no hay esperanzas, ¿entonces podré ver su cara?

—Se lo juro, y sentirá mis brazos alrededor de usted y mis labios sobre los suyos. La muerte no será así tan amarga.

El ataque a la puerta comenzó de nuevo. Las balas atravesaban con regularidad y también por la ventana que estaba abierta. El Zorro no podía hacer nada más que quedarse parado en el centro del cuarto y esperar con su espada lista. Habría unos minutos de mucha actividad, se lo prometía, cuando derribaran la puerta y se lanzaran sobre él.

Parecía que ya estaba cediendo. Lolita se le acercó, con las lágrimas rodándole por las mejillas, y lo agarró de un brazo.

—¿No se olvidará usted? —preguntó.

—No me olvidaré, señorita.

—Antes de que caiga la puerta, tómeme en sus brazos, déjeme ver su cara y béseme. Entonces yo también podré morir contenta.

—Debe usted vivir…

—No para que me encierren en una cárcel inmunda. ¿Y qué sería la vida sin usted?

—Está Don Diego…

—No pienso sino en usted, señor. Una Pulido sabe morir.

Y quizá mi muerte les haga ver a todos la perfidia del gobernador. Tal vez sirva para algo.

Otra vez pegó el tronco contra la puerta. Oyeron a su excelencia alentando a los soldados, y al sargento González dando órdenes a voz en cuello.

El Zorro fue nuevamente a la ventana, arriesgando a que le dieran un balazo, y miró hacia afuera. Vio que seis soldados ya tenían preparadas sus espadas, listos para entrar en cuanto cayera la puerta. Lo agarrarían ¡Pero él se defendería hasta el final! Continuó el ataque contra la puerta.

—Ya casi es el final —susurró la muchacha.

—Lo sé, señorita.

—Me hubiera gustado que hubiésemos tenido mejor suerte; sin embargo, muero feliz por este amor de mi vida. Su cara y sus labios. ¡La puerta… está cayendo!

Dejó de llorar, y levantó la cara llena de valor. El Zorro suspiró, y con una mano empezó a levantar el antifaz.

Pero de pronto se oyó un tumulto en la plaza, cesó el ataque a la puerta y oyeron unas voces que no habían escuchado antes.

El Zorro se acomodó la máscara y fue a la ventana.

38

EL HOMBRE DESENMASCARADO

Veintitrés jinetes llegaban galopando a la plaza. Los caballos en que venían eran magníficos; las sillas y las bridas estaban engarzadas con plata; sus capas eran de las telas más finas, y llevaban sombreros con plumas, como si se tratara de un acontecimiento de mucho vestir y quisieran que todo el mundo se enterara. Todos ellos venían muy erguidos y orgullosos en sus caballos, con las espadas al lado, todas las cuales tenían empuñaduras engarzadas de joyas, las que al mismo tiempo que eran útiles, servían de rico ornamento.

Se colocaron frente a la taberna, entre la puerta y los soldados que la habían estado golpeando, entre el edificio y el gobernador y los ciudadanos que se habían agrupado. Allí se detuvieron todos juntos, dando la cara a su excelencia.

—¡Esperen! ¡Es mejor de otro modo! —ordenó el guía.

—¡Ah! —gritó el gobernador—. Comprendo. He aquí a los jóvenes herederos de todas las familias nobles del sur. Han venido a demostrar su adhesión capturando a la maldición de Capistrano. Gracias, caballeros. Sin embargo, no quiero que ninguno de ustedes muera a manos de este individuo. No es digno de sus espadas, señores. Sírvanse pasar a un lado, que ya su sola presencia nos da fuerzas, y dejen que mis soldados se las entiendan con el bandido. Una vez más les doy las gracias por esta muestra de lealtad, ya que esta demostración de que están ustedes de parte de la ley y del orden significa, para la autoridad constituida…

—¡Paz! —gritó el guía—. Su excelencia, nosotros representamos el poder en esta sección, ¿no es así?

—Así es, caballeros —dijo el gobernador.

—Nuestras familias deciden quién ha de gobernar y qué leyes serán las justas, ¿no es así?

—Tienen una gran influencia —dijo el gobernador.

—A usted no le gustaría que todos estuviéramos contra usted, ¿verdad?

—¡Claro que no! —gritó su excelencia—. Pero les ruego que dejen que los soldados capturen a este individuo. No sería propio que un caballero fuera herido o muerto por su espada.

—Es una lástima que no entienda usted.

—¿Qué no entiendo? —preguntó el gobernador, echando un vistazo a toda la línea de hombres montados.

—Hemos celebrado concejo entre nosotros, excelencia. Conocemos nuestra fuerza y nuestro poder, y hemos tomado algunas decisiones. Han sucedido algunos hechos que no podemos apoyar: los frailes de las misiones han sido despojados por los oficiales. Los indígenas reciben un trato peor que si fueran perros. Algunos nobles han sido robados porque no se han mostrado amables con los gobernantes…

—Caballero…

—Paz, excelencia, hasta que termine. Esta situación hizo crisis cuando un hidalgo, su esposa e hija fueron encerrados en la cárcel por órdenes suyas. Esto no lo podemos apoyar, excelencia, y por lo tanto, hemos formado una banda y venimos a actuar. Sepa usted que somos nosotros quienes vinimos con el Zorro a invadir la cárcel para rescatar a los prisioneros; que llevamos a Don Carlos y a doña Catalina a lugares seguros, y que hemos hecho juramento por nuestro honor y nuestra espada de que no volverán a sufrir persecuciones.

—Yo diría…

—¡Silencio, hasta que termine! Estamos unidos, y la fuerza de nuestras familias nos apoya. ¡Llame a sus soldados para que nos ataquen, si se atreve! Todos los nobles del camino real acudirían en nuestra defensa; lo derrocarían y lo humillarían. Esperamos su respuesta, excelencia.

—¿Qué es lo que quieren? —respondió el gobernador, con voz entrecortada.

—Primero, las debidas consideraciones para Don Carlos Pulido y su familia. Nada de cárcel para ellos. Y si tiene usted el valor de procesarlos por traidores, tenga la seguridad de que estaremos presentes para ajustar cuentas con el que dé falso testimonio, y con cualquier magistrado que no sepa portarse como debe ser. Estamos decididos, excelencia.

—Tal vez me adelanté algo en este asunto, pero me hicieron creer muchas cosas —dijo el gobernador—. Les concedo su deseo. A un lado, caballeros, mientras mis hombres agarran al bandido.

—No hemos terminado —dijo el guía—. Tenemos algo que decirle acerca del Zorro. ¿Qué es lo que ha hecho de malo, excelencia? ¿Es culpable de traición? No ha robado más que a los que a su vez han robado a los indefensos. Ha fustigado a algunas personas injustas. Se ha ido de parte de los perseguidos, por lo cual lo respetamos; y para hacerlo, arriesgó su vida. Pudo evadir a sus soldados con muy buen éxito. Se ofendió porque lo insultaron, como se ofendería cualquier otro hombre.

—¿Qué quieren que haga?

—Que le dé el perdón absoluto, ahora mismo, al hombre conocido como el Zorro.

—¡Nunca! —gritó el gobernador—. Me ha ofendido personalmente. ¡Morirá!

Se volvió y vio a Don Alejandro De la Vega que estaba cerca de él.

—Don Alejandro, es usted el hombre más influyente de las tierras del sur —dijo—. Usted es el hombre contra quien ni el mismo gobernador se puede enfrentar. Es usted un hombre de justicia. Dígales a estos jóvenes caballeros que su deseo no se les puede conceder. Pídales que regresen a sus casas, y olvidaré esta demostración de traición.

—¡Yo los apoyo! —rugió Don Alejandro.

—¿Usted… usted los apoya?

—Sí, excelencia. Repito cada una de las palabras que han dicho delante de usted. La persecución debe cesar. Concédales lo que piden, asegúrese de que sus oficiales se comporten debidamente en el futuro, y regrese a San Francisco

de Asís. Le doy mi palabra de honor de que no habrá más traición en el sur. Yo mismo lo evitaré. Pero si se opone, excelencia, me volveré contra usted, y haré que lo quiten de su puesto y lo arruinen junto con sus inmundos parásitos.

—¡Qué sureños tan caprichosos! —gritó el gobernador.

—¿Su respuesta? —preguntó Don Alejandro.

—Tengo que aceptar. Pero hay una cosa…

—¿Sí?

—Le perdono la vida si se rinde, pero deberá ser procesado por el asesinato del capitán Ramón.

—¿Asesinato? —preguntó el guía de los caballeros—. Fue un duelo entre caballeros, excelencia. El Zorro se ofendió porque el comandante insultó a la señorita.

—¡Ah! Pero Ramón era un caballero.

—Y el Zorro también lo es. Nos lo dijo y lo creemos, porque no había mentira en su voz. De manera que fue un duelo, excelencia, y entre caballeros, de acuerdo con los reglamentos. El capitán Ramón tuvo la desgracia de no ser mejor espadachín. ¿Entendido? Su respuesta.

—De acuerdo —dijo débilmente el gobernador—. Lo perdono, me voy a San Francisco de Asís, y la persecución cesará en esta localidad. Pero que Don Alejandro cumpla su promesa, que no haya traición contra mí si hago todo esto.

—Le he dado mi palabra —dijo Don Alejandro.

Los caballeros se apearon dando gritos de alegría. Alejaron a los soldados de la puerta. El sargento González se quedó murmurando porque se le había ido la recompensa.

—¡Eh, señor Zorro! —gritó uno—. ¿Oyó usted?

—Ya oí, caballero.

—¡Abra la puerta y venga con nosotros, es usted un hombre libre!

Hubo un momento de vacilación, y entonces la puerta se abrió. El Zorro salió llevando a Lolita del brazo. Se detuvo en el dintel de la puerta e hizo una reverencia.

—¡Muy buenos días, caballeros! —dijo—. Sargento, siento mucho que no se haya ganado usted la recompensa, pero haré que dicha cantidad les sea acreditada a usted y a sus hombres en la taberna.

—¡Por todos los santos, es todo un caballero! —dijo González.

—Quítese la máscara, hombre —gritó el gobernador—. Quiero ver la cara del hombre que engañó a mis soldados, que se ha ganado a los caballeros, y me ha hecho adquirir un compromiso.

—Me temo que se desilusionará cuando vea mis pobres facciones —repuso el Zorro—. ¿Se imagina usted que me parezco a Satanás? ¿O acaso que tengo semblante angelical?

Rio entre dientes, mirando a Lolita, y después se quitó el antifaz.

Siguió a este movimiento Un coro de exclamaciones de asombro, uno o dos juramentos explosivos de los soldados, gritos de alegría de los caballeros, y un alarido, mezcla de orgullo y contento de un viejo hidalgo.

—¡Don Diego, mi hijo…, es mi hijo!

Y el hombre que estaba frente a ellos dejó caer los hombros, suspiró y habló lánguidamente:

—¡Qué tiempos tan turbulentos! ¿Es que ya no puede un hombre meditar sobre los músicos y los poetas?

Y Don Diego De la Vega, la maldición de Capistrano, cayó en brazos de su padre.

39

POR LAS BARBAS DE SATANÁS

Todos se acercaron, soldados, indígenas y caballeros, rodeando a Don Diego De la Vega y a la señorita que estaba prendida a su brazo y lo miraba con ojos llenos de orgullo.

—¡Explíquenos! ¡Explíquenos! —gritaban.

—Todo empezó hace diez años, cuando era yo un muchacho de quince —dijo—. Oí relatos sobre la persecución. Vi cómo molestaban y despojaban a mis amigos, los frailes. Vi a unos soldados golpear a un anciano indígena que era amigo mío.

Y entonces me decidí a jugar esta aventura. Sabía que sería muy difícil, de manera que simulé tener muy poco interés en la vida para que nadie asociara mi nombre con el del bandolero que aspiraba llegar a ser. En secreto practiqué la equitación y la esgrima…

—¡Por todos los santos, vaya que si lo hizo!

—Una parte de mí era el Don Diego lánguido que todos ustedes conocían, y la otra era la maldición de Capistrano que esperaba llegar a ser. Entonces llegó el tiempo y empezó mi trabajo. Es algo muy raro para explicarles, señores. ¡En cuanto me ponía la capa y la máscara, la parte que correspondía a Don Diego se desvanecía! ¡Mi cuerpo se erguía, y parecía que por mis venas corría sangre nueva, mi voz se hacía potente, y me sentía lleno de bríos! Y apenas me quitaba la capa y la máscara, volvía a ser el lánguido Don Diego. ¿No les parece curioso? Me hice amigo del sargento González con un fin.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ya me imagino cuál era ese propósito, caballeros! —gritó González—. Se fatigaba en cuanto se mencionaba al Zorro, y no quería oír hablar de violencia ni de sangre, pero siempre me preguntaba hacia dónde iba a ir con mis soldados, y usted tomaba otra dirección para actuar.

—Es usted un adivino formidable —dijo Don Diego, riendo, al igual que todos los presentes—. Hasta crucé mi espada con la suya, para que no supiera que yo era el Zorro. ¿Recuerda aquella noche de lluvia en la taberna? Escuché sus alardes, salí y me puse la máscara y la capa. Después entré y luché contra usted, escapé, me quité la máscara y la capa, y regresé para bromear con usted.

—¡Bah!

—Visité la hacienda de los Pulido como Don Diego, y poco rato después regresé como el Zorro y hablé con esta señorita. Casi me captura usted, sargento, aquella noche en la misión de fray Felipe, es decir, la primera noche.

—¡Pero…! Me dijo que no había visto al Zorro.

—Y era verdad. El fraile no tiene espejos, porque piensa que puede volverse vanidoso. Lo demás no fue difícil, desde luego. Podrán ustedes comprender cómo estaba el Zorro en mi casa cuando el comandante insultó a la señorita. Y ella debe perdonarme por esta desilusión. La cortejé como Don Diego, y no me quiso. Entonces lo intenté como el Zorro, y los santos fueron buenos conmigo y me dio su amor. Pero quizá eso también tenía un propósito, pues despreció la riqueza de Don Diego De la Vega por el hombre que amaba, a pesar de que a la sazón creía que era un proscrito y un renegado. Me ha mostrado la pureza de su corazón, y me siento feliz por ello. Excelencia, la señorita será mi esposa, y me imagino que lo pensará bien antes de seguir molestando a su familia.

Su excelencia extendió los brazos con ademán de resignación.

—Fue difícil engañarlos, pero lo conseguí —prosiguió Don Diego—. Lo logré solo después de varios años de práctica.

Y ahora, el Zorro no volverá a cabalgar, pues no habrá ninguna necesidad; y además, un hombre casado debe tener muchas precauciones.

—¿Y con quién voy a casarme? —preguntó Lolita, sonrojándose al darse cuenta de que había hablado delante de todos.

—¿A quién amas?

—Creía que amaba al Zorro, pero ahora me parece que amo a los dos —dijo—. ¿No es vergonzoso? Pero prefiero al Zorro, que al Diego De la Vega que conocí.

—Trataremos de sacar un balance perfecto —repuso el Zorro, riendo nuevamente—. Dejaré mi antigua languidez y poco a poco me transformaré en el hombre que quieres. La gente dirá que el matrimonio me volvió todo un hombre.

—Se inclinó y la besó delante de todos.

—¡Por las barbas de Satanás! —gritó el sargento González.

FIN



